

HISTORIA Y FICCIÓN



— ❄️ —
COLECCIÓN
NARRATIVAS
— ❄️ —



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación



PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Prof. Alberto E. Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Lic. Jaime Perczyk

JEFE DE GABINETE

A.S. Pablo Urquiza

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Lic. Gabriel Brener

HISTORIA Y FICCIÓN
COLECCIÓN NARRATIVAS

Plan Nacional de Lectura**Directora**

Margarita Eggers Lan

Coordinadora de contenidos

María Rosa Lojo

Coordinadora editorial

Natalia Volpe

Diseño Gráfico

Juan Salvador de Tullio

Mariana Monteserin

Elizabeth Sánchez

Mariel Billinghamurst

Revisión

Silvia Pazos

Foto de tapa

Guillermo Albanesi

PALABRAS INTRODUCTORIAS

PROF. ALBERTO SILEONI

Es un gran orgullo para este Ministerio de Educación llegar a todas nuestras escuelas secundarias con este libro que reúne doce cuentos sobre diversos hechos de nuestro pasado, cada uno de ellos contextualizado por un especialista en la disciplina histórica, en un conjunto que ha contado con la inestimable coordinación de María Rosa Lojo.

Hemos recorrido estas páginas con creciente entusiasmo y esperamos que con ese espíritu ellas sean recibidas en nuestras aulas, tanto por los estudiantes como por los docentes. El entusiasmo al que hacemos referencia ha surgido al comprobar la riqueza que puede alcanzarse mediante el cruce de miradas y saberes que, saludablemente, no buscan entregar a lectoras y lectores una versión compacta y cerrada de nuestro pasado, sino por el contrario estimular la curiosidad sobre él y permitir la emergencia de nuevas preguntas allí donde con frecuencia parece estar todo dicho.

En los doce relatos que aquí se reúnen vemos desplegarse esa tarea casi mágica que la ficción cumple a veces sin proponérselo. Así como puede anticipar y aún crear hechos y climas sociales y culturales, otras veces la ficción ilumina aspectos que una lectura superficial del pasado deja de lado o simplemente ignora. Hace tiempo ya que los historiadores han aceptado de buen grado este encuentro entre la historia y la ficción, antes impensable cuando regían las reglas de un cerrado academicismo.

En esta línea de trabajo, nuestro Ministerio quiere que en las aulas argentinas también se produzca el señalado encuentro y que ello permita, a la vez, apuntalar la labor docente y generar la reflexión y el debate acerca de la historia de nuestra Patria entre nuestras y nuestros jóvenes. Si en algo ayudamos con la presente edición a este objetivo, habremos dado un paso más en dirección a la construcción de una secundaria inclusiva y de calidad, en una Argentina que obstinadamente trabaja por un futuro con mayor justicia y libertad.

Historia y ficción / Manuel Mujica Láinez ... [et.al.] ; recopilado por María Rosa Lojo. - 1a ed. - Buenos Aires : Ministerio de Educación de la Nación, 2013. 136 p. : il. ; 25x19 cm.

ISBN 978-950-00-1001-6

1. Literatura. 2. Cuentos. I. Mujica Láinez, Manuel II. Lojo, María Rosa, recop. CDD 863

Fecha de catalogación: 08/11/2013

PALABRAS INTRODUCTORIAS

PLAN NACIONAL DE LECTURA

Historia y ficción inicia nuestra Colección de Narrativas, destinada a docentes y estudiantes de escuelas secundarias y de Institutos de Formación Docente. Con ella proponemos abordar de manera entrelazada, diversos campos del conocimiento y de la experiencia humana –historia, ciencia, arte– en torno a situaciones que encuentran en la ficción nuevas miradas interpretativas.

Este primer volumen fue cuidadosa y atentamente compilado por María Rosa Lojo, a quien en especial agradecemos su dedicación. Ella sumó a la riqueza de los textos literarios de autores argentinos, la contextualización histórica a cargo de investigadores de reconocidas universidades. Esto permitió en cada caso, hacer confluir ambos abordajes acerca de distintos hechos de nuestra historia.

Así, este material está concebido como un espacio de búsqueda para alumnas, alumnos y docentes, en torno a la historia nacional.

A partir de Historia y ficción, el Plan Nacional de Lectura avanza en la construcción de distintos discursos narrativos, con perspectivas integradoras que son sustento de nuestra identidad.

PRÓLOGO

MARÍA ROSA LOJO

La ficción histórica es una matriz fundacional de la narrativa (y sobre todo, de la novela) en nuestro país. Desde los comienzos de la república, narradoras y narradores buscaron mirarse y mirar la realidad nacional con la perspectiva del tiempo y la distancia prestigiosa del conocimiento, aunque se tratase de sucesos relativamente cercanos al momento de la escritura, como ocurre con *Amalia* (1851), de José Mármol.

Pero, en el oblicuo espejo del pasado, la narrativa histórica, quizá como ninguna otra, nos habla del presente: de las tensiones, valores, intereses y conflictos que lo cruzan. No es casual que el género se haya revitalizado en la Argentina desde la década del 80 del siglo XX hasta nuestros días, de la mano de la investigación académica. El contexto problemático de la globalización asimétrica y la búsqueda de la segunda y definitiva independencia, conformaron un marco especialmente propicio para la revisión del imaginario histórico.

En este recorrido tambalean los viejos relatos pedagógicos y se reacomodan sus personajes. Los héroes adquieren *cuerpo* (intimidad sexual y sentimental, vulnerabilidad ante el deterioro, la vejez y la muerte), mientras que las heroínas silenciosas antes ausentes recuperan presencia en el espacio público, y las etnias no blancas (pueblos originarios, afroargentinos) se revelan como sujetos históricos y políticos, cofundadores imprescindibles, junto a los conquistadores y la inmigración, de una plural y móvil identidad nacional que sigue enriqueciéndose con nuevos aportes.

Los cuentos reunidos en esta antología se remontan hasta la primera fundación de Buenos Aires (Mujica Láinez) signada por el desencuentro y el espanto de sitiados y sitiadores, y llegan hasta el terrorismo de Estado de la última dictadura (Tizón). En sus páginas se cruzan las guerras de la Independencia, el experimento sincrético de las misiones jesuíticas, las guerras civiles y sus levas, la gobernación de Luis Vernet en Malvinas, los caudillos, las últimas rebeliones federales, la Semana Trágica, el peronismo y el cadáver secuestrado de Evita.

Como es propio de la literatura, estos ejes temáticos se abordan desde la multiperspectiva y la compleja y concreta experiencia de sus protagonistas: algunos célebres y otros ignotos, mujeres y varones de diferentes orígenes: criollos, aborígenes, afrodescendientes, mestizos, variopintos inmigrantes.

El contrapunto con las reflexiones historiográficas contextualiza cada cuento, y la bibliografía final abre las puertas a la curiosidad ulterior de sus lectores.



EL HAMBRE
MANUEL MUJICA LÁINEZ

1536

Alrededor de la empalizada desigual que corona la meseta frente al río, las hogueras de los indios chisporrotean día y noche. En la negrura sin estrellas meten más miedo todavía. Los españoles, apostados cautelosamente entre los troncos, ven al fulgor de las hogueras destrenzadas por la locura del viento, las sombras bailoteantes de los salvajes. De tanto en tanto, un soplo de aire helado, al colarse en las casucas de barro y paja, trae con él los alaridos y los cantos de guerra. Y enseguida recomienza la lluvia de flechas incendiarias cuyos cometas iluminan el paisaje desnudo. En las treguas, los gemidos del Adelantado, que no abandona el lecho, añaden pavor a los conquistadores. Hubieran querido sacarle de allí; hubieran querido arrastrarle en su silla de manos, blandiendo la espada como un demente, hasta los navíos que cabecean más allá de la playa de toscas, desplegar las velas y escapar de esta tierra maldita; pero no lo permite el cerco de los indios. Y cuando no son los gritos de los sitiadores ni los lamentos de Mendoza, ahí está el angustiado implorar de aquellos a los que roe el hambre, y cuya queja crece a modo de una marea, debajo de las otras voces, del golpear de las ráfagas, del tiroteo espaciado de los arcabuces, del crujir y derrumbarse de las construcciones ardientes.

Así han transcurrido varios días; muchos días. No los cuentan ya. Hoy no queda mendrugo que llevarse a la boca. Todo ha sido arrebatado, arrancado, triturado: las flacas raciones primero, luego la harina podrida, las ratas, las sabandijas inmundas, las botas hervidas cuyo cuero chuparon desesperadamente. Ahora jefes y soldados yacen por doquier, junto a los fuegos débiles o arrimados a las estacas defensoras. Es difícil distinguir a los vivos de los muertos.

Don Pedro se niega a ver sus ojos hinchados y sus labios como higos secos, pero en el interior de su choza miserable y rica le acosa el fantasma de esas caras sin torsos, que reptan sobre el lujo burlón de los muebles traídos de Guadix, se adhieren al gran tapiz con los emblemas de la Orden de Santiago, aparecen en las mesas, cerca del Erasmo y el Virgilio inútiles, entre la revuelta vajilla que, limpia de viandas, muestra en su tersura el “Ave María” heráldico del fundador.

El enfermo se retuerce como endemoniado. Su diestra, en la que se

enosca el rosario de madera, se aferra a las borlas del lecho. Tira de ellas enfurecido, como si quisiera arrastrar el pabellón de damasco y sepultarse bajo sus bordadas alegorías. Pero hasta allí le hubieran alcanzado los quejidos de la tropa. Hasta allí se hubiera deslizado la voz espectral de Osorio, el que hizo asesinar en la playa del Janeiro, y la de su hermano don Diego, ultimado por los querandíes el día de Corpus Christi, y las otras voces, más distantes, de los que condujo al saqueo de Roma, cuando el Papa tuvo que refugiarse con sus cardenales en el castillo de Sant Angelo. Y si no hubiera llegado aquel plañir atroz de bocas sin lenguas, nunca hubiera logrado eludir la persecución de la carne corrupta, cuyo olor invade el aposento y es más fuerte que el de las medicinas. ¡Ay!, no necesita asomarse a la ventana para recordar que allá afuera, en el centro mismo del real, oscilan los cadáveres de los tres españoles que mandó a la horca por haber hurtado un caballo y habérselo comido. Les imagina, despedazados, pues sabe que otros compañeros les devoraron los muslos.

¿Cuándo regresará Ayolas, Virgen del Buen Aire? ¿Cuándo regresarán los que fueron al Brasil en pos de víveres? ¿Cuándo terminará este martirio y partirán hacia la comarca del metal y de las perlas? Se muerde los labios, pero de ellos brota el rugido que aterroriza. Y su mirada turbia vuelve hacia los platos donde el pintado escudo del Marqués de Santillana finge a su extravío una fruta roja y verde.

Baitos, el balletero, también imagina. Acurrucando en un rincón de su tienda, sobre el suelo duro, piensa que el Adelantado y sus capitanes se regalan con maravillosos festines, mientras él perece con las entrañas arañadas por el hambre. Su odio contra los jefes se torna entonces más frenético. Esa rabia le mantiene, le alimenta, le impide echarse a morir. Es un odio que nada justifica, pero que en su vida sin fervores obra como un estímulo violento. En Morón de la Frontera detestaba al señorío. Si vino a América fue porque creyó que aquí se harían ricos los caballeros y los villanos, y no existirían diferencias. ¡Cómo se equivocó! España no envió a las Indias una armada con tanta hidalguía como la que fondeó en el Río de la Plata. Todos se las daban de duques. En los puentes y en las cámaras departían como si estuvieran en palacios. Baitos les ha espiado con los ojos pequeños, entrecerrándolos bajo las cejas pobladas. El único que para él algo valía, pues se acercaba a veces a la soldadesca, era Juan Osorio, y ya se sabe lo que pasó: le asesinaron en el Janeiro. Le asesinaron los señores por temor y por envidia. ¡Ah, cuánto, cuánto les odia, con sus ceremonias y sus

aires! ¡Como si no nacieran todos de idéntica manera! Y más ira le causan cuando pretenden endulzar el tono y hablar a los marineros como si fueran sus iguales. ¡Mentira, mentiras! Tentado está de alegrarse por el desastre de la fundación que tan recio golpe ha asestado a las ambiciones de esos falsos príncipes. ¡Sí! ¿Y por qué no alegrarse?

El hambre le nubla el cerebro y le hace desvariar. Ahora culpa a los jefes de la situación. ¡El hambre!, ¡el hambre!, ¡ay!; ¡clavar los dientes en un trozo de carne! Pero no lo hay... no lo hay... Hoy mismo, con su hermano Francisco sosteniéndose el uno al otro, registraron el campamento. No queda nada que robar. Su hermano ha ofrecido vanamente, a cambio de un armadillo, de una culebra, de un cuero, de un bocado, la única alhaja que posee: ese anillo de plata que le entregó su madre al zarpar de San Lúcar y en el que hay labrada una cruz. Pero así hubiera ofrecido una montaña de oro, no lo habría logrado, porque no lo hay, porque no lo hay. No hay más que ceñirse el vientre que punzan los dolores y doblarse en dos y tiritar en un rincón de la tienda.

El viento esparce el hedor de los ahorcados. Baitos abre los ojos y se pasa la lengua sobre los labios deformes. ¡Los ahorcados! Esta noche le toca a su hermano montar guardia junto al patíbulo. Allí estará ahora, con la ballesta. ¿Por qué no arrastrarse hasta él? Entre los dos podrán descender uno de los cuerpos y entonces...

Toma su ancho cuchillo de caza y sale tambaleándose.

Es una noche muy fría del mes de junio. La luna macilenta hace palidecer las chozas, las tiendas y los fuegos escasos. Dijérase que por unas horas habrá paz con los indios, famélicos también, pues ha amenguado el ataque. Baitos busca su camino a ciegas entre las matas, hacia las horcas. Por aquí debe de ser. Sí, allí están, allí están, como tres péndulos grotescos, los tres cuerpos mutilados. Cuelgan, sin brazos, sin piernas... Unos pasos más y los alcanzará. Su hermano andará cerca. Unos pasos más...

Pero de repente surgen de la noche cuatro sombras. Se aproximan a una de las hogueras y el balletero siente que se aviva su cólera atizada por las presencias inoportunas. Ahora les ve. Son cuatro hidalgos, cuatro jefes: Don Francisco de Mendoza, el adolescente que fuera mayordomo de don Fernando, Rey de los Romanos; don Diego Barba, muy joven, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén; Carlos Dubrin, hermano de leche de nuestro señor Carlos Quinto; y Bernardo Centurión, el genovés, antiguo cuatralbo de las galeras del Príncipe Andrea Doria.

Baitos se disimula detrás de una barrica. Le irrita observar que ni aun

en estos momentos en que la muerte asedia a todos, han perdido nada de su empaque y de su orgullo. Por lo menos lo cree él así. Y tomándose de la cuba para no caer, pues ya no le restan casi fuerzas, comprueba que el caballero de San Juan luce todavía su roja cota de armas, con la cruz blanca de ocho puntas abiertas como una flor en el lado izquierdo, y que el italiano lleva sobre la armadura la enorme capa de pieles de nutria que le envanece tanto.

A este Bernardo Centurión le execra más que a ningún otro. Ya en San Lúcar de Barrameda, cuando embarcaron, le cobró una aversión que ha crecido durante el viaje. Los cuentos de los soldados que a él se refieren fomentaron su animosidad. Sabe que ha sido capitán de cuatro galeras del Príncipe Doria y que ha luchado a sus órdenes en Nápoles y en Grecia. Los esclavos turcos bramaban bajo su látigo, encadenados a los remos. Sabe también que el gran almirante le dio ese manto de pieles el mismo día en que el Emperador le hizo a él la gracia del Toisón. ¿Y qué? ¿Acaso se explica tanto engreimiento? De verle, cuando venía a bordo de la nao, hubieran podido pensar que era el propio Andrea Doria quien venía a América. Tiene un modo de volver la cabeza morena, casi africana, y de hacer relampaguear los aros de oro sobre el cuello de pieles, que a Baitos le obliga a apretar los dientes y los puños. ¡Cuatralbo, cuatralbo de la armada del Príncipe Andrea Doria! ¿Y qué? ¿Será él menos hombre, por ventura? También dispone de dos brazos y de dos piernas y de cuanto es menester...

Conversan los señores en la claridad de la fogata. Brillan sus palmas y sus sortijas cuando las mueven con la sobriedad del ademán cortesano; brilla la cruz de Malta; brilla el encaje del mayordomo del Rey de los Romanos, sobre el desgarrado jubón; y el manto de nutrias se abre, suntuoso, cuando su dueño afirma las manos en las caderas. El genovés dobla la cabeza crespada con altanería y le tiemblan los aros redondos. Detrás, los tres cadáveres giran en los dedos del viento.

El hambre y el odio ahogan al ballestero. Quiere gritar mas no lo consigue y cae silenciosamente desvanecido sobre la hierba rala.

Cuando recobró el sentido, se había ocultado la luna y el fuego parpadeaba apenas, pronto a apagarse. Había callado el viento y se oían, remotos, los aullidos de la indiada. Se incorporó pesadamente y miró hacia las horcas. Casi no divisaba a los ajusticiados. Lo veía todo como arropado por una bruma leve. Alguien se movió, muy cerca. Retuvo la respiración, y el

manto de nutrias del capitán de Doria se recortó, magnífico, a la luz roja de las brasas. Los otros ya no estaban allí. Nadie: ni el mayordomo del Rey, ni Carlos Dubrin, ni el caballero de San Juan. Nadie. Escudriñó en la oscuridad. Nadie: ni su hermano, ni tan siquiera el señor don Rodrigo de Cepeda, que a esa hora solía andar de ronda con su libro de oraciones.

Bernardo Centurión se interpone entre él y los cadáveres: solo Bernardo Centurión, pues los centinelas están lejos. Y a pocos metros se balancean los cuerpos desflecados. El hambre le tortura en forma tal que comprende que si no la apacigua enseguida enloquecerá. Se muerde un brazo hasta que siente, sobre la lengua, la tibieza de la sangre. Se devoraría a sí mismo, si pudiera. Se troncharía ese brazo. Y los tres cuerpos lívidos penden, con su espantosa tentación... Si el genovés se fuera de una vez por todas... ¿Y por qué no, en verdad, en su más terrible verdad, de una vez por todas? ¿Por qué no aprovechar la ocasión que se le brinda y suprimirle para siempre? Ninguno lo sabrá. Un salto y el cuchillo de caza se hundirá en la espalda del italiano. Pero ¿podrá él, exhausto, saltar así? En Morón de la Frontera hubiera estado seguro de su destreza, de su agilidad...

No, no fue un salto; fue un abalanzarse de acorralado cazador. Tuvo que levantar la empuñadura afirmándose con las dos manos para clavar la hoja. ¡Y cómo desapareció en la suavidad de las nutrias! ¡Cómo se le fue hacia adentro, camino del corazón, en la carne de ese animal que está cazando y que ha logrado por fin! La bestia cae con un sordo gruñido, estremecida de convulsiones, y él cae encima y siente, sobre la cara, en la frente, en la nariz, en los pómulos, la caricia de la piel. Dos, tres veces arranca el cuchillo. En su delirio no sabe ya si ha muerto el cuatralbo del Príncipe Doria o a uno de los tigres que merodean en torno del campamento. Hasta que cesa todo estertor. Busca bajo el manto, y al topar con un brazo del hombre que acaba de apuñalar lo cercena con la faca e hinca en él los dientes que aguza el hambre. No piensa en el horror de lo que está haciendo, sino en morder, en saciarse. Solo entonces la pincelada bermeja de las brasas le muestra más allá, mucho más allá, tumbado junto a la empalizada, al corsario italiano. Tiene una flecha plantada entre los ojos de vidrio. Los dientes de Baitos tropiezan con el anillo de plata de su madre, el anillo con una labrada cruz, y ve el rostro torcido de su hermano, entre esas pieles que Francisco le quitó al cuatralbo después de su muerte, para abrigarse.

El ballestero lanza un grito inhumano. Como un borracho se encarama en

la estacada de troncos de sauce y ceibo, y se echa a correr barranca abajo, hacia las hogueras de los indios. Los ojos se le salen de las órbitas, como si la mano trunca de su hermano le fuera apretando la garganta más y más.

“El hambre” en Manuel Mujica Láinez,
Misteriosa Buenos Aires, Cuentos completos 1, Buenos Aires,
 Alfaguara, 1999.
 ©Manuel Mujica Láinez.

MANUEL MUJICA LÁINEZ

Buenos Aires, 1910 - Córdoba, 1984. En su vasta obra narrativa descuella la ficción histórica, con títulos como *Aquí vivieron* (1949), *Misteriosa Buenos Aires* (1950), *Bomarzo* (1962), *El Unicornio* (1965), *El laberinto* (1974), donde la poética realista suele impregnarse de elementos fantásticos y maravillosos. Retrató el fulgor y la decadencia de la llamada aristocracia argentina en novelas como *La casa* (1954), *Los viajeros* (1955) y otros textos. Obtuvo el Gran Premio de Honor de la SADE, el Premio Nacional de Literatura, la Legión de Honor del Gobierno de Francia. Se lo tradujo a múltiples idiomas. Fue también autor de biografías y ensayos.

ENCUADRE HISTÓRICO

EL HAMBRE

En 1516 la tropa del conquistador Juan Díaz de Solís recaló en las costas del Río de la Plata mientras buscaba un paso al Océano Pacífico. Cuando la expedición de Solís desembarcó en la ribera oriental (hoy Uruguay), fue atacada por grupos guaraníes locales. Estos tenían costumbres de antropofagia ritual con el objetivo de adquirir las características más valiosas de los vencidos. Solo sobrevivió Francisco del Puerto y quienes permanecieron en los barcos.

Dos décadas después la corona de Castilla envió un nuevo contingente de exploración para tomar posesión del territorio y evangelizar a los “infielos”. En 1536 arribó una expedición al mando del Adelantado Pedro de Mendoza. El pequeño reducto que fundó fue llamado “Puerto de Nuestra Señora de Santa María del Buen Aire”, primer núcleo de la ciudad más imaginada que real.

Los habitantes originarios del lugar recibieron sorprendidos a los españoles. Pero fueron amigables y les proveyeron de alimentos. Las crecientes exigencias por parte de los recién llegados y el convencimiento de los aborígenes querandíes de que iban a ser sometidos condujeron al enfrentamiento. Tras una cruenta lucha,

los conquistadores fueron cercados en su pequeña fortificación.

La empalizada que protegía a los invasores estaba ubicada cerca del actual Parque Lezama. Las barreras que los separaban de los habitantes originarios eran frágiles. Cuando comenzaron los combates fueron protecciones vacilantes entre dos mundos en pugna. Además del ataque de las flechas y piedras indígenas, el hambre comenzó a socavar lenta pero inexorablemente a los orgullosos conquistadores. Las crónicas y posteriores relatos literarios nos hablan de la atroz experiencia de los sitiados, de sus divisiones y odios internos, una realidad lejana de las ciudades de oro y plata que aspiraban a apropiarse por la fuerza, con la venia del Papado.

Podemos adivinar también el terror y la bravura de los habitantes originarios, del otro lado de la empalizada. Tanto como su desesperación y perplejidad ante esos extraños con una lengua incomprensible y armas terribles. Perdieron muchas vidas intentando expulsarlos. Lograron su cometido en 1541. Fue el primer episodio de una historia beligerante y dramática. La segunda y definitiva fundación de Buenos Aires tendría lugar recién en 1580.

OMAR ACHA

La Matanza, 1971. Doctor en Historia (UBA), ensayista. Docente de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires, es también investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Publicó libros sobre historia argentina, teoría de la historiografía y debates intelectuales.

VIRGEN PAGANA
MARÍA ANGÉLICA SCOTTI

PARACUARIA, MARZO 17 DE 1742

Esta mañana, cuando se cumplieron dos años de mi llegada a la reducción de San Cosme, la trajeron. Los indios entraron sigilosamente en mi cabaña y la depositaron sobre la mesa. Yo estaba inspeccionando una caja de accesorios eclesiásticos que acababa de recibir y no me percaté de inmediato. Pero, una vez que todos se retiraron, el pequeño Javier, el indiecito que siempre me acompaña, me la mostró entusiasta. Yo me di vuelta con benevolencia y apenas la vi tuve que contenerme para no soltar el grito. El inocente Javier me señalaba una estatuilla tosca y casi obscena: una diosa pagana con sus atributos de mujer exagerados. Se hallaba desnuda y exponía al aire dos voluminosos e irreverentes senos y unas caderas desmesuradamente anchas. Hasta me da vergüenza consignarlo aquí y con semejante pormenor. Frente a ese espectáculo, esa Gorgona desgredada e impúdica, no supe cómo proceder. ¿Botarla, destruirla? ¿Reclamar que los indios que la habían traído se la llevaran aprisa de mi casa? ¿Recurrir a un exorcismo como ante una criatura demoníaca? Y no me era posible demorarme en estos menesteres: me estaban aguardando en el campo comunal para principiar la recolección del maíz. Le di orden entonces a mi indiecito de que la sacara de la vista, que la pusiera en el piso, en un rincón, que yo no quería toparme con tamaño engendro. Y partí presuroso hacia las sementeras, aunque inquieto, molesto, aún conturbado.

Un alarido atroz. Una llama que desgarrar las tinieblas. Un torso de mujer que se menea con procacidad. Un cuerpo desnudo, lúbrico, apenas embozado por una hirsuta cabellera. Da un salto hacia él y se sacude en un paroxismo infernal. La cabellera es ahora un río o una enredadera que se extiende palpitante. Cabellos tentáculos. Cabellos flechas. Cabellos víboras. Brotan peces, larvas, gusanos, y lo rozan, le hormigean por las manos y por la espalda. No son los peces: son los senos monstruosos de la diosa pagana, que ahora grita, se ríe, se retuerce.

El Padre Manuel despierta trémulo, agitado. Se incorpora, camina trastabillando. Se lava la cara en la jofaina para borrar la resaca de la pesadilla, aventar las últimas imágenes.

La estatuilla, sí. Debe hacer algo con esa burda hechicería. La había olvidado en medio del trájín de la jornada. Uno ordena cotidianamente la realidad y en el sueño todo se trastrueca. Tendrá que destruirla. O, más bien, persuadir a los indios para que ellos mismos aniquilen sus ídolos bárbaros. ¿Dónde han puesto ese engendro, esa medusa obscena? Recuerda que él con su propio mandato la había confinado en un recoveco. Va en su busca y no la halla. ¿Javier la ha sacado, la ha desterrado de su habitación? Mejor así: no quiere verla más ni recordarla. Que no queden más rastros de ella ni de sus desmesuras.

Hoy habrá que recorrer los nuevos talleres para examinar cómo se desempeñan los ebanistas y los torneros, los plateros y los grabadores. Controlar si los molineros y los panaderos cumplen adecuadamente con su faena. Visitar también a los fabricantes de laúdes y de relojes y comprobar si han adquirido suficiente destreza en sus oficios.

El Padre Manuel está sentado al aire libre escribiendo, bajo el amparo de un cobertizo de palmas. Hace calor. Es una tarde sofocante. Siente la cabeza pesada, somnolienta. Intenta en vano volver a escribir. Se le cierran los ojos. Cede, se abandona un momento. Ve la plaza, se oyen músicas, murmullos. Un indio se adelanta y lanza palabras herméticas, incomprensibles. Él le grita, quiere recriminarlo pero no le sale la voz. El indio aprieta un bulto contra el pecho, como resguardándolo. Él enarbola una vara de mimbre y le pega en las manos. El indio calla pero no suelta su presa. Él se ensaña y grita y las manos del indio se llenan de sangre. Cae al suelo un idolillo de barro y se rompe. Es el fetiche diabólico. La mujeruca de la cabellera. La estatuilla pagana.

El Padre Manuel abre los ojos, acezante, y descubre que tiene el puño crispado sobre el filo de la pluma de ganso. La desprende con cautela y se seca el sudor de la cara. Teme cerrar otra vez los ojos, despeñarse en esas visiones siniestras. ¿Qué son esos sueños que lo asedian sin cesar? En sus muchos años de trabajo en las misiones nunca le ocurrió nada igual. ¿Deberá pedir ayuda al Padre Miguel, su compañero? No, no puede confesar tales flaquezas. Lo mejor será pedirle auxilio o consejo a la Virgen, la Inmaculada. Ella siempre está dispuesta para acoger las debilidades o miserias de los hombres.

Marcha hasta la capilla y busca con la vista la pequeña imagen consoladora. Pero no encuentra nada. Se restriega los ojos, parpadea. Sus sentidos parecen traicionarlo al igual que los perversos fantasmas del sueño. Vuelve a mirar. La Inmaculada no está en su nicho. Sólo hay una huella de polvo en el lugar. Se persigna presurosamente. Todavía en el entresueño se hinca ante el altar de San Ignacio y reza. ¿Algo maligno lo persigue? ¿La realidad tambalea o es él el que desvaría? ¿Por qué toda esta desorientación, este desatino?... Sin duda, Dios o los santos lo están poniendo a prueba.

“Sabed que vienen ocurriendo cosas inquietantes, extrañas. ¡No sólo anda de mano en mano una estatuilla pagana, diabólica, sino que alguien, algún malintencionado, ha substraído a la Inmaculada Virgen de su sitio!”.

Desde el púlpito, el Padre Manuel se enardece, olvida por un instante su habitual medida. Atisba uno por uno a sus fieles, sus callados indios, en busca de un gesto, una señal, pero ellos le devuelven una mirada atónita, incrédula.

Concluida la misa, todos se retiran despaciosamente. Todos menos Javier, el fiel monaguillo. Después de guardar los ornamentos, los lienzos y los cálices, el indiecito se le acerca, lo toma de la mano. “Yo sé, Paí, pero no la castigues a mi madre...”, dice y lo guía hasta una choza donde la india Ibotí se halla recluida hace días con su criaturita enteca y con fiebre.

Apenas entra, el Padre Manuel advierte que al crío le han vuelto las carnes y los colores. Ibotí corre a refugiarse en un rincón. “Qué pasa, Ibotí”, la tranquiliza. La mirada de la mujer se fija fugazmente en la pared del fondo y enseguida, temblorosa, baja la cabeza. El Padre Manuel persigue la dirección de la mirada y le golpea la retina la visión de la estatuilla pagana. Alrededor de ella advierte que hay flores y como una suerte de enredadera y, de pronto, descubre que quien está a su lado, como sujeta por las lianas, es la Inmaculada. Ahoga un grito y se vuelve hacia la mujer que está en su rincón con los brazos sobre la frente, amparándose. Y está también Javier señalándole gozoso al crío que, tendido en una estera, mueve los bracitos y las piernas y emite suaves gorjeos. El Padre Manuel torna a mirar a la Virgen y ahora vislumbra que su manto se ha trenzado con los bejucos que bajan de la cabellera hirsuta. Y que no son fieros tentáculos sino más bien como

un río manso, hospitalario. Y que la enredadera, asombrosamente, parece hermanar las dos estatuillas. Y que la Virgen se ha poblado de follaje y que ha echado raíces en ese recinto. Y que de su rostro parte una luz casi sobrenatural, que le da una expresión apacible, semisonriente. Como si estuviera a gusto con su compañía. Como si allí hubiera hallado su exacto lugar.

“Virgen pagana”, inédito.
©María Angélica Scotti.

MARÍA ANGÉLICA SCOTTI

Buenos Aires, 1945. Estudió Letras en la UBA, donde también ejerció la docencia. Desde 1976 reside en el Interior del país, y allí se dedicó a coordinar talleres de escritura. Publicó las novelas *Buenos augurios* (Premio Fundación Konex-Fondo Nacional de las Artes 1985), *Señales del cielo* (1994; Premio A. Greca, de Santa Fe), *Diario de ilusiones y naufragios* (Premio Emecé 1995/96, Primer Premio Municipal de Buenos Aires y Segundo Premio Regional de la Secretaría de Cultura de la Nación) y *Las orillas del fuego* (Catálogos, 2006). Además, compiló el libro de testimonios de vida de viejos pobladores *Las voces de la memoria* (1997).

ENCUADRE HISTÓRICO

VIRGEN PAGANA

Desde 1610, los jesuitas crearon en la región meridional de América un sistema de pueblos de indios, también conocidos como “reducciones” o “misiones” que, por sus dimensiones territoriales, demográficas y políticas, muchas veces fue exaltado en la literatura como un “Imperio” independiente. En su conjunto, las 30 reducciones del Paraguay, alcanzaron una población total de 140.000 habitantes en el siglo XVIII. San Cosme fue una de ellas. Los indígenas allí congregados hablaban mayoritariamente la lengua guaraní, medio básico de transmisión de la fe cristiana. La década de 1740 constituye una etapa avanzada de esa experiencia. Después de una encarnizada lucha contra los “hechiceros” indígenas, los sacerdotes lograron instalar no solo los valores centrales de la religión cristiana (la doctrina, la liturgia, los sacramentos), sino también toda una organización política, económica y social conformada fundamentalmente por indígenas. Cada reducción tenía dos jesuitas, un sacerdote y su compañero, encargados de la administración espiritual y “temporal”, ayudados por una élite indígena con cargos administrativos y eclesiásticos que sabía leer y escribir en guaraní, español y latín. Los sacerdotes supervisaban estrictamente las tareas

cotidianas, controlando que los indígenas cumplieran con la asistencia a misa y a los trabajos en las chacras, campos y estancias, de donde se obtenían los medios básicos de subsistencia de todos los pueblos: maíz, mandioca, algodón, yerba mate, carne. Dentro de los pueblos también se desarrollaban actividades en talleres de oficios muy diversos, donde eran fabricadas la mayor parte de las esculturas y ornamentos para las iglesias. A pesar de su éxito aparente, las reducciones fueron afectadas numerosas veces por epidemias y conflictos devastadores que redujeron la población a la mitad. La religión constituyó un medio privilegiado para superar los efectos traumáticos de estas crisis, y en este sentido se orientó la pedagogía jesuítica, llena de alusiones a formas de devoción nativa, en algunos casos heterodoxas. Frente a ellas los jesuitas tuvieron actitudes variables, que oscilaron entre el rechazo radical y la adaptación, promoviendo a veces la incorporación de elementos visuales y sonoros locales a las prácticas cristianas dominantes, desde la ornamentación de los templos hasta las celebraciones del calendario litúrgico. La historia de este experimento concluye abruptamente con la expulsión de los jesuitas, en 1768.

GUILLERMO WILDE

Salta, 1974. Doctor en Antropología (UBA). Investigador del Conicet y profesor de la Universidad Nacional de San Martín. Su libro *Religión y Poder en las Misiones de guaraníes* recibió el Premio Iberoamericano de la Latin American Studies Association (2010).



MUERO CONTENTO
MARTÍN KOHAN

Cabral da dos, tres, cuatro vueltas sobre sí mismo. Se siente mareado y aturdido: se siente como cuando ha tomado demasiado, lo que no quiere decir que haya tomado demasiado esta vez. Está, en verdad, tan confundido, que cuando trata de pensar si ha tomado o no ha tomado demasiado la noche previa, no logra siquiera acordarse de qué cosas hizo en las horas anteriores. Hay mucho ruido y mucho humo en todas partes y Cabral se encuentra verdaderamente desorientado. Siendo él una persona de aceptable poder de ubicación, podían preguntarle en medio de las sombras en qué dirección quedaba el Paraná o en qué dirección quedaba el convento, y él hubiese contestado sin vacilar y sin equivocarse. Pero ahora no consigue ni tan solo establecer el lugar exacto del sol en el cielo. Gira atontadamente, con lentitud, con un raro vértigo aletargado, procurando determinar un lugar de referencia en medio de tanto alboroto.

Una palabra da vueltas en su cabeza, como da vueltas él, Cabral, en medio de la madrugada y del griterío generalizado. Él mira y mira y mira y en la cabeza tiene rondando la palabra donde. Primero le suena como un nombre, como si se estuviese acordando de alguien, como si estuviese extrañando a una mujer. Después se da cuenta de que no, de que ese *donde* que le suena y le resuena en la cabeza no es un nombre, sino una pregunta, y entonces Cabral, no sin confusión, reconoce que lo que merodea sus pensamientos no es la expresión donde, sino la expresión *¿dónde?*, lo cual representa dos o tres variaciones de sentido o de matices que Cabral está en condiciones de presentir, pero no de definir con nitidez.

Sólo entonces, y no con total claridad, Cabral advierte que esa especie de voz interior que le grita y a la vez murmura: *¿dónde? ¿dónde? ¿dónde?*, es en cierta manera el efecto o la consecuencia de otra voz, exterior en este caso, que es puro grito y ni remotamente murmullo, y que le dice: ¡acá! ¡acá! ¡acá! Es como una especie de diálogo, por así decir, aunque para ser un diálogo en el sentido estricto del término la voz interior de Cabral debería convertirse en exterior. De la manera en que están las cosas, el diálogo es diálogo solamente para Cabral; para el otro, para el que lo llama a gritos, es otra cosa que Cabral, inmerso en el caos de caballos y de sables, no termina de precisar.

–Acá, acá, acá –grita el otro.

Acá, sí, ¿pero *dónde?*, piensa Cabral. Yo también estoy acá. Todos estamos acá. Lo que Cabral tiene que resolver, y con premura, es cuál es el allá de ese acá que le están gritando. Pero en medio de tanto moribundo ni siquiera él, que habitualmente se ubica con facilidad aun en terrenos desconocidos, tiene idea de su situación.

–¡Acá, acá, la puta madre! –grita el otro.

Y grita, esa vez, en un momento en el que en el lugar donde Cabral da vueltas sobre sí mismo, y en sus inmediaciones, no hay, por casualidad, ningún otro grito, ni quejido de moribundo ni relincho de caballo. Entonces Cabral escucha con un aceptable grado de nitidez y, para su sorpresa, cree reconocer la voz. En un primer momento lo que experimenta es alivio. Es lógico que alguien que se siente tan absolutamente perdido y solo en medio de siluetas extrañas encuentre alivio en el hecho fortuito de reconocer una voz. Pero pronto retorna todo el humo y todo el ruido y Cabral ahora no solo se pregunta *¿dónde?* sino *¿quién?*

Al parecer ahora está quieto. Es una suposición, nada seguro: al parecer, está quieto. Pero también es posible que siga dando vueltas como estuvo dándolas durante quién sabe cuánto tiempo, y que ahora todo su entorno, la batalla entera, haya comenzado a girar en el mismo sentido que él, y a la misma velocidad, y al mismo tiempo, y que el resultado de todo eso sea que Cabral crea que por fin se quedó quieto, cuando en verdad sigue dando vueltas como al principio.

A Cabral le parece decisivo resolver esta cuestión, sólo él sabe por qué. Pero antes de que consiga hacerlo –aun más: antes de que consiga comenzar a hacerlo– una cara cruza por su mente y lo distrae del asunto de si giraba o si estaba quieto. Cabral imagina la cara, o la recuerda, pero con tanta certeza que cree que la ve. *¿Dónde? ¿dónde? ¿dónde?*, vuelve a pensar, casi obnubilado, y después de un rato, no es posible saber si largo o corto, comprende que la cara no responde a *¿dónde?*, sino a *¿quién?*

Cabral consigue asociar la voz y el rostro, cosa que puede parecer no tan

meritoria para aquel que no se encuentra en una situación de desconcierto como esta que a él lo embarga. Reconocer la voz le produjo alivio, pero reconocer el rostro lo sobresalta: ¡es él!, se dice, liberado de la pregunta *¿quién?* pero infinitamente más abrumado por la pregunta *¿dónde?* Es él, nada menos, y lo está llamando.

–¡Acá! ¡Acá! ¡Carajo! –le grita, y Cabral no tiene idea de nada.

Es tanta la desesperación que siente que le entran ganas de llorar. Más grita el otro y él menos sabe qué hacer. ¿Llorar es de mujeres? ¿Llorar es de maricón? Atribulado, Cabral se hace visera sobre los ojos, pero es inútil: no es el sol lo que le molesta, no es un reflejo lo que le impide ver, sino el humo de los cañones y los gritos de los que se desangran. ¿Qué imagen brindaría un sargento llorando en el campo de batalla? Cabral se avergüenza de solo pensarlo. Pero después recapacita: si él no puede ver a los otros por culpa del humo, ni siquiera a los que le pasan cerca, ni siquiera al jefe que le grita y a quien él trata de ver, entonces, descubre conmovido, tampoco los otros pueden verlo a él. Ahora no le parece tan mal estar un poco solo. La vida de campaña tiene eso: que uno siempre está con un montón de gente. Todo el tiempo rodeado de soldados que cuentan historias alrededor del fogón: llega un punto en que uno quiere quedarse un poco solo.

Y bueno, piensa Cabral, no con tanta claridad: ahora estoy solo. Es un pensamiento precario, y aun así Cabral llega a darse cuenta de que la soledad que siente no es la mejor que pudiera pedirse. Está solo, es verdad, o está como si estuviera solo, sí, pero con tanto ruido y tanto humo y tanta muerte que ni siquiera puede disfrutar del campo y sentarse a reflexionar sobre algún tema que le interese. Nada de eso: tiene que ubicar el acá desde donde le gritan, y tiene que ubicarlo con urgencia porque el que grita es el jefe.

–¡Acá! ¡acá! –le grita de nuevo–. ¡Cabral, no sea marmota!

Cabral se atribula aún más: ¿eso lo pensó o se lo dijeron? ¿Fue la voz exterior o la voz interior la que dijo esa frase terrible? No logra estar seguro. Las batallas definitivamente lo aturullan. Si fue la voz interior, el asunto no es grave: Cabral, como todo el mundo, por otra parte, tiene el hábito de hablarse a sí mismo y de dedicarse pequeños insultos. Mirá que sos boludo, Cabral, se

dijo, por ejemplo, a sí mismo, por supuesto que cariñosamente, la noche en que tratando de deducir la dirección en la que estaba el Paraná se cayó a una zanja. Es que él siempre trataba de saber adónde se encontraba. Y ahora, precisamente ahora, cuando más lo deseaba en su vida, no podía establecerlo.

Pero, ¿ese *marmota* lo pensó él, para sí mismo, o se lo dijeron desde afuera? Si se lo dijeron desde afuera, entonces verdaderamente había de qué preocuparse. Porque la voz que lo dijo –claro que él podría haberse hablado, interiormente, con la voz del otro– era la misma que gritaba todo el tiempo ¡acá! ¡acá!; es decir que era la voz del jefe. Y había, todavía, algo peor. Cabral se estremece. ¿Él recordaba mal, cosa nada improbable en medio de tanto aturdimiento, o la voz había dicho: Cabral, no sea marmota? La voz lo había nombrado. Si se trataba de la voz interior, todo estaba en orden: Cabral siempre se llama a sí mismo Cabral cuando se hablaba internamente. Pero si la voz vino de afuera, y Cabral ya sabe que la voz que viene de afuera es la voz del jefe, eso significa que si lo nombró es que lo reconoció. Y que, deduce Cabral, a pesar de tanto espanto, si lo reconoció es porque pudo verlo. Si él puede verme, sigue, tratando de clarificar su panorama, entonces yo tendría que poder verlo a él. Es reconfortante razonar con tanta lógica, pero lo cierto es que no puede verlo. ¿Dónde? ¿dónde? ¿dónde?, piensa otra vez. A Cabral, dadas las circunstancias, no le parecen para nada injustificadas las ganas de llorar. ¿Cómo soportar tanta impotencia? Llorar, o, mejor dicho, cierta forma de llorar, ¿no es también cosa de hombres? Quién sabe, piensa con desdicha. Al parecer, se encuentra otra vez girando sobre sí mismo, aunque no es descabellado suponer que siguió así todo el tiempo y que lo que ahora sucede es que la batalla ya no gira al mismo ritmo que él, y entonces él puede darse cuenta de que da vueltas. Todo esto le da más ganas de llorar. Pero se aguanta. ¿Cómo se vería –y, si la voz era exterior, a él lo están viendo– un sargento llorando en el campo de batalla?

Cabral se aguanta de llorar. Aguantarse significa hacer fuerza en el momento mismo en el que la garganta se atasca y las lágrimas le vienen raudamente hacia los ojos. El resultado de esta contradicción es que las lágrimas se quedan en los ojos, en el borde de los ojos. No se quedan adentro –¿adentro de dónde? ¿de dónde vienen las lágrimas? ¿están ya en el ojo? ¿le vienen a uno del alma?–, pero tampoco se caen decididamente hacia fuera, a rodar por las mejillas, a correr entre los mocos. A Cabral las lágrimas se le que-

dan en el borde de los ojos y entonces, milagrosamente, le funcionan como pequeñas pero incomparables lentes de aumento. Ahora Cabral ve, aunque sigue el humo y el remolino por todas partes. Con alguna zona difuminada, es cierto, pero ve. Y ve el *quién* (el quién ya lo sabía, porque reconoció la voz) y ve también el *acá*. El *acá* no era tan *allá* como pudo haber pensado: está bastante cerca y no será difícil hacer un mismo acá del acá del jefe y del suyo propio.

Ahora Cabral quiere llorar, se lo propone decididamente, se esmera en ello. Ya no es un llanto que avergüence: es un llanto destinado a servir a la patria. Pero las lágrimas no vuelven ahora, cuando más se las necesita. Cabral trata entonces de orientarse hacia la dirección en la que vio al jefe. Camina, cree, en ese sentido, y en una línea más o menos recta. El humo se entreabre en un momento determinado, o posiblemente Cabral ha vuelto a lagrimear sin proponérselo en este caso y tal vez sin darse cuenta siquiera.

El asunto es que vuelve a ver al jefe, y lo ve tan cerca, que ya puede prácticamente decirse que están los dos en el mismo *acá*. Pero la escena que ve Cabral es rarísima: en lugar de estar, como era digno de esperarse y como todos los retratos habrían de evocar, el gran jefe sobre su caballo, está, ¡quién lo diría!, el caballo sobre el gran jefe. Una extraña pregunta emerge en la mente de Cabral: ¿de qué color es el caballo blanco de San Martín? Cabral no sabe exactamente por qué ha pensado en eso. Pero la pregunta le parece estúpida: ¡contesta, en su formulación, exactamente aquello que está preguntando! El hecho es que ahí (*¡acá!*) está el caballo, y el jefe, increíblemente, debajo y no encima de él.

Cabral se dirige con presteza a poner las cosas en su lugar. La vida de cuartel lo ha acostumbrado al orden. Pero no es fácil mover ese caballo, salvar ese jefe, con tanto ruido, con tanto humo. Cabral hace fuerza y fuerza y fuerza y le parece que no va a poder, hasta que al final puede. Tira y tira y tira y de pronto el jefe sale. Cabral resopla, un poco por el esfuerzo, otro poco por el alivio. Y es entonces cuando del humo, de en medio del humo, sale el maturrango y le clava la bayoneta.

Mucho le duele la tetilla a Cabral. ¿La tetilla o más abajo? No hay manera de saberlo. Duele y arde. Echado en el suelo, Cabral vuelve a preguntarse

¿dónde? ¿dónde? ¿dónde? Después piensa, bastante sereno: qué carajo importa dónde, la cosa es que estoy jodido. Jodido y bien jodido. Lo único que sabe Cabral es que le duele acá, pero ni idea de en qué jodida parte del cuerpo queda ese acá. Antes se sabía a él, a sí mismo, y no el lugar en el que estaba. Ahora que se lo llevaron aparte, ahora que el humo se está disipando y que el único grito que escucha es el suyo, lo que Cabral no logra poner en claro es *dónde* le duele a él.

Se le acercan varios. Lo miran, lo miran. Él los ve desde abajo, tirado en el suelo. Le dicen que la batalla se gana. La tetilla, dice Cabral, y nadie le hace caso. Le dan vueltas alrededor y por un rato no le hablan. Después vuelven a decirle que la batalla se gana y que el jefe está entero. Cabral se da cuenta de que se va a morir. No es que le parece, no es que lo sospecha, no es que tiene esa impresión. Cabral sabe positivamente que se va a morir y eso le provoca una inmensísima tristeza. Cabral siente, allí tirado, en medio del polvo, una enorme congoja, una terrible pena, una desdicha imposible de medir. Sabe que se va a morir. Y no es ningún tonto, de modo que está tristísimo. Alguien, quizás el jefe, se le acerca, se pone en cuclillas junto a él y le pregunta cómo se siente. Cabral alcanza a pensar, mientras se muere, que nunca jamás en la historia existió hombre que sintiera más tristeza que él en ese momento. Pero decirlo le da vergüenza. ¿Qué van a pensar de él? Van a pensar que es una mujercita, van a pensar que es un maricón. Es sumamente probable que Cabral tenga razón, que nunca haya habido un hombre que estuviese más triste que él. Siente una tristeza inconmensurable. Pero, cuando se lo preguntan, no lo dice. ¿Qué van a pensar de él? Solo le queda aliento para pronunciar cuatro o cinco palabras, que apenas si se oyen: es su modesta despedida, es su página mejor.

“Muero contento” en Martín Kohan, *Muero contento*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1994. ©Martín Kohan.

MARTÍN KOHAN

Buenos Aires, 1967. Docente de Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de la Patagonia. Publicó libros de ensayo: *Imágenes de vida, relatos de muerte*, *Eva Perón, cuerpo y política* (en colaboración) (1998), *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* (2004), *Narrar a San Martín* (2005); libros de cuentos: *Muero contento* (1994), *Una pena extraordinaria* (1998); y novelas: *La pérdida de Laura* (1993), *El informe* (1996), *Los cautivos* (2000), *Dos veces junio* (2002), *Segundos afuera* (2005), *Museo de la Revolución* (2006), *Ciencias morales* (2007), *Cuentas pendientes* (2010), *Bahía Blanca* (2012).

ENCUADRE HISTÓRICO

MUERO CONTENTO

Los ideales de libertad, igualdad y fraternidad gestados por los pensadores franceses y emblemas de su Revolución se propagaron progresivamente en Hispanoamérica al iniciarse el siglo XIX. Las nuevas ideas y luego las luchas por la independencia forjaron la solidaridad y unión de una proporción significativa de la población (criollos, indígenas, mestizos, mulatos, negros africanos) ante un enemigo común, el despotismo ilustrado encarnado por la dinastía borbónica.

En el Río de la Plata, hacia 1810, empezó a delinarse la Revolución que se fue consolidando con gran firmeza hasta lograr, tras intensos años de guerra, la emancipación definitiva de España. En este proceso de sucesivos cambios, la incorporación de José de San Martín a sus filas fue decisiva. Más aún cuando el poder ejecutivo provisional de las Provincias Unidas a cargo del Primer Triunvirato le propuso el desafío de organizar el primer batallón de Granaderos a Caballo, donde se educó una generación de héroes de la patria. Todos ellos, provenían de diversas regiones del antiguo virreinato rioplatense, y tenían como meta alcanzar un futuro digno para esos seres anónimos que integraban el pueblo americano.

El bautismo de fuego de este regimiento contra los realistas, tuvo lugar un 3 de febrero de 1813 en las proximidades del convento franciscano de San Lorenzo, que se convirtió en el escenario y refugio de los patriotas que participaron en el combate. Entre este grupo de granaderos se hallaba Juan Bautista Cabral, un correntino nacido en La Salada alrededor de 1790. Existen dudas sobre su pertenencia étnica, si era zambo, mestizo o negro esclavo al servicio del estanciero Luis Cabral. Lo destacable fue su valor, demostrado durante el enfrentamiento, al dar la vida cuando su superior, el coronel San Martín, quedó atrapado debajo de su caballo. Los testimonios de quienes se hallaron junto a él reiteraron que sus últimas palabras fueron: “*Muero contento, hemos batido al enemigo*”. Por ese acto fue merecedor de un ascenso *post mortem*; y cada vez que San Martín pasaba lista a sus soldados pronunciaba su apellido, en tanto el sargento más antiguo contestaba: “*¡Muerto en el campo del honor, pero vivo en nuestros corazones!*”. Por salvar de las bayonetas realistas a San Martín, el gran estratega que liberó a nuestro pueblo al igual que a Chile y Perú de la opresión borbónica.

LÍA CLAUDIA GARCÍA

Casilda, Santa Fe, 1958. Licenciada y Doctora en Historia (UNR-UCA). Profesora y coordinadora de Departamentos de Investigaciones y Publicaciones en Institutos de Formación Docente. Autora de libros y artículos sobre historia americana, argentina y regional.

**BUSCANDO MARIDO
A UNA MULATA**
CRISTINA BAJO

AÑO 1821

No era un buen año para conseguir marido, pensó Ramona, con todos los hombres corriendo como locos detrás del general Francisco Ramírez –Pancho para quienes bien lo querían–, que después de retobarse contra el gobernador Bustos, cabalgaba con su Delfina por las desolaciones de los campos del norte.

“Y menos si una es negra o mulata”, recapacitó la mujer, “que es como decir: sobre llovido, mojado”. Pero siendo como era la criada de mayor jerarquía dentro de la servidumbre, le tocaba a ella ser vocera del reclamo de esa mulata levantisca, Bernabela, ante el ama.

Llamó con los nudillos a la puerta, percibiendo la desfallecida voz de la señora, entró, y ahí nomás se quedó, en el umbral, las manos bajo el delantal, la trompa adelantada, hasta que doña Clemencia dio la última puntada en el tapiz, cortó el hilo, alisó con la uña algún relieve y se tomó el trabajo de levantar los ojos.

–¿Qué pasa, Ramona? –preguntó al fin, dejando el dedil en el cesto de costura.

–Es por la Bernabela, ama –contestó el vozarrón profundo de la mujer.

La señora seguía buscando, en perspectiva, algún defecto a su labor; debió encontrarlo, ya que sus cejas se fruncieron, disconformes.

–¿Qué pasa con Bernabela, Ramona? –y su dedo tamborileó sobre el mentón, la mirada aún perdida en los colores entrelazados sobre el cañamazo.

–Pues que quiere un hombre, ama.

–¿Un hombre? –hipó doña Clemencia, saliendo de su abstracción–. ¿Y para qué lo quiere?

La negra la contempló, impávida. ¿Qué podía contestar? Como la otra la siguió mirando, al parecer sin entender, volvió a levantarse de hombros; si el ama no podía imaginarlo, no sería ella quien se lo explicara. Viéndola así, con sus frágiles uñas, sus ojos sin vida, la piel sin color, bien podía ser que ya no recordara para qué podía querer, una mulata joven y fogosa, un hombre.

–¿Qué será que tiene en mientes Bernabela? –la sondeó la señora, recostándose en el sillón y sintiendo que, fatídicamente, le llegaría una jaqueca.

–Se me ocurre que ha de ser para casarse, vea usted –lo adecentó Ramona.

–¡Casarse!

Dona Clemencia había supuesto, en su credulidad, que la morena querría

un varón para que le ayudase con el charqui, a cavar la huerta y juntar leña en el monte. Pero... ¡casarse! Eso superaba cualquier especulación.

Pasó revista a las posibilidades dentro de la servidumbre. El negro Juanucho estaba senil, Pedrito no llegaba a púber, y sanseacabó con los hombres de la casa. De pronto se le presentó una horrible idea... que la mulata... que alguno de sus hijos... Pero no; Bernabela podía tener la lengua suelta, alardear de retobada, pero no era maligna. Disimulando sus pensamientos –aunque Ramona leía en ella como en la Historia Sagrada, aun siendo analfabeta–, preguntó como al pasar:

–Y... ¿se ha fijado en alguien?

–No, ama, si no hay quién –respondió la negra–. Si ya se lo he dicho, uno por chocho, el otro por guagua. No hay con quién, todos los posibles se los llevó Bedoya, para rastrear al Pancho con su portuguesa, y los que andaban de vagos, los arreararon para el Fraile Muerto, pues se les ha soliviantado el general Carrera. Vaya usted a seguirles el rastro o a vislumbrar en qué andan. Movié la cabeza con un gesto impaciente y continuó:

–Ya le advertí a esa que no hay en la casa quien se ajuste a lo posible. De no, le traería yo a usted la solución, no el problema.

–Es verdad –dijo doña Clemencia, juntando las manos palma con palma–. No hay vuelta que darle; dígaselo, Ramona.

Quiso continuar con su labor, pero la negra no se movió, así que hizo un gesto displicente con la mano.

–Vaya nomás, y explíquele que tendrá que esperar que se compre un negro en edad.

–Pero ama –interrumpió Ramona estólidamente–; que no se puede comprar un negro, que la esclavitud se acabó hace varios años.

–¡Ah...!

Ambas guardaron silencio. Doña Clemencia soltó el tapiz al comprender que, después de todo, tendría su jaqueca.

–Siempre se me olvida –reconoció, con una sonrisa desleída–. Qué pena, ¿verdad, Ramona?

–Según como lo mire cada quien, señora –puntualizó la otra.

Y como vio que no iba a conseguir que el ama tomara una decisión, la apuró:

–¿Y qué le digo? Dígame usted.

–Pues eso, Ramona; que no podemos comprar un negro porque se abolió la esclavitud y...

De pronto se interrumpió, esperanzada.

–¿Está segura de que Juanucho...?

–Vea la señora; no me parece sea eso lo que tiene en el piénsamo la Bernabela. Y tampoco sería justo para el pobre viejo; podría costarle la vida. Benabela es mucha hem... mucha mujer.

Desolada al ver que no se sacaría a la negra ni al problema de encima así como así, doña Clemencia dijo con un pito de voz:

–¿Y qué hacemos, Ramona?

–¿No se la podría casar con alguno de los mandingas que tienen los Salguero? Los que se salvaron de la leva. Hay uno bastante fuerte, que le falta una mano, pero en lo demás...

–Imposible, Ramona. Dese cuenta: si ese fuera el caso, yo tendría que cederles a Bernabela, y no lo voy a hacer. O ellos pasarnos a su negro, y con la escasez de hombres, dudo que consientan. Ni se lo podemos comprar, ya que va contra la nueva ley...

Esta vez fue Ramona quien comprendió que no obtendría nada del ama, al menos por aquel día. Suspiró y dijo, resignada:

–Bueno, señora, hablaré con Bernabela y le explicaré el caso.

–Hágalo, Ramona. Y dígame que si ustedes encuentran una solución razonable, decente y cristiana, estoy dispuesta a contentarlas.

Ya se retiraba la negra repitiendo entre dientes “Razonable, decente y cristiana...”, cuando doña Clemencia dijo a sus espaldas:

–Ah, Ramona... –y con una leve hesitación, para darle más énfasis, aclaró–: Adviértale que no piense ni por un momento en casarse fuera de su raza. La Iglesia no lo ve con buenos ojos, y nosotros tampoco.

–Descuide, señora, no creo que ella se bandee por ese lado –dijo Ramona con un tono perentorio que contradujo casi de inmediato al murmurar mientras salía–: Aunque, con el hormiguillo que carga, va’ saberse a qué echa mano.

Mientras sus pasos se perdían en el patio de baldosas, doña Clemencia quedó sin saber cuál era el significado de la última parte de la oración.

–¡Ah, claro! –estalló Bernabela en la cocina–. ¿Y porque se acabó la esclavitud yo tengo que quedarme sin hombre?

Sus ojos refulgían de rabia mientras revolvió el locro con ademanes furiosos.

–Menudo favor me hicieron los patriotas, entonces. ¿Y estos otros nuevos, ah?, el Pancho, el Bedoya, los Carrera, que se han alzado con todos los hombres pasables...¿Y yo qué? Acá me dejan, en mitad de la cancha, pagando sus patriotadas.

–Estás hablando bolazos –la amonestó Ramona, quitándole la cuchara de madera–. No tenés idea de las cosas –le recalcó, intentando poner paz en el guiso borboteante–. Igualita que el ama, una en cada punta, las dos cortadas por la misma tijera.

–¿Y qué querés? Si al menos hubiera la trata, se podría hacer trueque.

–Pero si no hay ni un realito por los rincones, lo mismo –la calmó Ramona, devolviéndole la cuchara.

–No dije compra, dije trueque. Yo para allá, otro para acá.

–¿Es que te creés que los Salguero son tan sonsos que van a dar algo por una mulata inservible? –se burló Ramona.

–Pues bien me sé que no tienen morcillera.

–Eso sí –aceptó la negra, retomando el mate–. Pero el ama no quiere ni oír hablar de darte.

La mulata se dejó resbalar en el suelo, cubriéndose la cabeza con las manos.

–¿Y porque ella no quiere, y porque la ley no sé qué dice, tengo que quedarme sola, sin nadie que me rasque, ni que me gólpie de vez en cuando, de celos?

–Y qué sé yo, chinita –suspiró Ramona, sintiendo pena por la joven–. Debiste nacer antes o después, no cuando naciste; te han agarrado al medio.

Le alisó la mota prieta, salvaje, y suavizó el tono de voz.

–Vamos, ya se verá; te prometo hacer todo lo posible para conseguirte un marido.

Bernabela la observó largamente con los ojos vidriados de lágrimas, agrandados por la frustración. Le creyó de pe a pa, porque su madrina avaló la promesa besándose los dedos en cruz antes de agregar:

–No desesperés, mi negrita, que las liebres saltan de donde menos se las espera.

–De qué liebre me hablás, si aquí no hay más que vizcachones –refunfuñó la morena, agriada–. Y ya nomás te digo para que le digás a “ella”: en esta casa no se prueban mis morcillas hasta que yo no tenga marido.

–Te van a obligar.

–No es prudente molestar a la que cocina, porque solita ella y su alma saben qué mete en la olla, y es el otro el que lo come.

Tan sabia advertencia acabó con el entredicho.

La situación continuó sin variantes para Bernabela, que deambulaba por

la casa como atontada. De día tenía sueño, se le caían los trastos de las manos, y debía soportar que las muchachas la fastidiaran con el cantito de: “Enagua pasando, novio buscando”.

Las más atrevidas hasta le ofrecían la raspa de las ollas: “Tomá, comé, a ver si te conseguís un marido rico”. A veces, en la calle, cuando veía a las madres jugando a “las manitas” con sus hijos, o a las “tortitas para la mama”, volvía el rostro, pesadas de lágrimas las pestañas.

Así llegaron al 23 de junio, cuando se llevó a cabo una curiosa ceremonia, de más está decir, sin que el ama se percatara.

Todo comenzó al alba, cuando Bernabela, con sigilo, se levantó en bata y en patas. Lo que la tenía inquieta era lo que iba a hacer: enterrar –en un rincón de la huerta donde el primer sol pintaba la tierra árida del invierno– una cabeza de ajo que el día anterior Ramona había seleccionado cuidadosamente.

A medida que pasaban las horas, escapándose por segundos de sus tareas, la muchacha regó una y otra vez el hoyo, mordiéndose la punta de los dedos para no ceder a la tentación de escarbar y ver qué pasaba bajo el pasto seco con que lo había cubierto.

Aquella noche durmió mal, llena de expectativas a veces, desanimada otras, pensando en que pasarían los años y ella no tendría un hombre que la conformara, un hijo que le diera importancia.

El día de San Juan amaneció con ella todavía regando su pequeña plantación, y esa tarde, la señora les permitió ir a la costa del río, donde se había juntado mucha gente, la mayoría de la casta de los morenos, para armar las fogatas en recuerdo del santo.

Llevaban ramas, maderas, manojos de yuyos secos, que abundaban por la sequía invernal y las escarchas. Alguien, seguido por chicos desarrapados, apareció con un muñeco hecho de arpillera y trapos viejos, relleno de virutas y paja, con el aderezo de alguno que otro petardo para sobresaltar y procurar los gritos de susto y alegría con que se espantaban los diablos.

Desde el borde de la rueda, Ramona, con Bernabela y las chicas, Pedrito y Juanucho, vieron cómo lo ataban en lo alto de una pica de palo y lo clavaban en el centro de la pira.

A través del río, por la otra orilla, podían ver las fogatas que iban encendiéndose entre parpadeos. Los cantos y las rondas comenzaron con algarabía, rogativas graciosas al santo, gritos sofocados en las sombras

del monte bajo que se extendía más allá de los sauces, o por las barrancas llenas de cuevas que albergaban a los amantes pobres.

Ramona inspeccionó la concurrencia, ilusionada en encontrar un mozo que le fuera bien a su ahijada. Pero eran multitudes de mujeres, viejos y niños, y unos pocos hombres; pocos y la mayoría baldados: al que no le faltaba un ojo, tenía pie de cabra, o usaba muletas. Desde la Revolución de Mayo, los ejércitos de cuanta campaña se emprendiera se cebaban con los negros, arrastrándolos a pelear guerras ajenas.

Sin embargo, la negra notó que, a pesar de haber sido rechazados por inútiles para el combate, no habían sido desdeñados por las mujeres: no había ni uno que no llevara una vieja o una chica colgada del hombro, del brazo, o enlazándole la cintura.

No quería líos para Bernabela; las situaciones en que había otra –u otro– de por medio nunca terminaban bien, sino en enfrentamientos con sangre: casi todas aquellas eran mujeres libres o huidas, desprejuiciadas y peligrosas, pocas o ninguna criada en casas de familia. Eran “abrojaleras” que pitaban tabaco fuerte, tomaban bebidas blancas y alardeaban del cuchillo que llevaban a la cintura con un empaque que decía que, si no le temían a un hombre, menos le temerían a otra mujer a la hora de liarse a palo o puñal.

Cuando vio que un negro borracho comenzó a ponerse baboso con su ahijada, le pegó un empujón que lo mandó de traste a las brasas y anunció a las chicas que era hora de volver. Por un momento, pareció que Bernabela se le iba a retober, pero la convenció con una frase:

–Vamos, que hay que destapar el entierro.

Entraron en la casa por el portón del fondo. Ramona fue a darle el parte al ama y luego volvió a los fogones, donde las chicas, exaltadas por el fuego, los gritos y los bailes, se reían ruidosamente mientras calentaban las sobras del puchero del mediodía antes de acabar con la fiesta de San Juan, fiesta que hermanaba a solteras pobres y ricas en su ansiedad de vivir un momento de pasión o una historia de amor; fiesta de mayorcitas nerviosas porque no aparecía el galán que las rescataría del poder de sus padres o de sus amos para llevarla en coche, o a pie (lo mismo daba), hacia otra esclavitud más dulce, según creían. Era noche de veteranas solteronas que renovaban esperanzas, noche de espejos tapados en las salas y los dormitorios de las señoritas “de cuna”, y de ritos más secretos, de mujeres pobres, en las cocinas.

En casa de doña Clemencia, una vez que Juanucho y Pedrito se fueron a dormir, Ramona distribuyó candiles entre las chiquillas de la servidumbre y

seguida por Bernabela fueron a la huerta, pisándose las faldas en la oscuridad y riéndose contenidamente.

Cuando llegaron al rincón del entierro, Bernabela escarbó nerviosamente hasta dar con la cabeza sepultada. La levantó con cuidado y, sosteniéndola en la palma de la mano, la entregó a Ramona. Los candiles y los ojos se juntaron para iluminar el ajo. Fue evidente para todas que no había echado ningún brote, señal de que Bernabela no se casaría antes de los próximos sanjuanés, o sea, que tenía ante sí un año de forzosa castidad.

La muchacha sintió como si le hubieran propinado un mazazo; apoyó la frente en el hombro de una de las chicas y, abrazándose a ella, lloró a moco tendido. Muy distinto fue el regresar a la cocina, tristonas y calladas, palmeando la espalda y la cintura de la desdichada, confiadas en que, cuando a ellas les tocara, las cosas les resultaran distintas.

En medio del frío de la noche de San Juan, que les cortaba la respiración, el aire todavía olía a batatas asadas bajo las brasas de las hogueras, a la pólvora, los cueros y los trapos quemados que se iban apagando como el eco de un carnaval en retirada.

Dolida por la tristeza de la muchacha, Ramona se rezagó, observando detenidamente el ajo.

–¡Pero si serán paspadas ustedes! –gritó alborozada–. ¡Que sí tiene un retoñito! ¡Vengan a ver, zonzonas!

Las chicas se volvieron entre exclamaciones de alegría que hubieran despertado al ama si no fuera porque se tomaba sus buenos anisetes antes de acostarse. Pero en el apuro por comprobar el buen augurio, calcularon mal los pasos por la senda que pasaba junto al aljibe; una de ellas tropezó con la negra, otra trató de sostenerla, y la cabeza de ajo saltó por los aires. Entre lamentos y manotazos, a pesar de los intentos de las muchachitas por abarajarla en el aire, fue a caer dentro del pozo, que alguien había dejado destapado. Las cinco cabezas se unieron, mirando, chasqueadas, la misteriosa profundidad que guiñaba muy abajo.

Bernabela se fue a la cama llena de dudas. ¿Había mentido su madrina para consolarla? ¿Se había escapado la cabeza de ajo por el empujón, o la había arrojado disimuladamente para que no pudiera comprobar que le mentía?

Con los pies helados de caminar por las piedras del patio y las mejillas inflamadas de llanto, se arrebujó entre las colchas tapándose hasta la coronilla. Si era así, si Ramona le había mentido, quedaría sola, quizá para “domar el chivo” de la soltería durante toda su vida, dedicada a vestir santos en las sacristías.

Ramona, fumando su último cigarro junto a la puerta, se acercó a arrebujarse

jarle la manta sobre el cuello y le dijo con un tono que no admitía reservas:

–Te juro, pero te juro, Bernabela, que tenía una espuelita verde el carajito. Antes del próximo San Juan, tenés marido, como que hay Dios.

Aspiró profundo, profundo, y soltó el humo sobre el oído de la muchacha, para alivianarle los sueños.

Llegó noviembre, y todos partieron hacia el Río Cuarto, a la estancia de la familia.

Bernabela se había vuelto silenciosa y malhumorada, y a pesar de que las amigas trataban de alentarla parecía haber perdido las ganas de vivir. Como ella vaticinó cuando le hicieron bromas –Ramona insistía en que antes del próximo invierno conseguiría “emparejarse”–, el cambio de escenario no la benefició en nada: los peones eran, casi todos, criollos con una pizca, apenas, de algo menos que sangre de conquistadores. No deseables para ella, y casi prohibidos.

Un día, sin embargo, pasó algo que la dejó rumiando confusos pensamientos: había acompañado al ama, en el cochecito de dos caballos, hasta la villa del Río Cuarto. El fin de la peregrinación era buscar hilos de bordar, pues la reserva de doña Clemencia se había acabado al estirarse el tiempo de permanencia en “La Aguada”.

Ramona, que iba en el coche al lado del ama, cargando el preciado tapiz, entró con ella en la tienda del francés que, entre aguas de Colonia y cremas perfumadas que fabricaba su esposa, tenía un buen surtido de telas, puntillas, cintas, hilos y peinetas. Decían que lograba sobrevivir en aquel puesto de frontera a diez años de anarquía y malones debido a las promesas por su subsistencia que renovaban domingo a domingo, en la capilla del lugar, las mujeres de los alrededores, que no podían vivir sin aquella mercadería.

Bernabela viajaba en el pescante, al lado de un viejo peón de barba gris y ojos vivarachos que siempre le deslizaba chistes llenos de picardía en el oído, chistes que ella ignoraba con despreciativos gestos, llamándolo “viejo verde” y otros motes más desagradables. Como era conocido su mal talante cuando la molestaban, el viejo no pasaba del dicho al hecho.

Y mientras estaba allí, los codos en las rodillas, la cara entre las palmas de las manos, lánguida de aburrimiento, vio por el rabillo del ojo a tres indios montados en sus caballos sin siquiera un apero. Parecían andar “al divino botón”, como diría su madrina, lo que condecía con su fama de vagos y taima-

dos, siempre con malas intenciones emboscadas entre las cejas y la nuca.

A Bernabela no le gustaban los indios; les tenía miedo, además; pero mientras los miraba, alerta y recelosa, distinguió a uno de ellos, algo más alto que los otros, igualmente cobrizo, igualmente ladino, de nariz igualmente chata y de ojos oscuros. Le llamó la atención porque aquel varón de las planicies, semidesnudo y airoso, con una vincha de color que le sujetaba la frente, con muñequeras de tiento y plata, y algún amuleto colgando sobre el pecho amplio, que contenía el aliento de un guerrero, había detenido su caballo y la miraba con la boca abierta, como si nunca en su vida hubiera visto una mujer. Una mujer semejante, al menos. Hermosa, de gruesos labios, piel café con leche, ojos de furia bajo cejas finas y rectas que ella delineaba con pinzas a escondidas del ama. La blusa se le había resbalado sobre el brazo y se veía su hombro redondeado y el nacimiento del pecho.

El peón, pensando que le robaban la potrancia del corral, se puso de pie, el látigo en la mano, y les soltó varios insultos, ordenándoles que siguieran su camino. Los tres ranqueles lo provocaron con la mirada, y cuando el criollo echó atrás el brazo, amagando el chicotazo, Bernabela, sin una palabra, le plantó con saña el codo en la entrepierna – “las partes”, como le llamaba Ramona–; el hombre se dobló en dos, maldiciendo, a tiempo que ella le arrancaba el látigo y lo tiraba lejos. El enfrentamiento duró unos segundos, y acabó porque en aquel momento el ama regresaba de sus compras.

Los indios siguieron al trote hacia unos tapiales, el último volviéndose sobre el hombro para mirar rápida y codiciosamente a la mulata a tiempo que el cochero se bajaba, encorvado, maldiciendo entre los bigotes selváticos, a buscar el chicote.

Bernabela saltó a tierra detrás de él, le calzó un pellizcón doloroso en el trasero y le murmuró en la oreja: “Andá a latigear quirquinchos, cabrón”, y se trepó en el pescante de atrás, donde viajó parada, sosteniéndose de los barrotes de la ventanilla trasera, la pollera al viento, al aire las piernas largas de finos tobillos. Cerró los ojos para conservar la imagen del indio en el recuerdo y cambiar impresiones luego con su madrina.

Antes de llegar a la estancia la ganó el desaliento: había visto a un hombre que le había atraído, pero ese hombre era indio (en primer lugar) y con seguridad (en segundo lugar) nunca más volvería a verlo. Todo el mundo sabía que los ranqueles no dormían un año bajo las mismas estrellas.

Generalmente volvían a la ciudad a fines de febrero, para escapar a los

malones que solían aparecer cuando los cardales, ya secos, daban paso a los caballos pampas.

Pero como las montoneras de los chilenos andaban muy activas, cayendo desde Mendoza a morderles los garrones a los hombres del gobernador, toda la región se había vuelto insegura, pues tropas de distintos bandos y parcialidades cruzaban del Río Cuarto a Cuyo, y de Cuyo al Carcarañá, del Carcarañá a Buenos Aires.

Curándose en salud, el patrón prefirió no arriesgar a la familia sacándola a campo abierto y ordenó permanecer al amparo de los muros de la estancia hasta que se aquietaran los ejércitos o pillaran de una buena vez a aquellos cuatreros de los hermanos Carrera.

En “La Aguada” los encontró mayo, mes que le hacía dudar a Bernabela de la promesa de su madrina, porque de novio o pretendiente, nada, y faltaba poco más de un mes para que llegaran los sanjuanés.

Una de esas madrugadas del sur, cuando comenzaban a blanquear los pastos bajo las heladas, se presentó el malón, tal como si hubiesen sabido los señores del desierto que el patrón estaba ausente, pues andaba con la peonada por los “puestos” perdidos entre las quebradas, en un intento desesperado de esconder la poca hacienda que le quedaba, menguada por patriotas y bandoleros.

Aquel amanecer, solo quedaban en la casa las mujeres y uno que otro peón, más para ayuda en las tareas domésticas que para defensa de la propiedad.

A los primeros alaridos de los ranqueles –que serían indolentes, pero eran madrugadores para sus empeños–, saltó el mujerío de los catres, en batas, echando mano a cuanto pudiera servirles de arma: palos, escobas, trancas de hierro y alguna pistola de la época de Sobremonte.

El espanto las hacía correr como locas, de una pieza a otra, del patio al traspatio, como tropilla rodeada para la yerra. Gritaban de tal modo, que los mismos indios otearon detrás de las construcciones, pensando que se venía otro malón, del que no tenían noticias.

Los pocos peones que quedaban –unos viejos inservibles– se parapetaron en las ventanas con las armas de fuego desechadas por los confisadores; hasta el viejo Juanucho fue sacado a escobazos de bajo su catre por Ramona, que lo sacudió como a colchón aplastado, instándolo a que, aunque fuera, se escondiera en lo alto del campanario y apedrear a los intrusos. Aquel recurso de tirar la piedra y esconder la mano había dado buenos resultados en el pasado.

Entre el estampido pasmado de la pólvora inservible, Bernabela, que había conseguido apoderarse de una lanza que arrojaron contra la casa, encontró estimulante la refriega, pues las corridas y los alaridos, los insultos y las amenazas le barrieron del cuerpo y del ánimo los malos humores.

Provocada, respondió con bravatas, atreviéndose a abandonar la casa para dar la cara y lanzar insultos contra los invasores.

Alta, fuerte, desmelenada, los hombros y los senos morenos resaltando entre las aberturas de la bata de lienzo, la falda recogida entre las piernas, sujeta a la cintura, descargó su frustración saliendo al descampado con un alarido sostenido que erizaba la piel y parecía tentar a las tacuaras a que la atravesaran. Llevados por el ímpetu de su arrojo, Ramona, Pedrito y las chicas la siguieron.

Como los ranqueles no habían dado más que con unas pocas reses sueltas, atacaban como desganados, algunos buscando retirarse del campo de sus fechorías, que aquel día se les había mostrado improductivo.

Pero uno de los infieles, atraído por la magnífica belleza de Bernabela, pensó que no saldría mal parado si conseguía llevársela a los toldos. Por designio del destino, o porque la suerte ayuda a quien se ayuda, era el mismo que se había fijado en ella en la Villa del Río Cuarto. Alguien con más suspicacia podría haber dicho que aquel nuevo encuentro no era casual, y que más bien el rapto de la hermosa y no el robo de las vacas había movido a aquel puñado de atrevidos.

Pero Bernabela atacaba con tanto brío que el indio no lograba ponerle una mano encima. Cuando ya sus compañeros volvían grupas a aquellas furias gritonas, menos temibles que molestas, él, encandilado por la belleza empavonada, se negó a retirarse y volvió tras ella.

Ramona, mientras sacudía un trapo humeante para asustar a los caballos, lo vio acechar a su ahijada y la alertó con un grito ronco: “¡Bernabela, Bernabela, el c.... cuidate el c...!”.

La muchacha se volvió en redondo, la lanza a ras, y enfrentó al presumido. Por un momento que les pareció larguísimo, se miraron a los ojos, balanceando posibilidades, y en tanto el indio sentía el tambor sanguíneo de su corazón despertarle todos los instintos, ella corrió a enfrentarlo como si no temiera a su tacuara.

Y mientras sus largas piernas la acercaban a él, lo sopesó, lo midió y pensó: “Que no es feo, el muy sonso”. Ciertamente que no era tan alto como ella, pero quién. Fuerte era, y su piel, si bien no demasiado oscura, al menos no

era una de esas pieles de mondongo de los blancos. Y si su pelo era lacio, lucía renegrado y saludable; corajudo era, pues, ya que pasó la trinchera y no se escabulló con los demás...

Tomando en el último instante la decisión, Bernabela levantó el brazo y con un solo golpe de lanza desarmó al aturdido varón –que se descubrió indefenso ante semejante tigre–, y después de atraparlo con un manotazo a la crencha, lo mandó trastabillando contra el muro.

Cuando la polvareda se asentó y los gritos se acallaron, doña Clemencia salió a ver el resultado del zafarrancho. Encontró a Bernabela empuñando una lanza, con la punta apoyada en el vientre del guerrero, casi sobre sus partes pudendas. Contra la pared, los brazos en cruz, este sudaba ante su virilidad amenazada.

–¿Qué... qué es eso, Ra... Ramona? –tartamudeó la señora, tan asustada como el indio.

–Un ranquel, señora. Lo cazó la Bernabela, ella solita, nomás.

–¿Va... a matarlo?

–¿Quiere el ama que lo achure? –preguntó la mulata con una sonrisa enorme y gozosa.

Doña Clemencia se desmayó allí mismo.

–La Bernabela quiere hablarle, ama.

La señora, recostada en la penumbra, con paños embebidos en agua de rosas sobre los párpados, levantó apenas su mano.

–¿Qué será esta vez, Ramona? –gimió, al borde de las lágrimas, aún no repuesta de la batahola del día anterior.

–Pues ella dice que el indio le va bien.

–¿Que qué dice?

–Que quiere el indio para marido, ama.

–¡Por la santa de mi nombre, piedad! –sollozó doña Clemencia–. ¿Es que esa mulata quiere matarme? ¿Qué vamos a hacer con un indio entre nosotros, Ramona? ¿Es que esa chinita no sabe que son peligrosos, malignos, salvajes, infieles, que son asesinos, cuatrerros, que no respetan propiedad ni leyes, que son vagos, que...?

–Señora –la tranquilizó la negra–, veameló así usted: peligroso, mucho no ha de ser, ya que ella lo ha pillado sin trabajos; en cuanto a salvaje, se lo puede domesticar. Entre todas lo chirliaremos cuando se desmande. Por lo de infiel, pues que cuando venga el padrecito a bendecir los campos, que lo instruya

y lo bautice. Ya verá usted cómo aprende el guacho con la necesidad. Con que Bernabela lo tenga un poco contento, se le irán los malos hábitos de andar matando cristianos. En lo que va de ladrón, verá que eso se le olvida con la panza llena. No va a andar en tantas fatigas en cuanto se le cure el hambre.

Tomándose un respiro, Ramona volvió a la carga.

–Vealó de esta forma, ama. Bernabela necesita un marido, y no estamos para andar haciéndole ascos al único varón que consiguió. No son épocas fáciles para atrapar a un hombre, no digamos en edad de merecer, sino al menos de poder... digo, como un decir. Que si se matan en la guerra, que si los llevan al ejército, que si se largan para el desierto o se van a Buenos Aires... En fin, ama, que se las rebuscan para hacerse repeluz y no cumplir sus deberes con las mujeres. Pienselo usted, ahora que faltan brazos, y el pobre Juanucho ayer ni fuerzas para apedrearlos tenía; no da para más que sacar agua del aljibe o alimentar los pollos. No nos vendría mal un hombre fuerte, aquerenciado, para las tareas pesadas, digo yo.

Se paseó con la cabeza gacha alrededor de la cama, como sopesando argumentos, y al final los halló:

–Y de seguro que unos reales más nos dentran por él. Un día que lo tuvimos cautivo en el galpón, y con unos tientitos que encontró lindos se hizo unas maneas trenzadas que son un primor. Mire no más, bien se podrían vender las cosas trenzadas entre los peones. Y a más, en la ciudad también. Podríamos encantar a todos esos gringos que pasan para el Chile o el Perú, y se tientan con cualquier pavada. No sería mala idea ponerles una barraquita al fondo, en la casa de Córdoba, y meter a esa mulata chinchuda con un telarcito, y a él de talabartero. Y de paso lo alejaríamos del influjo del desierto y sus malas compañías. Que se olvide siquiera de montar, no digo en toruno, siquiera en burro.

Hizo una pausa para que el ama se embebiera en lo dicho, y remató:

–Piensemelo, señora; se ganaría mucho con ese rejunte...

–¡No se desmande, Ramona, solo porque estoy dolorida!

–...digamos casorio, entonces. Y en cuanto a las morcillas, no dejará de hacerlas, ahora que tiene hombre. Dice que no faltaría más, que no se negaría. Pa' que rabien los Salguero, siquiera, ama...

Años después, unos viajeros ingleses que visitaron la estancia sintieron curiosidad al observar una lanza, evidentemente indígena, entre la valiosa exposición de armas del dueño de “La Aguada”. Husmeando una colorida

historia, le rogaron que les contara el porqué de su presencia entre artefactos más sofisticados.

Mientras el hacendado les relataba cómo una mulata de su casa capturó a un ranquel para maridarla, Ramona, que les servía el vino, movía la cabeza, pensando: “Que no hay caso. Estos gringos tan ilustrados no entenderán nunca que cuando a una mujer se le mete una idea en la cabeza, suele ser más terca que mula mendocina”.

Pero el hecho debió impresionarlos, porque lo relataron en sus memorias, y así fue como Bernabela, aunque sin nombre, pasó a ser parte de una historia que recorrió el mundo entre las páginas de un libro de viajero.

La historia chica cuenta que él tenía tres nombres: Pilquiñán el primero, en su lengua quería decir Flecha del Águila, cosa muy respetable; el segundo, el de bautismo, era Robustiano, por la fecha en que Bernabela lo hizo prisionero de su amor. Pero el que más le gustaba era el tercero, el que nadie conocía, el que ella murmuraba de noche, en su oído, cuando le rogaba que le sembrara un hijo.

“Buscando marido a una mulata” en Cristina Bajo,
Tú, que te escondes, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
©Cristina Bajo.
©Editorial Sudamericana.

CRISTINA BAJO

Córdoba, 1937; pasó su infancia en las sierras, Cabana. En 1995 editó su primera novela: *Como vivido cien veces*, a la que siguieron otras obras. Publica cuentos y notas en suplementos culturales y diarios de Córdoba, Buenos Aires, y otras provincias. Es columnista de la revista *Rumbos*. Distinciones: La Mujer del Año (Legislatura de Córdoba 1998); Premio Jerónimo Luis de Cabrera (2001); Premio Municipal Ricardo Rojas (2005); Premio Academia Argentina de Letras (2005) por el libro de cuentos *Tú, que te escondes*. Parte de su obra se publicó en España, y fue traducida al griego, al portugués y al rumano.

ENCUADRE HISTÓRICO

BUSCANDO MARIDO A UNA MULATA

Entre 1810 y 1820 la Revolución cobró la forma de la guerra de la Independencia. Y esa guerra se transformó en la tarea primordial de los gobiernos centrales. Pero al mismo tiempo, la lucha entre revolucionarios y realistas se desplegó sobre la trama de la disputa por la soberanía, librada entre las tendencias centralistas de Buenos Aires y los reclamos de autonomía del Interior. Allí, los caudillos locales cobraban cada vez más preeminencia política.

A comienzos de 1820, la rivalidad entre los partidarios de un régimen centralizado y quienes pretendían crear una confederación, terminó enfrentándolos en la Batalla de Cepeda. Los caudillos del Litoral, Páncho Ramírez y Estanislao López, derrotaron a las fuerzas militares de Buenos Aires poniendo fin al Directorio y dando curso a las autonomías provinciales.

La guerra (entre ajenos y propios) trajo aparejada una movilización masiva de los varones (en especial de los sectores populares). Al ritmo de una militarización creciente, la leva drenaba la población masculina hacia los campos de batalla y

las mujeres iban quedándose en un mundo sin hombres jóvenes.

Pero la revolución y la guerra también tuvieron otras consecuencias. Por ejemplo, estimularon la difusión de nuevos valores entre los que descollaban la libertad y la igualdad. Esta última fue invocada en la célebre Asamblea del año XIII en la que se suprimieron los títulos de nobleza, se extinguieron la mita, el yanacozgo y el tributo, y se declaró la libertad de vientres para los hijos de esclavos (aunque la abolición de la esclavitud iba a concretarse recién en 1853).

Ese escenario, donde la muerte solía ser el precio de la libertad, también estaba habitado por los indígenas. La frontera era una línea imaginaria que separaba a dos mundos cuyos vínculos se movían de manera pendular entre la paz y la hostilidad. En tiempos de calma los indígenas solían atravesar la frontera para comerciar con los “cristianos” y, cuando las paces se rompían, sus incursiones, transformadas en malones, mostraban su perfil más violento.

MARÍA BJERG

Juan N. Fernández, Buenos Aires, 1962. Historiadora, docente en la Universidad Nacional de Quilmes, Doctora en Historia por la UBA e investigadora del Conicet. Entre sus libros: *El Viaje de los Niños. Inmigración, infancia y memoria en la Argentina de la Segunda Postguerra* (2012).



EN TIERRA PROPIA
SILVIA PLAGER

No hay peor cielo que el mar.

Desde adentro, María Vernet mira hacia ese afuera desconocido. El piano, objeto desmesurado, es un amigo que ha llegado de lejos para hacerle compañía. Tendrá que inventar acordes que armonicen con el viento, las olas de ruido cóncavo y el horizonte lejano y distinto. El tiempo, espacio engañoso, le dice que hace solo cuatro días que ha llegado a las Islas. Mañana ha de cumplir con sus deberes de gobernadora. Luis Vernet, su marido, comandante político y militar de las Malvinas por orden del gobierno de Buenos Aires, le ha encomendado la organización del primer acto cultural. Su embarazo, y su poca salud, quizás defrauden a aquellos que esperan una velada que se parezca a las de Buenos Aires. Nada podrá ser ya como en Buenos Aires. Deberá crear nuevas formas: nuevo paisaje, nueva y dura vida. Piensa en lo dulce de ciertos frutos de piel áspera, el amor de Luis y su sueño empecinado, que él le ha explicado muy bien. No es su propósito hacer de Malvinas un remedo de la capital; la misión de ellos es crear las condiciones para que este grupo de cien personas se duplique y la gente quiera venir. Espera que la música de su piano, el canto y la biblioteca en varios idiomas que han traído, ayuden.

Han desembarcado las provisiones y los muebles. Abrigada por los edredones y el fuego de la chimenea de hierro, anhela poder dormir.

Toma el velón, se acerca al escritorio y extrae de uno de los cajones, su diario. Mientras el viento se arremolina bajo los aleros y nubes oscuras comienzan a llover astillas de hielo, María Sáez de Vernet escribe. Cuatro veces en los largos cuatro días, escribió en él. Pocas palabras: las necesarias. Sopla sobre la llama. Es un soplido de alivio. Esta será la última noche que dormirán en el cuarto que Emilio Vernet, su cuñado, les ha cedido.

Inmóvil, aún despierta, cree estar otra vez en el barco. Se aferra al larguero de su cama. ¿Es el vaivén de mar abierto o el de la silla en la que, en andas, la condujeron hasta las casas? Tiene la boca seca; añora el puñado de frescura que alguien, pasando bajo una barranca donde había mucha nieve, le alcanzara como ofrenda y buen augurio. Una bufanda de lana, cedida por un marinero, le abrigó la cabeza. Rememora el viaje: la única vez en los quince días que pudo asomarse a cubierta, Luis la había arrebujado en su capote. Piensa en los vestidos de gasa y muselina que

ya no usará y en el barro que festoneará los ruedos de sus faldas.

La palma se desliza sobre las sábanas, otra nieve.

Oye el silencio. Felizmente no hay llanto de niños: Luis Emilio y Luisa, los mayorcitos, extrañarán las comodidades y el regazo de la abuela. Sofía, que durante el viaje la rechazaba por verla siempre en cama, ahora sólo quería estar con ella. Los ojos se le cierran. Mañana, 20 de julio de 1829, su quinto día en Malvinas, abrirá su casa y tocará el piano.

El aroma de los bizcochos de anís perfuma el aire húmedo y el galpón, devenido en sala de recibo, ya no resulta tan desnudo. Esa noche se gastarán más velas que en toda una semana. Los bancos de madera contrastan con las sillas tapizadas en damasco y el sillón de gobelinos, que intentan devolverle su casa porteña. Desea con fervor estar a la altura de sus deberes. Loreto le ha dicho que pronto estará igual de saludable que él.

Como invocado, su hermano entra con una ráfaga de aguanieve. La toma de la cintura, y la levanta con cuidado.

—Qué bien huele aquí, hermana.

—¿Cantarás hoy, Loreto?

—Por supuesto, y lo haré con Emilio, si es que tocas el piano.

Loreto quiere ver a sus sobrinos. María le pide que entre en el cuarto sin hacer ruido.

La oscuridad prematura es un pozo.

La luz de las velas, la buena lectura, la música y las tertulias, tal vez logren penetrar en ese túnel que comienza a abrirse cuando el sol se oculta. Sobre una mesa de arrimo improvisada, están las copas para los licores y en la otra, cercana, los vasos de peltre que han facilitado los colonos.

La negra Gregoria trae un plato con pastelitos. La golosina es un ramalazo de su antigua vida. Se los comería todos.

Emilio entra con ánimo entusiasta, cuelga el capote y abre el piano, invitando a su cuñada con ademán galante.

Los alegres acordes de una mazurca, reciben a los que llegan precedidos por Loreto.

—Por aquí. Por aquí —los guía.

Formales, hombres y mujeres saludan a María que ha dejado de tocar y se acerca al grupo. María brilla como solía hacerlo en sus salones. Es increíble que en sólo cinco días haya podido recuperarse de un viaje en el que temió por su vida. Vernet siente culpa: él ha sido el cordel que, poco a poco, fue arrastrándola hacia esa visionaria pasión suya: Malvinas.

Cuando Emilio sugiere que el gobernador abra el baile, *lutta*, una alemana de gruesa figura, se sienta en el taburete y toca los primeros acordes de un vals.

Los anfitriones giran ante la mirada respetuosa de sus invitados. Loreto, para romper el hielo, saca a bailar a una muchacha de trenzas castañas.

Como en una burbuja luminosa y confortable, suspendida en un universo inhóspito, los primeros pobladores celebran su comunión con las Islas. Mejor no pensar que con sólo trasponer el umbral de la puerta hallarán la constante presencia del viento. Mañana, tal vez, les resulte útil recordar el amable consuelo de los licores, la leve caricia de la danza y el bullicio gozoso de las voces.

Apaga el velón y se acuesta.

Su marido hace rato que descansa. Ella no cree que pueda dormir: todavía resuenan en sus oídos los acordes del piano.

En la tranquilidad, el ruido envolvente del mar se hace oír con más fuerza y acalla el sonido del piano ilusorio.

Aún quedan rescoldos en la chimenea.

Deja caer la caperuza sobre la capa. Se maravilla de que el viento, en vez de cortar, acaricie. Los bucles van a sus mejillas y ella los aparta con un ademán que a causa del encierro creía olvidado. Si no fuera por su diario, hubiese pensado que sólo ha transcurrido un largo día gris en el que lo único vivo fueron los llantos y risas de los niños.

Caminar sobre la verde blandura le provoca placer. Se había hecho a la idea de que sólo pisaría piedras y barro.

Esa mañana, el rayo de sol oblicuo que hacía arabescos sobre su colcha, fue un animalito tibio y amistoso. La palma adormilada tocó su lomo. Y despertó feliz.

Va hacia el puente. El arroyo la tiente y toma un sorbo del cuenco de su mano, que se hiela. En la casa más próxima pedirá un vaso.

El colono se ofrece a acompañarla hasta el manantial donde ellos se surten de agua. Que no piense que ese frío es el más grande, él lo ha sentido peor en su tierra. En la Alemania la nieve perdura por varios meses y en estas Islas, apenas dos días y se derrite.

La pequeña corriente de agua brota del costado de una loma. Plantas de diferentes clases la bordean. María no las conoce. Tantas cosas de las Islas no conoce.

—¿Le ha quedado familia en Alemania?

–Mis padres y los de Iutta, Frau Vernet –contesta Otto Hermann en un castellano duro.

La gobernadora se avergüenza de su nostalgia. Ella, aunque en uno de los puntos más australes y perdidos, está en la patria. En Buenos Aires crecía la inquina contra los “gringos” de afuera, María piensa en la lucha que ahora los iguala: un portugués, alemanes, españoles, ingleses, gente de tantos países, negros venidos de Dios sabe dónde y los gauchos, cada uno de ellos con un frío y una mirada diferentes.

Con grandes ademanes, Otto llama la atención de un hombre corpulento que regresa de su cacería y le pide que se acerque.

Alrededor de la mesa, Vernet, Emilio, Loreto y María, con los ojos puestos en la fuente que acaba de dejar la criada, sienten aprensión. Las aves, con su piel dorada y aroma prometedor, no parecen diferir de aquellas conocidas. Todos aguardan. Incluso la negra queda un momento, expectante. La carne, jugosa, cede blandamente bajo la presión del cuchillo.

Comen con la alegría del que descubre. Hay voluptuosidad en el acto simple de alimentarse. María vuelve a comentar el encuentro con el cazador. El gobernador promete agradecer el obsequio:

–Buena gente, estos alemanes.

–Buenos hasta que no se demuestre lo contrario –dice Loreto–. No olvidemos que si se desea poblar no hay que preguntar demasiado. Cuando Rivadavia envió a su ministro para negociar la llegada a Buenos Aires de doscientas familias europeas, le dio todas las facultades pero no sé si hizo las averiguaciones necesarias.

–Nuestros colonos me han parecido cordiales –lo corta María.

–Seguro, hermana, quién puede no serlo contigo. Pero así como nosotros, cada uno arrastra una vida que ha dejado atrás. Heider y Herr, por ejemplo, fueron mercenarios contratados por Brasil cuando la guerra, y Ramírez dejó en su España una familia numerosa y muerta de hambre.

–Tal vez el buen hombre busque afincarse, hacer fortuna y traer a los suyos.

–Vamos, Loreto, asustarás a María –bromea Emilio.

–No creo que deba asustarse con la verdad –replica Loreto.

–¿Acaso no nos mueve a nosotros también el deseo de progresar? –pregunta Emilio.

–Y el de servir a la patria –agrega Vernet, mirando a María–. El gobierno de Buenos Aires me ha conferido un cargo y una responsabilidad.

María acerca los licores y propone un brindis.

–¿Qué se festeja, hermana? –pregunta Loreto.

–Nuestro encuentro con el nuevo mundo, ¿te parece poco?

–No puedo creer que esta mujer emprendedora sea la pálida viajera que desembarcamos en una silla –dice Vernet. Y levanta su copa a la salud de todos.

Como otro mar, surge, detrás de una loma, el campo de pastoreo. Altos pajonales lo protegen. Vernet, Loreto, Emilio, y su gente, habían viajado con anterioridad a las Islas. Y ahora el resultado de sus esfuerzos estaba a la vista. Loreto hace un movimiento abarcador con su cayado, y dice:

–Se poblará de ovejas. Ahora solo nos quedan veinte. Las otras murieron en el viaje, quizás les ha hecho impresión el cambio, después de estar tantos días en la bodega.

Ambos hablan de sus sueños; la grandeza suele tener un precio distinto para cada uno.

Los niños ruedan por la pendiente, dando grititos de júbilo. María se acuesta sobre la hierba y siente una energía nueva. La luz la ciega y frunce los párpados hasta convertirla en rombos de colores.

Loreto apoya su mano sobre la de María y murmura:

–No creo que me resulte fácil dejar las Islas, hermana, es duro aquí, pero tiene una gran ventaja: se trabaja en libertad.

Hoy, como ayer, amaneció claro y con viento fuerte. El capitán que comandaba el bergantín Betsie y su segundo vendrían a tomar el té. Las visitas de los barcos son una oportunidad para recibir noticias del continente y escuchar historias que se aparten de la tranquila vida cotidiana. María servirá la merienda: bizcochos de cuajada que hace la negra Gregoria y buen té inglés, que ella mezquina tanto y ofrece solo en esas ocasiones, ya que de ordinario toman té de “lucen”, una hierba de allí que llaman té de Malvinas.

Es lindo ver fondear los barcos en la bahía. Los mástiles orgullosos, las jarcias tensas y la morbidez del velamen, cediendo al brío de los gavieros.

Y más linda es aún la esperanza de recibir carta. Las cartas son otra vela. Al leerlas, María también viaja. Cuando la Betsie parta, le gustará estar de pie sobre la barranca, a orillas del mar y decir adiós con la mano hasta que la goleta solo sea una luciérnaga que las aguas se traguen.

María admira la voluntad de Vernet, que en su primer viaje a las Islas había levantado, junto a su gente, las instalaciones para recibir a su familia y acomodar a los colonos. Qué inhóspita habrá sido entonces Malvinas. Piensa en esa extensión de más de cincuenta islas y doscientos islotes que es ahora su hogar.

Hablan de los progresos. El plan próximo es levantar el ancla, fondear junto a Long Island y recibir las reses vivas que deben llevar a la Isla de los Estados. Loreto volverá a Soledad para empacar ocho novillos más. Otro de los trabajos es dejar en Los Estados a los encargados de cortar madera. Después, si la naturaleza lo permite, ir a Georgia en busca de nueve hombres que naufragaron allí.

María cuenta que se ha propuesto reunir a las mujeres para confeccionar ropa y velas. La vestimenta que acostumbraban llevar en su antigua vida ya no les sirve. Los capotes, ponchos y botas son de rigor, y no siempre pueden traerse del continente. Resulta más sencillo encargar las telas que podrán llegar con las provisiones, si el tiempo lo permitiera, que pedir vestidos ya confeccionados. Las velas, dada la poca luz diurna en invierno y la escasez de días soleados, se consumen en gran cantidad.

–Me ha sorprendido la altura del pasto –dice Ruiz Puente, español, y descendiente del primer gobernador en la Isla. En más de una ocasión ellos han comentado acerca de documentos en los que los antecesores de Ruiz Puente registran su opinión sobre Malvinas: “la cosa más ruin y estéril que se pueda imaginar”.

–Faltó conocimiento –dice Vernet– hay aguadas, turba suficiente, buena tierra para plantar papas y vegetales... No faltará mucho para que podamos cultivar cereales. Estableceremos aquí una empresa pujante.

–Sin embargo debemos agradecer que los españoles, a pesar de su rechazo por el lugar, vigilaran y reconocieran estas costas que, por derecho natural, pasaron a Buenos Aires, en 1811.

–Al decreto de mi nombramiento antecede una declaración del gobierno de Buenos Aires, que deja bien claro que las Islas pertenecían a España y pasaron a Argentina junto con el resto del territorio.

–Hubo un período francés, aún pueden verse las ruinas del otro lado de la loma, frente al mar. He leído acerca de Bouganville. Me gustaría visitar el antiguo fuerte –dice María.

–Iremos. Ese fue el asentamiento más importante previo a nuestra llegada. Estoy seguro de que los actuales pobladores lograrán sobreponerse a las dificultades. Debemos impulsarlos a que se afinquen y formen familia. Los niños que nazcan en Malvinas crecerán acostumbrados al clima y al paisaje.

–Para eso hace falta un sacerdote –responde María con la mente puesta en la negra Julia, el mulato Pedro–: Son todos solteros y hay más hombres que mujeres.

–Ya pedimos sacerdote –afirma Vernet–, mientras tanto veremos qué hacer.

–Los cuidados que hoy tiene la señora, respecto de los negros –sostiene el capitán– obedecen a la abolición de la esclavitud; pero no todo el mundo acata todavía esa ley. Como los portugueses contrabandeaban esclavos, a Inglaterra se le dio el control sobre esos barcos.

–Los ingleses tuvieron el monopolio del tráfico en el siglo pasado. Si después se convirtieron en los campeones de la abolición fue debido a que comenzaron a aplicar la máquina en su industria. Recién entonces abolieron la esclavitud en sus colonias y semicolonias. Ellos no iban a permitir que lo manufacturado por los esclavos fuera más barato que lo que hacía la máquina: así Inglaterra pudo vender sus tejidos a todo el mundo, sin tener competencia. Como verán, no fue una cuestión de humanidad sino de conveniencia –retruca Vernet.

María ha hecho un tocado para la novia con una mantilla de blonda española y un ramo de flores, las primeras de la primavera, que recogiera con los niños.

El novio lleva una levita, obsequio de Emilio Vernet. Loreto Sáez sorprende a los recién casados regalándoles una ternera.

El gobernador ha dispuesto para el matrimonio una de las nuevas casas, cercana a la vivienda principal. Antonio, capataz de los negros, y

Marta, hábil en la costura y elaboración de velas, seguirían a su servicio. María siente que, con esa boda, se le ha cumplido un sueño y, a pesar de la indiferencia del obispo, que no les ha enviado cura, ellos pueden legitimar la unión de las parejas.

Vernet dijo: “Este es el primer matrimonio civil en Argentina”.

Quizás, piensa María, la descripción de Malvinas en una carta de Villanueva, aquel sacerdote franciscano que habitara las Islas durante la ocupación española, había prevenido en contra a las autoridades de la Iglesia. “Miserable tierra, incapaz de encontrar en el mundo mayores desdichas juntas, ni cosa ninguna buena”. Pero 1767 no era 1829, había avances en la ciencia, en la industria, y en la voluntad del gobierno argentino que hacía pensar en el progreso.

Vernet no disimula su disgusto. Acaban de informarle que los botes que en la víspera fueron por lobos, no encontraron ni uno. Presumen que antes hayan estado otros loberos, y que diezmaron. Esos buques extranjeros parecen ignorar las circulares en inglés que él ha hecho repartir y en las que se prohíbe depredar en playas de su jurisdicción. Las directivas de Buenos Aires son claras. Las malas intenciones de ciertos países, también: las últimas noticias sobre la posición del presidente Jackson, desalientan. En su próximo viaje hablará con el Gobernador sobre el futuro de las Islas. El comercio con el Brasil ya es un hecho, y la próxima meta es Europa. Apenas disponga de barco propio buscará socios e inversores. Cuando Jewett, nueve años atrás, izó la celeste y blanca en nombre de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se encontraba entre otros, el explorador británico capitán James Weddell. A los demás capitanes se los puso al tanto del acontecimiento y nadie protestó. Pero ahora, a pesar del tiempo transcurrido, se empeñan en ignorar banderas y prohibiciones.

Prometió a su mujer que volvería a la oración. Espera que no haya contratiempos que demoren el regreso: es hombre de palabra, y la que ha dado a su mujer, vale. También la que dio a su cuñado: ir a Long Island en busca de costillas de ballenas. Con ellas harán palenques para atar las vacas. Rememora la primera vez que avistó ballenas. Los amigables monstruos asomaban sus lomos y se sumergían: siempre nadando hacia mar abierto. Altos chorros de agua, coletazos de cinco metros que hacían tronar. Aquellas moles parecían desdeñar la nave y los minúsculos hom-

bres que las contemplaban. Eran demasiados los que se interesaban en esas “minas de oro” del Atlántico Sur, y por lo general no respetaban las restricciones impuestas por el gobierno de Buenos Aires.

¡Qué distintas estas Malvinas de aquellas sin mujer ni familia! Duras idas y venidas en largos seis años. Y llegar por la noche a un galpón frío que olía rancio, a tabaco, sudor y oveja. Y charlas donde el alcohol soltaba la lengua y alentaba riñas e historias turbias. Hubo que explorar, trazar mapas, estudiar las posibilidades de explotación y establecimiento de pobladores, desmalezar y sembrar los campos para el pastoreo. Y finalmente, ya gobernador, traer maderas desde Statenland para, con Emilio y Loreto, levantar las casas que hoy se disfrutan. Pero lo preocupa María, próxima a parir. Cuánto la admira, debería decírselo. Y decirle, también, que su amor y devoción se acrecientan con los años. Cuando ella aceptó su pedido de mano, muchos lo envidiaron: un joven venido de la Europa y sin gran fortuna personal no podía aspirar más alto. Bella. Inteligente. Sencilla. El lustre de la vida social no había logrado distraerla del mundo del esfuerzo. Hasta había recorrido por él, para acompañarlo, los temibles mares del sur. Y con un hijo creciéndole en el vientre. Recuerda el mal sueño que lo ha desvelado, y levanta su mirada en una plegaria muda: traer niños al mundo en el continente no es lo mismo que en esas soledades.

Desde un comienzo supo cuánto había en Malvinas y cuánto desaprovechado. Hasta que Dorrego, a comienzos del veintiocho, les concede a él y a Pacheco, parcelas de tierras fiscales. Ojalá el nuevo gobierno de Buenos Aires enviara buques para vigilar las costas patagónicas y malvineras y alejar a los depredadores. Ojalá Loreto tenga suerte en su entrevista con Anchorena... Rosas, que ha sido nombrado gobernador de Buenos Aires, es muy amigo de Parish, el encargado de negocios británico. Aún Vernet desconoce que el mismo Parish, al ver cómo la multitud desengancha los caballos de carruaje de Rosas para arrastrarlo a pulso, pedirá su traslado, diciendo que este es un país desagradable y descorazonador.

—Ya, hermana, cálmate. ¿No ves que estoy bien? Te tranquilizarás con las cartas y regalos. Pero ahora, ¿podría tomar algo caliente?

—Perdona mi ansiedad —lo abraza— pero he sabido que el viaje fue penoso y el desembarco difícil.

—La Providencia lo ha traído sano y salvo, mujer —Vernet rodea los hombros de su cuñado.

La excitación la lleva casi en vilo a la cocina. No solo café y budines sino

–para luego– un gran banquete con sus platos predilectos: cordero asado, paté de ganso con nueces, cerveza recién llegada, panes de harina blanca, natillas y naranjas confitadas.

María no se retira cuando Gregoria sirve los cafés.

Los hombres, que beben licor cordial, apenas reparan en las presencias femeninas. María entonces aprovecha para sentarse, muda, en un rincón.

–Luis, tendremos dificultades para prohibir la pesca de anfibios; no mandarán barcos a vigilar las costas porque dicen que no los tienen. Buenos Aires, de factoría portuaria ha pasado a ser metrópoli de campaña. Los estancieros se identifican con indios y gauchos y desconfían de los urbanos. El gobierno mira hacia la pampa y daría la impresión de que estas islas, por ser tan lejanas, les importan menos. Pero Parish y a través de él, el Foreign Office, han seguido con sus reclamos. ¿Qué será de nosotros?

–Loreto, yo he venido aquí nombrado por el gobierno que tiene derechos sobre las islas y a él me debo. Desde 1823 vengo invirtiendo y, a pesar de que mis posibles socios se retiraron por la guerra con el Brasil, sigo firme. He fletado doce barcos a las Malvinas. En seis de ellos traje gauchos e indios con caballada criolla, para formar estancias, y dominar baguales y hacienda cimarrona. Quedaré en la miseria si esto se pierde.

La mañana, prolongación de la funesta noche con pesadillas, también se oye. Y en ella trajinan sus servidores: yendo a la leñera, cocinando papilla, horneando, puliendo. La friega de cacharros es interminable, con tantos niños, a los que en buena hora se ha sumado Malvinita y los hombres de la casa que llegan a toda hora y hay que atenderlos, no se pueden colgar los estropajos. Cualquiera que arribe a las casas es invitado a entrar y calentarse por dentro y por fuera: el frío lastima la cara y las entrañas. Chocolate que queme, mate espumoso, tortas recién fritas, aguardiente...

Vernet dice que ella ve fantasmas en las sombras. Puede ser. A veces uno se topa con su sombra, y se espanta. Cuando a través de la ventana contempla las amistosas naves fondeadas, cree ver el espectro de una goleta enemiga.

Aunque secas, las flores de la colección de Emilio instalan la primavera, anticipadamente.

Los niños han pedido verlas otra vez, para compensar la aridez del invierno.

–¿Estas son las de la orilla del arroyo, no tenían un amarillo más fuerte?

–Sí, solo que al secarlas, se vuelven más tenues.

–También nuestra piel pierde color y lozanía con el paso del tiempo.

–Ay, cuñada, ni que tuvieras tantos años, te ves mucho mejor que cuando llegaste.

–Bueno sería que no lo estuviera. Llegué embarazada y descompuesta por la larga travesía.

–A mí me gustó viajar en barco –dice Luis Emilio–; cuando sea grande seré gaviero.

–Y te caerás de cabeza –se burla Luisita.

–¡Qué tonta, no entiendes nada!

–Niños, si no se comportan, volverán al cuarto –dice Vernet, con fastidio.

Desde que sabe que está a la firma un decreto que lo facultaría para cobrar un impuesto de cinco pesos por tonelada a los buques pesqueros –que va a reemplazar la prohibición de la pesca de anfibios, dado que no se contaba con barcos para patrullar las costas– autorizó a Brisbane, capitán de la Betsie, para que, en su nombre, inspeccionara las naves infractoras. La circular en inglés que, desde los comienzos, distribuyera entre los capitanes que merodeaban la zona, no los había amedrentado y seguían matando lobos y ovejas.

Por eso, a pesar de la amable reunión en familia, su pensamiento está lejos.

Y no se equivoca.

Cuando esa tarde del 30 de julio de 1831 llega el comisionado de Brisbane para informar que, en aguas de jurisdicción, ha sido apresada la goleta norteamericana Harriet, Vernet acaba de convencerse de que comienza una etapa de difícil litigio.

El cónsul de los Estados Unidos en Buenos Aires, George Slacum, opina que el pueblo de los Estados Unidos tiene el derecho de pescar y cazar donde quiera. Y así lo comunica al presidente Jackson. Entonces no son vanas las angustias del gobernador que le avisa a María que saldrá en bote hacia la goleta Harriett y no sabe la hora de regreso.

–¿Tan grave es? –pregunta María.

–Era de esperar. Ahora hay que tomar medidas –le acaricia la mejilla y la besa–. No te preocupes mujer, por esta agua siempre anduvieron piratas: deberán aprender a respetar las leyes de un país soberano.

Repetir un hecho no solo significa su multiplicación. El monstruo ahora tiene más cabezas que cortar.

A la Harriet se le añaden, el 17 de agosto, la Breakwater; y el 19, la Superior. La captura fue por un mismo motivo: pescar y negarse a pagar el impuesto ordenado por Buenos Aires.

Los mástiles tejen un cielo cuadrulado que el viento desordena. Y en el escritorio del gobernador, papeles y documentos intentan tejer el futuro.

María, como la mayoría de los pobladores, suele ir hasta el muelle para asombrarse del cambio:

La pulpería se ve inusualmente concurrida por los marinos que hablan en inglés y consumen más cerveza que ginebra. Circula dinero en lugar de los vales emitidos en Malvinas para pagar a los peones cuando este no llega del continente.

Pocos gauchos e indios en la pulpería, que va tomando el aspecto de los bares portuarios de Stonnington. Los nuevos parroquianos son loberos, acostumbrados a faenar animales aún calientes y a buscar sitios propicios para el saqueo. Por eso, aunque prisioneros, se comportan como dueños de casa.

Poca calma también en casa de los Vernet, que aguardan las órdenes. Un tribunal deberá juzgar a los infractores, en Malvinas o en Buenos Aires. Mientras tanto, la pequeña y laboriosa aldea hierve de comentarios. El boyero vigila doblemente su ganado; no fueran a carnearle una vaca. Y las ovejas se dejan en el galpón. Los del saladero reciben varias visitas de los tripulantes que, mientras miran con admiración especulativa los progresos de la empresa, encargan su bolsa de sal y abundante tasajo para la travesía. En ellos reina la certeza de que serán rescatados y no deberán enfrentar a la Justicia. Desde siempre, las aguas del mundo han sido sus aguas.

No siempre existe concordancia entre el ánimo y el paisaje.

Pero sí la hay ese 30 de agosto, Día de Santa Rosa, encapotado y ventoso, en que se lanzan los veintiún cañonazos que conmemoran la soberanía argentina y la toma de posesión.

Un grupo de hombres y mujeres se apiñan alrededor del mástil. En el tope, la bandera tiene un significado distinto. Para los colonos y los Vernet es la tierra propia; para los marinos norteamericanos, un impedimento: ellos –se dicen–, en poco tiempo volverán a pescar libremente.

Malvina, bajo los mantillones de lana, duerme, plácida, en los brazos del ama; ni las salvas pudieron despertarla. María toma de la mano a Sofía y Luisita. Luis Emilio, junto a sus tíos, muy atento, espera que su padre lea, como el año anterior, la proclama de su nombramiento y comience el convite.

María asiste a la ceremonia y no puede evitar que a esta se le superpongan las imágenes de su primer 30 de agosto, con cielo claro y cintas azules y blancas en los sombreros.

Abajo, a su espalda, en la bahía, los marinos extranjeros quizás siguen desde lejos el ritual. Los adivina allí, y hay algo más intenso que el frío, que la estremece. Quizás por eso, la proclama resuena en ella con más fuerza.

El comandante político y militar nombrado por el Superior Gobierno de Buenos Aires, en consonancia con el decreto del 10 de junio que acaba de leerse en público, ha elegido este día por ser el aniversario de Santa Rosa de Lima, patrona de América, para ejercer de nuevo un acto formal de dominio sobre estas Islas, la Tierra del Fuego y sus adyacencias situadas al Sur de la parte meridional de la comandancia de Patagones hasta el cabo de Hornos, y al efecto ha resuelto enarbolar en este día el pabellón de la república, saludándole en la mejor forma que permite el nascente estado de esta población. El comandante espera que cada uno de los habitantes dará en todo tiempo ejemplos de subordinación a las leyes, viviendo como hermanos en unión y armonía, como si fueran hermanos a fin de que con el incremento de población que se espera, y que el Superior Gobierno ha prometido fomentar y proteger, nazca en su territorio austral una población que haga honor a la República cuyo dominio reconocemos. Viva la Patria.

La fecha no debe pasar inadvertida; y si bien no hay espíritu festivo,

habrá un chocolate con pasteles y un brindis. Lentamente el grupo se dirige a las casas.

“En tierra propia”, inédito.
©Silvia Plager.

SILVIA PLAGER

Buenos Aires, 1945. Entre sus obras figuran: *Las damas ocultas del Greco*, *El cuarto violeta*, *La rabina* (finalista del Premio Planeta 2005), *Malvinas, la ilusión y la pérdida* (con Elsa Fraga Vidal), *Boleros que matan*. Obtuvo el Tercer Premio Municipal, el Premio Corregidor-Diario *El Día* de La Plata, la Faja de Honor de la SADE. Fue distinguida por la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, obtuvo la Medalla al Mérito a la Mujer Bonaerense, fue nombrada Mujer Ejemplar del Partido de San Isidro. Colabora con diarios y revistas culturales. Varios de sus cuentos han sido traducidos al inglés. Coordina talleres literarios.

ENCUADRE HISTÓRICO

EN TIERRA PROPIA

El Reino Unido ha sostenido que, cuando el capitán James Onslow tomó por la fuerza las Malvinas, el 2 de enero de 1833, las islas eran *res nullius*. Es decir, tierra de nadie.

Sin embargo, la Paz de Utrecht, firmada en 1713, aseguró la integridad de las posesiones de España en América del Sur y confirmó su exclusividad de navegación en el Atlántico Sur. Inglaterra aceptó dichas cláusulas como signataria de los acuerdos de Utrecht y de tratados posteriores del siglo XVIII que lo ratificaban, pero las islas comenzaron a ser objeto del interés de Gran Bretaña y Francia. Pretensiones que se ejemplifican cuando se desaloja al francés Luis Antonio de Bougainville el 2 de abril de 1767, o cuando los ingleses se establecen en 1771 y tres años más tarde son expulsados por Francisco de Paula Bucarelli.

Una carta enviada desde el Cabildo de Luján el 2 de octubre de 1770 al Gobernador y Capitán General Don Juan Joseph Vértiz, permite observar cómo este espacio de frontera no solo se pobló con milicianos y familias sino también que se “les

dará el destino para Malvinas [...] la clase de estos reos para que los vecinos de esta república vivan en paz”.

La sucesión de treinta y dos gobernadores españoles en las Islas Malvinas fue continua hasta 1811, cuando la guarnición de Puerto Soledad fue requerida desde Montevideo para la defensa de la monarquía española, al comienzo de las guerras de la Independencia. Durante los años posteriores, las Islas no solo fueron visitadas por buques balleneros de diversas nacionalidades, sino que el 6 de noviembre de 1820, el Coronel Daniel Jewett, desde Puerto Soledad, formalizó la posesión de las Malvinas en nombre del Gobierno del Río de la Plata. Esta década inaugura las autonomías de las provincias, el interregno de la nueva Asamblea Constituyente y los pactos interprovinciales. Al respecto, el Pacto Federal (1831) desempeñó un rol fundamental para comprender el federalismo de la época y la trascendencia de Buenos Aires y sus territorios de frontera. Nombrado por el Gobierno de esta provincia, Luis Vernet se hizo cargo de las Islas en 1829.

EUGENIA ALICIA NÉSPOLO

Buenos Aires, 1968. Doctora en Historia por la UBA, se desempeña como docente e investigadora en la Universidad Nacional de Luján. Ha publicado libros y artículos sobre historia colonial rioplatense, relaciones interétnicas y arqueología histórica.

DÁMASA

ELSA FRAGA VIDAL

Es extraño, si cierro los ojos vuelven las sensaciones de aquel pasado: el olor a naranjas del patio de la casa grande, la misma frescura de la parra. Pero es 1880 y esa casa donde yo, Damasita, fui criada como una flor de invernadero, ya no está. No tengo jardín, aunque el sol entra a raudales por la ventana. Hoy el caldo estuvo más salado por las lágrimas de Milagros, que sabe que voy a morir. Corren las lágrimas de la viejecita Milagros, que me ha criado, mojan mis manos y las suyas, riegan las flores de los floreros que acomoda y las manteletas y las cofias que teje. ¿Por qué llorar por mí? El sol deja un pelusita dorada sobre las cosas y me imagino el brillo de las acequias y la luz que acristala las uvas. He vivido. Si se acercaran oírían la historia que repito en voz muy baja, acompasada con el ir y venir de mi hamaca de mimbre... cric cric-cric cric...

1818. Humean ollas de agua y en su habitación, María Gerónima Arias Castellano de Boedo se retuerce y muerde un pañuelo. La comadrona pone su mano sobre la frente ardida y hace una seña. Domitila le alcanza el vinagre. María Gerónima ya es grande para parir. De repente, un grito prolongado enhebra las campanadas que están sonando en la Catedral salteña. Don José Francisco Boedo –a grandes zancadas ha cruzado el patio y lo volverá a cruzar– detiene su marcha.

–¡Es una niña! –grita Milagros y todos corren hacia la habitación.

–Dámasa –dice José Francisco mientras alza un capullo llorón– como mi abuela.

–¡Damasita! –Milagros llama a la niña que juega en el patio del aljibe y le recompone los volados y las puntillas–. ¿Podrías estarte quieta?

Es abril de 1822 y su hermano mayor, José María, vendrá a conocerla.

–Es muy valiente tu hermano –dijo su madre–. Peleó como el mejor para la Independencia.

Pero Damasita ha encerrado dos chilicotes¹ en un frasco vacío y lo único que le interesa es hacerlos cantar.

–A ver, a ver –un joven alto le toma la barbilla–. ¡Qué hermosa! –y la levanta

1. Grillos

ta y la besa. Es José María. Ella juega con las charreteras doradas y los flecos.

—¿Te gustan los chilicotes, José María? Milagros dice que se comen la ropa.

Ahora el cric-cric de la hamaca me recuerda el canto de los chilicotes. Cric-cric, ya no existe la casa, ni la luna en el pozo, ni José María... ni Lavalle, cric-cric.

Vamos, Damasita, sosiégate. Ella se apoya en el brazo de su tía Nicolasa Boedo de Pereda. Con la excitación y el miedo tironea sin pausa los rizos que escapan de su capota. Resplandecen sus veintitrés años. ¿Cederá Lavalle a sus ruegos?

José María y su tío, el coronel Pereda, están presos en Metán. Puch los ha detenido por hablar en favor de la paz. Los acusan de espionaje, Dios sabe que los Boedo no son de esa laya. Solo quieren detener esta guerra cruel e insensata, unitarios, federales, sangre, exterminio. Rosas, Lavalle ¿no mamaron del mismo pecho? ¿Acaso mamaron la discordia?

Súbitamente, el mundo desaparece para ella. Solo ve un hombre esbelto, de pelo y barba rubios y ojos azules, que se acerca. ¿Qué sintió en ese momento Damasita? ¿Qué sintió mientras pedía por la vida de José María, fusilado por orden de Lavalle, en ese mismo instante, en Metán? ¿Qué oleada de consternación por el hermano amado se mezcló con el deseo por su verdugo?

Porque allá va, junto a él, dejando familia y buen nombre como se deja un chal abandonado sobre la hierba. Y lo ve, a orillas del Famaillá, formado en batalla, a espaldas de un enemigo mil veces más poderoso, Juan Galo de Lavalle, valiente pero temerario, audaz pero testarudo y loco.

Nada ha recibido Dámasa Boedo, más que la cabeza de un hombre vencido, para descansar en su seno. No es sino la última de tantas mujeres. María de los Dolores, la esposa; Solana Sotomayor, con quien durmió cuatro días y cuatro noches sin levantarse de la cama, mientras sus oficiales se paseaban desesperados por corredores y galerías y el marido, el general Brizuela, clamaba en la puerta de la finca... Y tantas otras.

Ninguna clase de amor le dará el alucinado, a quien sus generales ya abandonan. Solo el romántico muerte-amor de las heroínas. Quizá fue Damasita puesta por el Destino para abrazar su cabeza en el último minuto. O quizá lo vendió para vengar su sangre. Si ella no lo dijo, no lo sabe la Historia.

El sol ya se ha retirado y hace frío. Milagros me ha puesto una manta sobre las rodillas, pero no siento su calor. Va y viene mi mecedora, cric cric, va y viene como el desventurado de Lavalle, que no quiere ir a Bolivia, que quiere ir a Jujuy.

Octubre de 1841. Vencer o morir, ha dicho el jefe; y sus pocos leales, apenas doscientos con Pedernera a la cabeza, lo miran como a un niño caprichoso. No podrán vencer. Ocampo, Salas y las fuerzas correntinas lo han abandonado. Solo esos pocos hombres y los buitres lo acompañan ahora.

Jujuy duerme en vaharadas de calor. Sobre los tejados, una luna espesa calca el garabato del ramaje. Es el 8 de octubre.

—Dormiré en una cama —dice Lavalle a Pedernera y este, con la certeza de la fatalidad, ordena acampar en los Tapiales de Castañeda.

En la casa de Zenarruza, que el Gobernador Alvarado y el representante del Ejército unitario, doctor Bedoya, acaban de abandonar para huir a Bolivia, Damasita tiende el lecho, desprende la guerrera y saca las botas a su amante.

Nunca sabremos cuál habrá sido el último sueño de Lavalle. Soñó tal vez a Dorrego y su fantasma omnipresente. O la cabeza de su amigo Avellaneda, en una pica, en la plaza de Tucumán. O tal vez soñó su niñez con Rosas o sus esperanzas deshechas, vestidas ya con los vestidos de la muerte. Cuatro horas después, a las seis de la mañana, una partida federal viene en busca de Alvarado y Bedoya. Hay gritos, tiroteos. Lavalle se quita de un manotazo el sudario de las sábanas y comienza a vestirse... Desde afuera, el soldado Bracho apunta mirando por la cerradura y —a través de esta— lo mata de un tiro en la garganta.

¿Fue así, Damasita?... ¿o así quiso Rosas que fuera? ¿Cómo murió Lavalle? ¿Fue tal vez de su propia mano? Y en ese momento, ¿apretaste contra tu pecho la cabeza doliente o hubo en tus ojos el destello acerado de la venganza?

Después, muerto sobre el lomo de la mula, brazos y piernas bamboleándose, va Lavalle camino de Humahuaca. Pedernera y los suyos lo llevan lejos, adonde Oribe no pueda darles alcance y profanar el cadáver. Damasita va también, aunque no reconoce a Lavalle en esa cara blanca con el agujero negro de la herida.

Pero es inútil continuar. Se abalanzan los buitres sobre la carroña. Entonces lo descarnan. Siguen viaje su corazón y su cabeza. Al exilio, a Bolivia, cabalgan y cabalgan. Cabalga Damasita Boedo, al exilio con su general.

Ahora, la hamaca de mimbre apenas se mece. “¿Duermes, Dama-sita?”, me pregunta Milagros. No. Con los ojos entrecerrados, veo siempre lo mismo: el pasado. No veo mis años en Bolivia, ni mi labor de maestra ni mi vida en Sucre, en Coquimbo o en La Paz. Tampoco mi amistad con Juana Manuela, que mitigó la soledad, ni mi regreso a Salta, donde nadie quiso verme. No, no. Tras de los párpados veo montes y lunas y una quebrada colorida y las manos espinosas de los cardones y una polvareda. Es un grupo de leales que van rumbo a Potosí, a enterrar a Lavalle. Tras de los párpados, no veo otra cosa que ponchos que flamean como grandes mariposas celestes sobre los caballos, y el corazón sangrante del hombre que amé, ¿lo amé?, a merced de los cascos enloquecidos.

“Dámasa”, en Elsa Fraga Vidal,
De conquistadas y conquistadoras, Buenos Aires, Vergara, 2001.

©Elsa Fraga Vidal.

©Ediciones B.

ELSA FRAGA VIDAL

Buenos Aires, 1939-2013. Fue profesora en Letras y ejerció su actividad docente en colegios e institutos de educación secundaria y terciaria de Buenos Aires, del Interior; y de los Estados Unidos. Obtuvo numerosos premios literarios, entre ellos el Premio Bibliotecas Municipales (dos años consecutivos) y el Quijote de Plata. Publicó cuentos: *De Conquistadas y Conquistadoras* (2001) y también novelas: *Malvinas, la Ilusión y la pérdida* (con Silvia Plager) y *Segundo Violín* (2012). Fue coordinadora de talleres literarios.

ENCUADRE HISTÓRICO

DÁMASA

La caída del Virreinato del Río de la Plata dio origen a dos grandes problemas: la necesidad de asegurar la independencia y la de construir un nuevo orden político. Los años que siguieron a 1810 estuvieron marcados por la guerra contra los realistas. Allí se forjó la carrera de muchos oficiales que, acostumbrados al mando, se volcaron luego a la política. Hombres destacados en la batalla, como Heredia, Paz o Lavalle intervinieron después en favor de uno u otro partido. Por un lado los unitarios, centralistas y liberales; por otro, los federales que apoyaban la autonomía de los estados-provincia. Ambas tendencias contaban con seguidores en las provincias y sus dirigentes solían circular entre una y otra facción. Fue el caso de Lamadrid, que encabezó la Liga del Norte en 1840. A él se unió Juan Lavalle tras el fracasado intento de tomar Buenos Aires, gobernada desde 1835 por Juan Manuel de Rosas. Diez años antes, con el apoyo de los unitarios, había enfrentado al gobernador Dorrego y ordenado su fusilamiento. El triunfo federal, tras

un acuerdo con Rosas, lo llevó a Uruguay con su familia hasta que en 1839 se lanzó a la nueva campaña, impulsado por los exiliados unitarios.

Las provincias estaban frágilmente unidas en la Confederación Argentina mediante el Pacto Federal y las facultades cedidas a Rosas. Contra ese gobierno iba dirigida la guerra, con la idea de que otras fuerzas se plegarían al movimiento. El desacuerdo con Lamadrid, la escasez de soldados y su indisciplina debilitaron a Lavalle en el Interior, hasta su derrota en Famaillá en septiembre de 1841. En el camino hacia el norte, seguidores como Marco Avellaneda fueron ejecutados en Metán.

Tras las represalias, Lavalle cayó pocos días después en Jujuy, víctima de la violencia que engendraba la violencia. La previsible exposición pública de su cabeza, una práctica muy utilizada en la época, llevó a un grupo de soldados fieles a rescatar su cadáver y trasladarlo a Bolivia. Quedó cerrado así, provisoriamente, un ciclo de las guerras civiles que signaron la política del país hasta 1880.

MARÍA LILIANA DA ORDEN

Lanús, Buenos Aires, 1958. Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata, y Doctora por la Universidad de Oviedo. Docente regular adjunta en el área de Historia Argentina e investigadora en el Centro de Estudios Históricos de la UNMdP.

**FACUNDO
Y EL MORO**
MARÍA ROSA LOJO

El moro es veloz como el corcel de Philotas, inteligente como el de César, sagrado como el de Calígula ¿De dónde ha tomado Facundo el modelo de amor que Alejandro profesaba a su Bucéfalo? [...] más de un honor desdeña en la ciudad por quedar en el campo acompañando a su cabalgadura. Un caballo es un tesoro y hay tesoros que no valen un caballo. Si Ricardo III halla el Moro de Facundo, por dos veces da su reino.

David Peña, Juan Facundo Quiroga

*De puro brujo, nomás,
Lo pensaban sus paisanos
Otra vez sobre su moro,
Haciendo temblar los llanos.*

León Benarós

La polvareda avanza a una velocidad inusitada. Rayos de luna se trizan y se reflejan en esa coraza móvil y porosa de tierra seca, apenas humedecida por la niebla del amanecer. Esa nube destellante se desplaza mucho más rápido que los carruajes, más velozmente aún que la sombra ambiciosa de cualquier buen caballo de pelea. Solo hubo un caballo, uno solo, capaz de correr parejas con el viento, que podía golpear el pecho de la tierra de tal manera: rozándola apenas con un fulgor de chispa, suspendido en el aire

brusco de la fuga como si fuera el aliento mismo del planeta.

El general Quiroga contiene su propia respiración para dejar que únicamente ese mundo más antiguo respire en las patas del animal que se aproxima. ¿Y si fuera él? A medida que el bulto se acerca comienza a distinguir un brillo disperso, como de plata molida, sobre el lomo sudoroso y oscuro. Reconoce el dibujo tenso de los músculos, las crines que hace tiempo no han sido tusadas, el relincho que anuncia las batallas y el estallido inesperado de las tormentas. Ya lo tiene apenas a unos metros, perfectamente visible y casi tangible. Ya puede estirar las manos para acercarse a su cara el hocico jadeante, y apoyar la cabeza sobre el cuello largo que late al compás de su propia sangre, con un solo deseo, con un solo rumor. Juan Facundo Quiroga deja enredarse sus dedos en ese pelaje rebelde, que nadie, salvo él mismo, ha podido peinar y domesticar.

El Moro, pues, ha vuelto, ha huido de su captor, ha respondido a su llamado persistente. Los años pasados no parecen haber dejado marca alguna de humillación o incuria sobre el cuerpo que ahora emerge, intacto y súbito, de la noche profunda, como si no hubiese vivido en cautiverio, sino a la cabeza de tropillas nómades en campos de pastoreo, inaccesible al lazo y a la ajena montura. Facundo quiere mirarse otra vez en esos ojos, como cuando indagaba en ellos su destino, en las noches que precedían al combate. Pero el Moro sacude la cabeza y los remos tiemblan. Facundo comienza a temblar también, mientras intenta, en vano, montar en pelo sobre el lomo espejado que amenaza deshacerse bajo sus muslos como la polvareda. El latigazo del reumatismo le castiga la pelvis y las últimas vértebras mientras una mano lo sacude, tomándolo del hombro izquierdo.

—¡General! ¡General, por Dios, despierte usted!

Quiroga abre los ojos. Han desaparecido el Moro, las esquirlas de plata sobre el lomo sombrío del caballo y del camino, el gozo desaforado del reencuentro. Está en una cama de la Posta de Ojo de Agua, camino de Sinsacate. La cara demudada de José Santos Ortiz, su confidente y secretario, es ahora el único espejo donde el destino puede reflejarse.

—¿Qué quiere, hombre? ¿Por qué no descansa? Aproveche el poco fresco de la noche. En tres horas más el calor no nos dará respiro.

—Si fuera solo el calor, general. Está confirmado.

—¿Qué?

—Todos lo han dicho: el maestro de posta, los peones, los arrieros, el

pueblo. Todos lo saben. Santos Pérez se ha emboscado para asesinarlo, por orden de los Reinafé. Está esperándonos con una partida, quizá en Macha, quizá en el Portezuelo. Pero en cualquier caso no pasaremos de Barranca-Yaco.

Facundo se levanta a medias. Responde, tajante.

—Sosiéguese usted. Aún no ha nacido quien se atreva a matar al general Quiroga. A un grito mío, esa misma partida se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta.

José Santos Ortiz sabe que no hay apelación posible. Ese hombre que ahora es ante todo su general, no ya su amigo, se ha decretado inmortal, y extiende el escudo mágico de su poder sobre los integrantes de su comitiva. Ortiz vuelve al catre. Detrás de las cortinas que ondean sobre la cómplice oscuridad, lo espera el camino de regreso a Santiago del Estero. Un muchacho al que antaño protegiera, el joven Usandivaras, le ha llevado esa tarde un caballo de repuesto para facilitarle la huida. Pero Santos Ortiz no se irá sin Quiroga. Si la partida de Santos Pérez no lo mata, tendrá que arrastrarse luego por la vida como un muerto civil, convicto de su deshonra.

Facundo lo oye removerse, suspirando. Las patas de la cama precaria crujen bajo el peso de una gran congoja. El cuerpo se sacude, sin poder acomodar el alma para que permanezca dignamente quieta dentro de su terror. Él, en cambio, se mantiene rígido, doblado sobre su brazo derecho, en posición casi fetal; en su estado, cualquier desplazamiento puede causar dolores inmediatos, más insufribles que el miedo de Ortiz. Sabe que ha dicho solamente una bravata para ocultar lo inevitable. Dondequiera que vayan, hacia atrás o hacia adelante, la partida asesina los seguirá, pero es mejor creer que uno muere porque ha tenido el coraje de enfrentarse al Destino. Con el Moro, acaso, Facundo Quiroga sería invulnerable. Sin el Moro, Facundo, el Tigre de Los Llanos, ese personaje magnífico y feroz, capaz de aniquilar al enemigo con solo fijar en él las pupilas negras, donde brilla un fantasma de azogue que hechiza las voluntades, resulta apenas un reflejo inerte.

A pocos seres se les concede el extraño privilegio de contemplar el resplandor de su alma entera, enfrente de sí mismos. Juan Facundo Quiroga se sabe uno de ellos. Ha visto su alma por primera vez una mañana, bajo el sol que cae a pico en un monte de Los Llanos. Es tal como él la ha soñado y casi palpado en las noches transparentes, congeladas tras

los muros de un aire de vidrio, al pie de la cordillera. Tiene un color gris azulino que puede virar al negro según la capturen o la esquiven las sombras. Aun a pleno sol parece mojada por la luna, y es, como ella, secreta. Su alma tiene la velocidad del pensamiento y el fuego del deseo. Fuerte como la muerte, cruzará la muchedumbre de las aguas; los grandes ríos no podrán sofocarla.

Facundo desmonta ahora del zaino al que no volverá a subir. Lo deja en el camino con todos sus aperos, como una cosa que ya no le pertenece. Se dirige a su alma que corcovea en lo alto del monte, solitaria e indómita. Sus hombres lo miran, azorados: su comandante no ha hecho siquiera ademán de sacar el lazo o las boleadoras. Camina en línea recta hacia el caballo que parece esperarlo. Lo ven, a la distancia, acariciar el lomo del animal, rodearle el cuello con el brazo. El viento no les trae el eco de la voz, pero entienden que le está hablando y que el tordillo le contesta con movimientos del hocico, y con breves relinchos. A poco, Quiroga baja por la ladera del montecito. El caballo: un “moro” –por su color– que apenas ha dejado de ser un potro, sigue tras él, apacible.

Facundo ya no ha de separarse de esa máquina sensitiva y fulgurante, que conoce sus deseos antes de que él mismo pueda formularlos, que lo asiste en sus dudas y lo acompaña en sus cavilaciones. Sobre el lomo del Moro se convierte en el caudillo que reúne y concierta las voluntades de la Tierra Adentro contra la Liga del Norte y el poder unitario del porteño Rivadavia. Las herraduras del Moro marcan el suelo de San Miguel de Tucumán cuando Facundo entra en la ciudad, después de la victoria en los campos de El Tala. Cree que ha muerto en batalla el general Lamadrid, cuya espada lleva al cinto como trofeo. Esa muerte, sin embargo, es su frustración mayor, y así se lo escribirá a doña Dolores, su mujer. Lamadrid es el único rival digno de él. Los dos saben entrar a la pelea dando gritos más hirientes que un filo de cuchillo, los dos saben hacer brotar de la tierra sangre y agua con un golpe de lanza. Facundo solo estará satisfecho cuando sepa que su adversario ha logrado sobrevivir a sus once heridas de fusil, de sable y de bayoneta, y que otra vez podrá retarlo a combate *hasta que uno de los dos desaparezca*.

Con el Moro invade Facundo la ciudad de San Juan cuando Buenos Aires levanta contra él nuevas fuerzas conspirativas. San Juan no le opone armas, quizá porque el pueblo llano lo está esperando o porque la fama del Tigre basta para pudrir la pólvora dentro de los fusiles y poner alas

infames en los pies de la fuga. El general Quiroga desdeña a los notables que se han reunido para recibirlo, por temor o porque esperan ser favorecidos. Ignora los techos de la Casa de Gobierno que lo aguarda con honores, prefiere un potrero de alfalfa donde el Moro se reponga de la fatiga de las marchas, y donde él mismo pueda hablar tranquilo, en el remanso de un afecto, con la nodriza negra de su infancia a quien abraza y sienta a su lado, mientras que los dignatarios civiles y eclesiásticos quedan de pie, sin que nadie les dirija la palabra, sin que el Jinete se digne despedirlos.

En las noches sanjuaninas Facundo duerme bajo un toldo, a unos metros del Moro. Los amaneceres los sorprenden en diálogo mudo. Sus enemigos toman por afrenta bárbara estos hábitos ciertamente anómalos para un hombre de ciudad. Pero él se enorgullece de haberse criado en los campos de Los Llanos, en la estancia paterna de San Antonio, entre viñedos y tropillas bravas. Sus hombres creen que el Moro es capaz de habitar en un tiempo más ancho y más profundo que la memoria humana y que le transmite recuerdos de lo porvenir. Quiroga no los desmiente; sin embargo no es esa la razón que lo detiene junto a su caballo en el campo raso. Sabe que la libertad y la cólera se ablandan y se corrompen bajo sábanas de Holanda, en la trampa dorada de las camas con baldaquino, en los comedores iluminados por cristales y candelabros. Sabe que su alma se reconcilia consigo misma solo bajo la luz perfecta y distante de las estrellas que únicamente a la intemperie llega a la tierra con absoluta pureza, como si el aire fuera un pozo traslúcido y sereno de agua de lluvia.

Allí, en San Juan, recibe Facundo mensajes de Rivadavia, que le envía el comisionado Dalmacio Vélez Sársfield por medio de un correo. Quiroga desestima tanto al doctor porteño que no ha osado presentarse ante sus ojos, como los papeles que le remite. Se los manda de vuelta con el chasque, sin abrir los sobres, y escribe en la cubierta su rechazo. No leerá comunicaciones de individuos que le han declarado la guerra; prefiere responderles con obras, dice, pues *no conoce peligros que le arredren y se halla muy distante de rendirse a las cadenas con que se pretende ligarlo al pomposo carro del despotismo*. Cuando el correo parte, desconcertado, Quiroga busca un guiño luminoso en la mirada del Moro. Su caballo lo aprueba porque tampoco tiene amos. No es él quien lo ha encontrado y domado; es el Moro quien ha querido esperarlo en el centro de la maña-

na, bajo el sol cenital, para adueñarse de esa mitad humana que le falta, para completar el acuerdo de la tierra y el cielo en una sola fuerza y un solo pensamiento.

El general oye toser a Santos Ortiz, que no se anima a hablarle. Su secretario no puede desprenderse sin temblor y sin desgarramiento de los afectos que lo atan a la vida como se apegan un animal a su querencia. También él, Quiroga, tiene hijos: Ramón, Facundo, Norberto, María de Jesús, María de las Mercedes. Y una mujer hermosa que a veces ha debido huir con ellos de la casa familiar, perseguida por las tropas unitarias, y que lo ha esperado siempre, en Malanzán o en Buenos Aires, a la vuelta de las campañas o de las mesas de juego, donde Facundo desfogaba su único vicio perdurable. Suspira a su pesar, inmóvil. Si sucede lo que teme Santos Ortiz, sus hijos varones heredarán el deber de vengarlo. Su esposa y sus hijas, con la tenacidad más lenta y más sutil de las mujeres, conservarán su memoria.

Una puñalada de dolor en la base de las vértebras le arranca lágrimas de los ojos cerrados, pero no una queja que Ortiz podría oír. ¿Tendrán su esposa y sus hijas, realmente, memorias suyas? Ha estado mucho más tiempo fuera de su casa que dentro de ella, se ha demorado tanto más en las antesalas furiosas de la batalla que en los tapices y almohadones del estrado, en el hogar solariego. Ha dormido más veces al raso, junto al Moro, preparado para responder al enemigo entrevisto, que abrazado a Dolores, entre las sábanas de lino perfumadas con bolsitas de alhucema. Aun en su juventud, ha pasado más días vigilando las haciendas y entrenando los mejores parejeros para las carreras provinciales, que a la sombra de las viñas de Malanzán, donde la piel pálida de Dolores enrojecía también bajo los besos como las uvas maduras.

“Vas a morir en un campamento, en un catre, en cualquier parte menos en esta casa”, le ha dicho su mujer una mañana de despedida, pero sin reproches, con dolor tranquilo, como si constatará un hecho inevitable. Nunca le ha dicho, en cambio “Otra te cerrará los ojos”. Nunca ha temido que mujeres ajenas se instalen en cada hueco de su ausencia, y aprenen el corazón de Facundo en la armadura de su corsé, y le aten las manos imperceptiblemente con las cintas de seda que adornan las cabelleras.

Doña Dolores Fernández jamás ha temido las seducciones de otras,

ya se tratase de chinas o de señoras. Un solo ser, ni hembra, ni hombre siquiera, le ha inspirado celos. Un solo ser: el Moro.

Facundo respira con cautela. Planea la complicada operación de darse vuelta, con el cuidado y la precisión de una estrategia militar. Por fin, logra apoyarse del otro lado sin acrecentar mayormente sus dolores. El vuelco le refresca la espalda, que no respira, agobiada por el sudor.

“En dos días me olvidarás, te olvidarás de todo. No tendrás más casa que un toldo volado por los vientos del llano. Vas a correr como un ciego, sin medir los peligros. El humo te nublará los ojos, la pólvora te tatará los oídos. Ese animal, que es tu oráculo, te llevará al desastre”, ha dicho Dolores, y él aparta la trenza deshecha que cae sobre el seno izquierdo y besa la zona tersa del hombro que la camisilla de encaje, sin mangas, deja al descubierto.

No la olvida, pero tampoco encuentra en el casco redondo de la noche el tambor sordo de los duelos, ni los redobles pavorosos de las ejecuciones.

Sólo oye el tumulto de su montonera –llanistas campesinos, viñateros, pequeños comerciantes, hacendados humildes– que se dispara en direcciones imprevisibles para las tropas de línea. Vuelve a Rincón de Valladares, donde ha vencido de nuevo a Lamadrid y también a los mercenarios colombianos de López Matute, que saben degollar de a veinte, mejor que los argentinos, y deshacer doncellas santiagueñas y tucumanas con seca brutalidad, a tiro de fusil. Los enemigos huyen a Salta y a Bolivia. Caen Rivadavia, el presidente unitario, y su fallida Constitución. Facundo encabeza el partido federal, domina Cuyo y el Noroeste.

Pero en el corazón deslumbrante de la victoria late el principio oscuro de todas las derrotas, y el Moro lo sabe. Sabe que el Manco Paz, el artillero unitario, victorioso en San Roque, dejará entrar a Facundo a la ciudad de Córdoba sólo para emboscarlo. Sabe que de nada valdrá una tropa de cinco mil combatientes. El general Quiroga bebe el hondo y último frescor de la noche en Ojo de Agua. Lamenta haber traicionado la clarividencia de su alma cuando aún estaba a tiempo. Lo han engañado la luz neutral de las estrellas –siempre idéntica a sí misma y al cabo indiferente a los

avatares de los hombres–, las adulaciones de sus ambiguos aliados, la borrachera de la propia fuerza que parecía haber enlazado y amansado al destino bagual. Paz lo espera en La Tablada, y Facundo saldrá a darle batalla, pero no sobre el Moro, que rehúsa, encabritado, cualquier jinete: tal es su disgusto porque Quiroga no ha querido acceder a las alarmas severas de sus ojos. La lucha dura dos días, y más de mil federales perecen.

Facundo salva su vida, pero pierde al Moro.

Dolores recupera a su marido. Lo cree salvado. Se lo lleva a Mendoza. Después, a Buenos Aires.

El doctor Ortiz se está vistiendo a la luz aún turbia del amanecer. Afuera, los hombres de la posta aprontan caballos para uncirlos a la galera. En la cocina de tierra, una chinita descalza se despereza mientras calienta el agua del mate, y prepara un cocido de hierbas medicinales para los dolores del general.

–Que venga Funes –ordena Quiroga.

Entra el asistente, lo fricciona con linimento que traspasa a los huesos un sabor anestésico de alcanfor y eucaliptos. Le alcanza la ropa de viaje, lo ayuda a vestirse y a calzarse.

Cuando suben a la galera, el sol ya pinta el camino y alegra los colores cansados de las cosas. Las caras de los peones parecen recién hechas, limpias, aunque los rumores les han envenenado el sueño con pequeñas dosis de muerte. Van cuatro hombres montados, dos postillones –uno de ellos, un niño que ha pedido el privilegio de acompañar al general Quiroga– y dos correos: Agustín Marín y José María Luejes.

José Santos Ortiz también parece haber olvidado la conmoción de la noche. Fuma un cigarro, distrae los ojos en la vegetación sedienta: chañares o espinillos, que ponen manchas verdes y ásperas en la seca de febrero.

Juan Facundo Quiroga ve las caras casi borradas de sus muertos. Los que él ha mandado degollar o fusilar, y los que los otros le han matado. Los muertos de la independencia y los de la guerra civil. Solo tiene un remordimiento: veintiséis prisioneros que ha hecho ejecutar furiosamente en represalia por el asesinato del entrañable amigo José Benito Villafañe.

Hasta que uno de los dos desaparezca. Pelear una vez para no pelear toda la vida. Las exhortaciones que ha dirigido a sus consuetudinarios y cíclicos enemigos Paz y La Madrid, a veces derrotados, y otras vencedores, se han perdido en el eco de batallas, saqueos y mutuas crueldades que se reiteran y se multiplican.

Después de quince años de luchas los mismos adversarios siguen cambiando sus papeles sobre los mismos territorios, devastados siempre.

–¿Ha quedado usted satisfecho de la gestión pacificadora, general?

–Bastante. No solo Salta, Tucumán y Santiago han acordado la paz. También coinciden en la necesidad de constituir la nación. Claro que en Buenos Aires no estarán igual de conformes.

Quiroga muestra a Santos Ortiz unos pliegos que guarda en el bolsillo.

–He aquí una carta de Rosas. Él considera que nuestros pueblos no se hallan, ni se hallarán por mucho tiempo en condiciones de constituirse. Que las dificultades son aún insuperables, porque ni siquiera en cada estado hay concordia, ni sus gobiernos propios se encuentran armoniosamente establecidos.

–¿Y qué cree usted, general?

–Me asquean los políticos y me ahoga la sangre. Quisiera llegar a una resolución. No tengo voluntad de volver a combate. Tuve que enfrentar a Paz en La Ciudadela con un ejército de presidiarios por el que nadie apostaba nada. Y ya antes, en La Tablada y en Oncativo, Rosas y López me dejaron solo, y volverían a hacerlo en cuanto les conviniera.

Quiroga calla. Mira al camino como si el animal radiante que ha soñado en la víspera pudiese volver ahora.

–Si por lo menos López me hubiese devuelto al Moro.

–¿Pero está usted seguro de que él lo tiene? Él ha jurado que no se trata de su caballo. ¿No han intercedido incluso Rosas y Tomás de Anchorena para que se lo retornase?

–Conozco bien a ese gaucho ladrón de vacas. Él dirá lo que quiera. Pero mis propios hombres lo han visto montando al Moro después de que se lo quitó a La Madrid, en San Juan. No me extraña que todos crean que van a matarme, puesto que nos hallamos en el territorio de sus títeres, los Reinafé. Pero se equivocan. López es demasiado cobarde para permitirles que se atrevan conmigo.

Quiroga cierra los ojos y acomoda los cojines de la galera. El ataque reumático apenas ha cedido, a pesar de las friegas y las tisanas calman-

tes. Sin el Moro nada ha vuelto a ser lo mismo: las victorias se vacían inmediatamente, como cáscaras de frutas exprimidas y desechadas; su humor y su salud se han desgastado como el filo de una espada que ya no quiere derramar sangre humana. De nada valió la carta que le ha escrito a Anchorena, exponiéndose a sus burlas: *Yo bien veo que para usted, es esta cosa muy pequeña y que aún tiene por ridículo el que yo pare mi consideración en un caballo; sí, amigo, que usted lo sienta no lo dudo, pero como yo estoy seguro que se pasarán muchos siglos de años para que salga en la República otro igual, y también le protesto a usted de buena fe que no soy capaz de recibir en cambio de ese caballo el valor que contiene la República Argentina, es que me hallo disgustado más allá de lo posible.*

Después de perder al Moro se deja encarcelar en los salones de Buenos Aires. Se entrega a las atenciones asiduas y oficiosas de la Restauradora, doña Encarnación Ezcurra, abandona la ropa rústica de las campañas para vestirse en la sastrería de Lacomba y Dudignac, la misma donde Rosas y el general Mansilla mandan cortar sus trajes. Sólo en la hirsuta cabellera rizada, todavía completamente negra, y en la barba que ha jurado no afeitarse hasta vengar el agravio del Moro, se reconoce al Tigre de los Llanos. Comienza a extraviarse en los laberintos de la ciudad, donde los perfumes tapan y confunden el olor acre del peligro, donde las víboras ponzoñosas se ocultan bajo los paisajes bordados de las alfombras. El Moro ya no puede alertarlo contra esas otras emboscadas, que no se preparan a la intemperie. Los caireles de las arañas francesas, que se balancean a la menor correntada, reemplazan el alto mapa inmóvil de las constelaciones. Las pampas son ahora un pedazo de felpa verde sobre las mesas de juego, donde los doctores y los hacendados dibujan a su gusto las sendas de la política.

Compra finalmente una casa en la ciudad del puerto, para no hallarse en ella tan extranjero. Muda allí a su familia. Hace educar a sus hijos en las leyes, la música, los idiomas; no sufrirá que los motejen de gauchos bárbaros. Su mujer lo acompaña. Juntos pasean por la Alameda, en un coche tirado por caballos inofensivos que desconocen el dibujo errante de la guerra. Dolores cree que ha olvidado al Moro. Se cree feliz. No le importa el oro abandonado sobre el campo de un azar incruento, en los salones. Ya no son cuerpos de otros en el campo de batalla, y el cuerpo de Facundo ha vuelto, definitivamente, al lugar adecuado, ceñido por sus

brazos entre sábanas justas, mientras el Moro corre por el cauce de su especie: un caballo más entre los otros, anónimo, sin dones de previsión ni de palabra.

Pero Facundo se siente solo ante el asedio de voces contrapuestas que no estiman tanto su opinión como su brazo, o el grito de guerra capaz de levantar en armas, no ya a los *profesionales de la muerte*, sino a los paisanos analfabetos que convalidan su poder y se alistan bajo su mando como quien se convierte a la religión verdadera. Todos, los dueños de los negocios, como su amigo Braulio Costa, o los dueños de la palabra, se aproximan para seducir al general retirado que no acierta a desentrañar las redes invisibles que lo cercan y las corta con gestos como disparos y con interjecciones que hacen tajos en la malla del aire.

Todos. Y sobre todos, Rosas, el más fuerte o el más astuto, que cubre con papeles, con leguas negras de prolija escritura, las extensiones que no puede vigilar de a caballo.

Juan Facundo Quiroga estudia el camino que se va tupiendo con talas y algarrobales. El calor aumenta dentro de la galera; los dos hombres se han desembarazado ya de las chaquetas. Ortiz atisba las alturas.

–Hay nubes al Noroeste. Pronto tendremos lluvia.

Las ruedas van descendiendo a medida que el bosque se adelanta y se cierra como una montonera sublevada. Sin embargo, un alivio fresco afloja y desata por momentos los nudos de sopor cálido que aprietan el cuello y el pecho de los hombres. Han entrado en la sombra de Barranca-Yaco, por donde una vez, antes de la Historia, corrieron las aguas piadosas de algún río. Cuando salgan de entre esos túneles vegetales, piensa Facundo, verán al sol en la mitad del cielo.

Un cruce de gritos y relinchos detiene bruscamente la galera. Alguien, que no es el general, ha osado dar la voz de alto. Santos Ortiz se santigua, con un gesto que aúna despedida y penitencia. Sables y disparos brotan de un cerco de ponchos azules. Cuatro peones se derrumban, heridos.

Facundo Quiroga sabe que no alcanzarán las pistolas que ha hecho limpiar, menos por temor que por rutina, la noche antes. Tampoco la partida que mandan los Reinafé va a detenerse o a cambiar de amos cuando él mismo se incorpore para increparlos. No hay esperanza porque nadie puede seguir viviendo si ha perdido su alma.

Asoma la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué significa esto? —pregunta inútilmente.

Un tiro de pistola le perfora el centro de la pupila, donde persiste un sol de mediodía, un incendio sin llama sobre la crin del Moro.

“Facundo y el Moro”, en María Rosa Lojo,
Amores insólitos de nuestra historia,
Buenos Aires, Alfaguara, 2011 (nueva edición ampliada).

©María Rosa Lojo.

©Editorial Alfaguara.

MARÍA ROSA LOJO

Buenos Aires, 1954. Publicó libros de cuentos, novelas y las microficciones poéticas *Bosque de ojos* (2011). Entre sus obras figuran *Historias ocultas en la Recoleta* (cuento), y las novelas *La princesa federal*, *Finisterre* y *Árbol de familia*. Recibió, por su trayectoria, el Premio Konex (1994-2003), el Premio Nacional Esteban Echeverría 2004, la Medalla de la Hispanidad (2009) y la Medalla del Bicentenario de la Ciudad de Buenos Aires (2010). Ha sido traducida al inglés, italiano, francés, gallego y tailandés. Doctora en Letras (UBA), es Investigadora Principal del Conicet, con una extensa producción académica.

ENCUADRE HISTÓRICO

FACUNDO Y EL MORO

A mediados de la década de 1820, en el territorio del Río de la Plata el poder central estaba lejos de afianzarse. Las autonomías provinciales tomaban forma en las únicas unidades sociopolíticas existentes: las ciudades-provincias, que ampliaron su soberanía en lo político, judicial, financiero, educativo y religioso. Aunque fue un proceso desigual a lo largo y ancho del vasto territorio, los poderes locales se consolidaron en manos de élites con gran influencia regional. Los estados independientes mantenían la formalización provisoria del orden jurídico confederado mediante la firma de pactos y acuerdos interprovinciales.

El poder ejecutivo provincial se organizaba en torno a caudillos acompañados por legislaturas que respetaban la soberanía popular, nacida del voto de los vecinos, fusionando el viejo legado de los cabildos (gobierno urbano) con la novedosa incorporación de la campaña. En cambio, el ejercicio de la justicia fue una atribución personal de los gobernadores. A menudo, la normativa jurídica formal se velaba por el influjo de

relaciones familiares, comerciales e informales que legitimaban y daban legalidad a los caudillos, aunque estos muchas veces optaran por aplicar coerción y terror entre sus representados.

Un ejemplo de este orden político fue Juan Facundo Quiroga (1788-1835), inspirador del célebre *Facundo* (1845), de Domingo F. Sarmiento. Siendo muy joven había adquirido prestigio militar durante el período revolucionario; luego, su figura se hizo fuerte en la región de los Llanos de La Rioja. Sus pares federales depositaron en él su confianza para resolver la lucha contra los unitarios. En 1831, enfrentado a la Liga del Interior y librado a sus propios recursos, venció a Lamadrid cerca de Tucumán. Pero antes había perdido a su legendario caballo “Moro”, presuntamente llevado a Santa Fe por tropas de su aliado, el caudillo Estanislao López. El Moro no fue devuelto, pese a las protestas de su dueño y las mediaciones de otros federales. Quiroga murió trágicamente, emboscado en Barranca Yaco, en 1835.

NORMA ALLOATTI

Cruz Alta, Córdoba, 1956. Profesora de Historia (UNR), docente en Institutos de Formación Docente. Publicó artículos y ensayos sobre historia regional, literatura de viajes del siglo XIX y libros de lectura escritos por mujeres. Integra el Proyecto de Investigación del Conicet “Eduarda Mansilla: la biografía”.

**LOS OFICIOS DEL
NEGRO EUSEBIO**
PEDRO ORGAMBIDE

EL BUFÓN

Todos saben que fue el Restaurador quien le otorgó los títulos: Don Eusebio de la Santa Federación, Gobernador de la Provincia, Majestad en la Tierra, Conde de Martín García, Señor de las Islas Malvinas, General de las Californias, Conde de la quinta de Palermo de San Benito y Gran Mariscal de la América de Buenos Aires.

Era broma, claro: motes de bufón que el negro Eusebio festejó en la mesa del Restaurador de las Leyes y que nadie, ni los enemigos, podían tomar en serio. Solo algún tilingo de los que nunca faltan puso el grito en el cielo porque ese negro, hijo de esclavos, se pavoneara con sus títulos, su casaca militar, su bonete tricornio y el gran bastón de mando. El negro Eusebio se paseaba así por la quinta y se cruzaba con su dueño, que caminaba, taciturno, con las manos a la espalda, pensando en los negocios del país, en las intrigas de la política. Él no usaba uniforme; prefería el traje de paisano y, a lo sumo, vestimenta de navegante, de marino normando. Pero... ¿qué importan las apariencias si todo es apariencia? Esa podía ser una pregunta del negro Eusebio a la hora de los postres, del arroz con leche, cuando bastaba con tirarle la lengua para que él empezara con sus acertijos, sus reflexiones de loco, de bufón, que su amo oía con deleite. Porque el negro Eusebio supo ser tan distinguido como esos bufones de Europa, que mostraban a los reyes la otra cara de la realidad y que, entre broma y broma, susurraban las verdades que los cortesanos no se atrevían a decir. Y cuando los adulones festejaban sus chistes (después que el amo los aprobara, naturalmente) el negro Eusebio miraba con lástima a esos hombres, a los que iban a desertar, apenas soplara el viento de otro rumbo.

EL PINTOR

El negro Eusebio cultivó otro arte, el de la pintura. Hay un retrato de Manuelita hecho por él, en el que se ve a una muchacha de perfil y unos árboles al fondo y un pañuelo blanco en primer plano. Se llama *El adiós*, creo. Hay otro, mucho más conocido, que algunos señalan como la obra de

la devoción y otros de la picardía del negro: se trata de un retrato de Rosas. Mejor dicho: de muchos retratos que vendió a buen precio y cuyos detalles figuran en un aviso de *La Gaceta Mercantil*: “En la calle de la Universidad Nº 150, se han recibido retratos de S. E. en busto de cuerpo entero, gran uniforme y banda punzó, las sienes ceñidas con una corona de laurel”. Con todo, Eusebio no fue un aprovechado, como otros que él vio sentados a la mesa. No; él no cambió de divisa, como esos señores. No estuvo, como ellos, siempre en el mejor lugar, donde calienta el sol. Cuando las cosas se pusieron feas, el negro Eusebio dejó su uniforme de mariscal, vistió sus pilchas de gaucho pobre y se fue, como otros federales, a pelear a Caseros. Algunos creyeron que había muerto allí.

EL SOLDADO

Pero no, el hombre seguía vivo, aunque ahora sin título ni plata. Por eso, quizá, tomó plaza de soldado. Fue asistente de un capitán al que llamaban Matraca por su vozarrón y su risa estentórea. Hombre muy fuerte, capaz de voltear un toro. Buen hombre, aunque algo chiflado, muy peleador. El negro Eusebio, acostumbrado a servir, a obedecer, se aficionó a ese capitán. Cuando este dejó el ejército en 1857, después de un duelo desprolijo con un oficial mitrista, lo siguió como escudero, como si el otro, el Capitán Matraca fuera un Quijote robusto y él un Sancho esmirriado. Así se los vio juntos por Entre Ríos y en todas las revoluciones del Litoral en las que el capitán participó. Él iba al frente, a los gritos y los sablazos. Cuidando sus espaldas, al galope también, marchaba el negro Eusebio, martillando su trabuco, con la guitarra a sus espaldas.

EL PAYADOR

En 1859, su capitán sirvió como ayudante del general Urquiza y peleó en la batalla de Cepeda. El negro, no. Prefirió rumbear para Buenos Aires antes que tomar las armas a las órdenes de ese general que había derrotado al Restaurador. Él recordaba haberlo visto por Santos Lugares, después de la batalla de Caseros. El general estaba junto a Mitre y Sarmiento, muy conversadores, muy contentos los tres.

–Esa partida no es para mí, mi capitán.
 –¡Si serás loco, negro! ¿Qué vas a hacer en Buenos Aires?
 –Ya se verá, mi capitán. De algo se muere el hombre. Pero esta no es mi guerra. Aquí le dejo el trabuco. Me basta la guitarra.
 –Sos insolente, negro.
 –Como usted diga...
 –Pero antes de irte, vas a contestar unas preguntas.

Ahí empezó todo. El capitán comenzó el interrogatorio. Hablaron de política, de guerras, pero después del origen del mundo, del peso, la medida, la eternidad.

–Decime, negro, ¿qué es el tiempo?
 –El tiempo es la tardanza de lo que está por venir...

Así, toda la noche. El negro no solo contestaba sino que pedía una explicación. Él también quería saber y exigía el derecho a una respuesta. Creyó oír, al principio, cierto tono provocativo en Matraca, alardes de gaucho, el menosprecio del ignorante ante lo desconocido. El negro, que venía del África, de otros combates y otras sangres, contuvo las ganas de pelear, de terminar allí la discusión, como era frecuente entonces: a punta de cuchillo.

–Ya nos volveremos a ver –prometió el negro.

Y salió de la tienda del capitán, sin responder a una última provocación, sin darle importancia. Porque ahora prefería el riesgo de pensar, la incertidumbre del canto.

Durante años anduvo por las pulperías entonando sus versos. Así vivió. No fue mucha su fama, aunque se entreveró con los grandes. Muy modesto, omitía su pasada grandeza y sus títulos en la quinta de San Benito de Palermo. Tampoco dijo que Matraca tenía otro nombre, que se llamaba, en verdad, José Hernández y era el autor de ese libro que circulaba por los almacenes de Buenos Aires hacia 1872.

“Suerte que no lo maté esa noche”, pensó Eusebio mientras templaba

la guitarra, al recordar que él y el capitán Hernández, al que le decían Ma-traca, ya no eran los mismos sino otros que estaban condenados a seguir juntos por la eternidad, en la payada de Martín Fierro y El Moreno. “Suerte que no me desgracié”... murmuró el hombre.

“Los oficios del negro Eusebio”, en Pedro Orgambide,
Historias imaginarias de la Argentina,
Buenos Aires, Ediciones Atril, 2000 (edición corregida y aumentada).
©Herederos de Pedro Orgambide.

PEDRO ORGAMBIDE

Buenos Aires, 1929-2003. Periodista, escritor, autor teatral y guionista para cine y tv, fue coautor también de varios musicales y óperas con músicos como Astor Piazzolla para la ópera *El ídolo*; con Alberto Favero y Nacha Guevara para la consagrada *Eva*; para *Discepolín*, con Atilio Stampone. Entre sus novelas: *Memorias de un hombre de bien*, *El páramo*, *El escriba*, *Una chaqueta para morir*, *El arrabal del mundo*, *Hacer la América* y *Pura memoria*; libros de cuentos *Historias con tango y corridos*, *Historias imaginarias de la Argentina*; los ensayos *Ser argentino* y *Diario de la crisis*. Recibió el Premio Casa de las Américas (1976), el Premio Nacional de Novela (México, 1977), el Premio Municipal Gregorio de Laferrère (1995) y el Premio a la Trayectoria Artística del Fondo Nacional de las Artes (1997). Durante la última dictadura militar estuvo nueve años exiliado en México; allí fundó la revista *Cambio*, con Juan Rulfo, Julio Cortázar y otros.

ENCUADRE HISTÓRICO

LOS OFICIOS DEL NEGRO EUSEBIO

Se parte de un dato real. Eusebio fue efectivamente uno de los “bufones” que acompañaban a Rosas. Si la ocupación era excéntrica no ocurría lo mismo con el otro rasgo clave que brinda el autor sobre el personaje: era “afro-porteño” y por lo tanto pertenecía a un grupo muy numeroso en la ciudad. Miles de esclavos llegaron al Río de la Plata a partir de la conquista española; solamente entre 1778 y 1812 arribaron de modo legal unos 70.000. Eran vendidos en toda la región pero muchos se quedaban en los puertos, como Buenos Aires.

No tenemos muchos datos sobre Eusebio. Es posible que fuera negro pero también se ha dicho que era pardo (“mulato”); tal vez nació en África, tal vez en América; parece haber sido libre, pero su “oficio” se asocia con la esclavitud. Esta se hallaba en decadencia en la época en que Eusebio se hizo conocido: el tráfico de esclavos fue prohibido en 1812 –Rosas lo permitió otra vez durante un tiempo pero volvió a clausurarlo–, en 1813 se sancionó la libertad de vientres que emancipaba a los hijos de los

esclavos, mientras que muchos hombres ganaron su libertad al luchar en la guerra de la Independencia. Debilitada, la esclavitud siguió de todos modos vigente hasta la Constitución Nacional de 1853, que recién en 1860 se adoptó en Buenos Aires. Allí el grueso de la población negra era libre y estaba organizada en “Sociedades Africanas”. Rosas entabló una estrecha relación con ellas y construyó un vínculo fuerte con la gente de ascendencia africana, que mayoritariamente apoyó su política con fervor. No es raro que alguien como Eusebio fuera federal.

Al combinar su historia con la del moreno de *Martín Fierro*, Orgambide resuelve en la ficción lo que no puede hacerse desde la historiografía: pocas personas de origen popular sabían escribir en el siglo XIX y en general no dejaron testimonios. Sus rastros son fragmentarios y apenas podemos reconstruir algún momento de sus vidas. Orgambide no solo relaciona a Eusebio con el poema clave de la literatura argentina; hace algo más importante: le da una biografía.

GABRIEL DI MEGLIO

Buenos Aires, 1973. Doctor en Historia por la UBA, investigador del Conicet y docente de Historia Argentina en la UBA. Es autor de libros y artículos sobre historia popular rioplatense del siglo XIX. Realiza contenidos y conducción de ciclos televisivos de historia en Canal Encuentro.

**LA IMAGEN
RESPLANDECIENTE**
JUAN JOSÉ MANAUTA

Pasando Nogoyá hacia el Sur (tal como nos íbamos retirando), tendría que haberlo llevado a su casa un oficial, pero no quedaban en el batallón oficiales vivos disponibles, aptos para trasladar un herido grave como estaba el capitán Eduardo Vera.

En ancas, atado a los bastos si pudiera montar o arrastrado sobre unas parihuelas indias, de cualquier manera, había que poner a salvo al capitán y no dejarlo a merced de los degolladores de la vanguardia enemiga.

Los porteños se nos venían encima en su mal oficio de perseguirnos y peor anhelo de acabar con nosotros.

No quedaban oficiales ilesos entre los restos de lo que había sido un regimiento, de modo que el mayor Ponciano Alarcón no tuvo más remedio que llamar al sargento Rufino Cabo (al que le decían por lo bajo “el cabo”, bromeando con su apellido y su grado, con la finura de sus buenas maneras, su coraje y el encanto de su voz; de veras, nadie se explicaba por qué no era todavía oficial el sargento Rufino Cabo), herido solamente en un hombro.

—Ya veo que te han atinado otra vez, viejo Rufino (Rufino no tendría veinticinco años). O te han rozado. De solo querer herirte no más te han pillado esos porteños. Hum... Suficiente para que no sigamos diciendo que no tienen pulso.

Este era un viejo chiste del comandante. Ya nadie sostenía entre nosotros, como al principio, que los porteños no tuvieran pulso ni que no fuesen corajudos, y menos después de la batalla en el arroyo Don Gonzalo, donde nos habían hecho trizas.

—No, mi comandante. Esos malditos no me han dado, que digamos, con la pata de una olla —dijo el sargento Cabo, tocándose el hombro izquierdo, que ni siquiera se había vendado—. Peor está el pobre capitán Vera.

El chiste del mayor se completaba figurando que no eran los porteños los que nos herían y mataban, sino que éramos nosotros (“infelices, caras de oveja”) los que nos poníamos como unos badulaques en el camino de sus balas.

El comandante ya había mandado a hacer las parihuelas para el capitán Vera, pero aun así le preguntó al sargento:

—¿No podría ir en ancas, no? Digo porque así sería más fácil para vos, que no estás entero.

—Estoy entero, mi comandante, pero el capitán no sé si llegaría vivo a su casa en brazos, cuantimás enancado... Siuviésemos aunque fuera un triste carro polaco para llevarlo...

“¿El capitán Vera también se habrá puesto en el camino de las balas porteñas como cualquier recluta ‘cara de oveja’?”, caletreaba Rufino para su adentro.

–No tenemos nada, sargento –dijo el mayor–; nada mejor que las parihuelas que les he encargado a nuestros ingenieros –agregó con sorna.

Los chistes del mayor ya no nos hacían reír, pero nos movían a la burla de los heridos leves y de nuestras propias magulladuras, raspones y torceduras que se sufren en la lucha. No le perdonábamos al enemigo las bajas que nos ocasionaba, porque baja, en el lenguaje militar, tapuja con poco disimulo al muerto o al herido grave, como el capitán Vera (no digo prisioneros, porque en nuestra guerra casi no había prisioneros, sino solo desaparecidos, o degollados, cuando los encontrábamos después de los combates, antes de que se los comieran los caranchos o los perros salvajes), pero esas bromas nos hacían compartir con el enemigo la responsabilidad en hechos que vistos de ese modo dejaban de ser fortuitos. El enemigo nos bajaba, pero nosotros nos habíamos puesto en la trayectoria de sus proyectiles, bajo el filo de sus sables o ante la chuzca de sus lanzas. Los chistes del mayor dejaban su lección: “No ponerse en el camino de las balas”, y así no había ocasión ni tiempo para la blandura y el conformismo, ya que en la guerra tampoco discurre la piedad. “Me han herido; yo me he puesto a tiro, pero tengo la suerte de contar el cuento”. La mismísima fortuna de la herida leve, tan antigua como la propia guerra y la milicia, pero dicha a cara limpia.

–¡... Y no quiero bajas en esta operación, por todos los diablos! –clamaba después de impartir una orden, como remate, el mayor Ponciano Alarcón. Parece fábula: las bajas disminuían en proporción.

La misión del sargento Cabo, en plena retirada, no sería fácil ni breve, aun sin contar el lento viaje que debía emprender hasta la casa del capitán Vera, en las afueras de Nogoyá, arrastrándolo con mucho celo sobre las parihuelas.

Se le gastaron bromas al partir (¿cuándo no?) acerca de la esposa afligida que toparía en Nogoyá, a la que tendría que tranquilizar y hasta pedirle que le vendara el hombro. La sangre de la herida había traspasado la camisa y la guerrera, se había puesto cárdena y dura y no hacía más que atraer moscardones lustrosos y obcecados. Seguro que su vida no corría peligro, pero nadie daba un real por la del capitán Vera.

Rufino, en silencio, cargó dos caramayolas suplementarias de agua fresca y un botiquín completo que le armaron los de sanidad; comida, como para un día y medio de viaje, tal vez dos, con sus noches; raciones de ginebra y vituallas de obsequio para la mujer del capitán.

–No debés detenerte más que para comer, cambiar caballo si fuera necesario y darle agua al herido. La vida del capitán Eduardo Vera queda en tus manos, sargento Rufino Cabo. ¡Suerte! –fue la última orden del comandante, dicha en voz alta, delante del batallón formado.

El capitán Vera apenas era capaz de boquear y plañir, en tanto que cada palabra que a gatas lograba exhalar de su pecho le hacía abrir los ojos y empujárselos hacia afuera, ya como si no los pudiera retener en su lugar. Pero nadie podía hacer por él más de lo que se había hecho: apoltronaron la parihuela con una especie de guata, pero rellena de cerda y espartillo; se lo acostó con mesura y debajo de la cabeza alguien puso una manta doblada. Con otra manta lo taparon bajo la severa mirada de Rufino. El mismo Rufino lo amarró con un pegual por los sobacos a la parihuela para que no se deslizara durante la marcha. Después montó e hizo andar su overo de combate hacia el poniente, a paso corto, mientras que la tropa ya miraba hacia el Sureste, en la dirección de Gualeguay.

Dos soldados veteranos: Aquiles Grigera y el oriental José Gervasio Perdomo, seguros y probados en más de una ocasión, escoltaron al sargento y al herido hasta una legua del lugar de partida. Debían regresar inmediatamente al galope, alcanzar la unidad e informar sobre la marcha. No se les podía otorgar más ventajas a los porteños, que nos venían siguiendo y no paraban de ventear nuestros movimientos.

Lo demás sería lo que Dios quisiera.

Y lo que Dios quiso fue que los porteños se cansaron de seguirnos, al ver que no nos podían quebrantar del todo, y volvieron grupas antes de que fueran los nuestros quienes los dañaran, tan alejados como habían quedado de sus bases.

Nuestra retaguardia, a tiros de fusil (no teníamos artillería), a fuerza de machete, lanza y carabina cuando se acercaban mucho, reventando caballo tras caballo, demoraba el avance del enemigo y cubrió con señorío al grueso de la tropa durante los preparativos y la más cómoda despedida que se les pudo ofrecer al capitán Vera y al sargento cabo.

En otras circunstancias, como ya lo teníamos hecho durante esa misma retirada, tal vez le habríamos llevado un tropel a fondo y por sorpresa a su vanguardia aislada. Ahora lo que convenía era la prudencia (por lo menos hasta que el capitán Vera llegara a destino). Así lo entendió el mayor Ponciano Alarcón, nuestro jefe, contrariando su inclinación a aniquilar cuanto enemigo se le brindase.

“Contar el cuento”, como es dicho, después de la guerra apenas tiene gracia. Habría que haber sucumbido y, si fuera posible, contar la historia desde la misma muerte o sus confines. Porque ninguna muerte (hasta la más rápida) está visto que es del todo instantánea. Desde que la bala atraviesa el corazón o el obús nos despedaza, hasta la verdadera y definitiva extinción, media un trecho que la conciencia recorre con lucidez y elocuencia, y que además se expresa en imágenes de inigualable precisión. Un destello como ese emitían los ojos del capitán Vera mientras era conducido a su casa. Las miradas del capitán provenían desde su vértigo final, y la verdad que las animaba parecía destinada a provocar espantosas reyertas y acabamientos desmedidos.

–¿Qué clase de mujer es tu esposa, capitán? –logró decirle en un descanso el sargento Cabo, venciendo diez mil escrúpulos–. ¿No será que vaya yo a importunarles de balde en tu casa, después de tanto tiempo que no se ven?

Los ojos del capitán Vera respondieron por él:

“A ella no le importará demasiado”.

En ese momento de ardiente comunicación, el sargento recordó que jamás el capitán había mencionado a su esposa o mujer alguna. Tampoco había recibido cartas ni las había escrito.

El sargento Cabo recordó las órdenes del mayor:

–Seguramente el capitán querrá ver a su esposa antes de... Quedate con él hasta entonces y no lo pierdas de vista. Si se cura, traelo de vuelta. Que pelee un poco más. No es torpe en eso el capitán Vera... Y vos descansá, curate ese hombro. Ayudale en todo lo que puedas a la mujer del capitán y no deseches su ayuda si ella te la ofrece.

Los ojos del capitán, fuera de sus órbitas, seguían tan desesperados como al principio:

“¿No ves cómo regreso –decían–: detrás de un caballo, arrastrado, y no sobre él, en el lugar del hombre?”.

–Estás herido, capitán. Cuando veas a tu mujer, te vas a poner bien, y después de una buena licencia volverás al batallón, que no está tan deshecho como parece. El mayor y todos los demás te estarán esperando. Yo me quedaré con vos hasta entonces.

Los ojos del capitán parecían no entender.

“¿Qué quedará de nuestro amor si este es mi resto? ¿En qué laya de

soldado de caballería he terminado, sargento?”.

–También el soldado de caballería come, duerme y descansa cuando está herido como vos, capitán. No siempre tenemos que andar alanceando porteños y brasileros. Mirame a mí. Tengo el hombro deshecho y no podría sostener una pluma de ganso para escribirle a mi novia, si la tuviera.

Los ojos del capitán seguían en lo suyo:

“En vez de volver a su lado –dijeron– más me valdría juntarme con mi madre muerta...”.

–No sé por qué hablás así, capitán. Dentro de muchos años, tiempo habrá para todo. Hasta para el viático. No se sabe de nadie que haya quedado para semilla en este mundo.

Los ojos espantados del capitán no perdieron su brillo enfermo durante todo el día y medio que duró el resto del viaje hasta su casa. Y cuando llegaron, él miró a su mujer con esos ojos que solo parecían abrirse para extinguir su luz. No podía mover los brazos ni las piernas. Podía gemir. Ana María, su mujer, tembló al abrazarlo y sollozó en silencio junto a su cuello. Después le pidió a Rufino que la ayudara a meterlo en la casa. Calentó agua para bañarlo y despiojarlo, para lavarle las heridas. Entre ambos lo desvistieron. Ella quemó la ropa que traía puesta. Entre ambos lo vistieron y lo acostaron en sábanas inmaculadas.

Rufino pidió permiso para ocuparse de los caballos y dejó en manos de Ana María las vituallas sobrantes del viaje y la provista que había traído para ella por encargo del mayor.

–¿Vivirá? –preguntó la mujer.

–Los de sanidad decían...

–Lo veo muy mal –dijo ella en medio de un suspiro–. ¿Y eso? –agregó, al advertir por primera vez el hombro herido de Rufino.

–No es nada. Un raspón.

–¡Por Dios! La sangre le ha atravesado toda la ropa.

–No es nada –repitió Rufino.

Fue imposible quitarle la guerrera. La ropa se había pegado a la herida y ya formaba parte de ella. Ana María tomó unas tijeras y le cortó la manga a lo largo y a la altura del hombro. El polvo, la sangre, el sudor formaban un todo. Rufino olía a soldado en operaciones.

–Usted también necesita un baño, y está lleno de piojos...

Atardecía. El cielo, en sus luces postreras, había tomado color de agua con limón.

La herida de Rufino quedó limpia y vendada, después que Ana María lo bañó sin ningún recato y lo despiojó, tal como había hecho con su marido. Ahora Rufino olía a tintura de yodo y a benjuí.

La ropa de la mochila de Rufino también estaba sucia y deshilachada. Ana María le ofreció prendas del capitán que ella reservaba para su regreso. Lo ayudó a vestir, como hacen las mujeres con un niño o las enfermeras con un enfermo impedido.

Solamente en el cielo, el otoño lograba dar señales cautelosas. Algunas nubes andaban sin apuro hacia el Norte, pero restos empecinados del verano se rezagaban aún en las colinas, en un verde que iba enriqueciéndose con insinuantes barcinos, pardos y amarillos.

Entonces fue que la noche cayó rápidamente.

Ana María salió del dormitorio a la oscuridad del patio. Estaba fatigada. Miró hacia lo lejos, más allá del corral, donde los caballos resoplaban satisfechos y en paz. Al fondo del piquete, hacia el tajamar, un solitario y último bichito de luz parecía haberse desatinado en la esparcida negrura inicial de la noche. Oyó los pasos del sargento y el acicate de las espuelas de amplia rodaja que los enaltecía. Aquellos pasos no aparentaban otro destino que el de ella misma. Cuando él estuvo cerca, se oyó decir con una voz ajena, desprendida de sí:

–El capitán Vera ha muerto.

El sargento Cabo enmudeció. Ella dio un paso vacilante y perplejo hacia atrás, señalando la casa. El sargento la sostuvo por los hombros. El primer sollozo de Ana María ablandó su cuerpo y lo estrechó al de Rufino, que la ciñó por la cintura con una suavidad que los años de guerra no habían logrado mancillar. Así la dejó que llorara en silencio. Ana María levantó la cabeza arrullada por ese preludio de las luces nocturnas y para comprobar su irrealidad. Las lágrimas empaparon sus labios y los de Rufino al mismo tiempo...

Lo que siguió fue incontrolable y los mantuvo unidos en la noche. Se amaron una y otra vez resistiendo las simultáneas embestidas de la culpa.

Al día siguiente hubo que sepultar al capitán. Ana María recibió a los parientes. Llegó nuevamente la noche y con ella otra vez el deseo y también la culpa y el deber:

“No lo pierdas de vista. Quedate con él hasta que muera o se cure. Ayúdale en todo lo que puedas a la mujer”, no paraba de repetirle la voz del comandante. Pero “la mujer” ahora se llamaba Ana María, se abrazaba a él, desnudos en la noche, y le decía:

–Rufino, ahora soy tu mujer. No volverás a la guerra. Eso es pura roña y

maldad. Cultivaremos la chacra entre los dos. Tendremos hijos, muchos niños, como antes no los pude tener con el capitán Vera. No querrás terminar como él, muerto, podrido por dentro y por fuera, como él. ¿Para qué vamos a seguir alimentando ese monstruo, que ya nos ha quebrantado a todos?

–Ana María, amor mío, ¿usted sabe lo que es un desertor?

El cambio de trato no la conmovió.

–Yo solamente sé que te quiero, como nunca antes he querido a nadie. Prefiero un desertor a un muerto; a un inválido maloliente, amargado y piojoso. No me importa lo que diga ese loco, que también ha desertado, después de habernos traído esta condenada guerra perdida de antemano. Yo no sé lo que es un desertor, pero ¿quién, en la guerra, sabe lo que es la mujer de un combatiente? Yo quiero ser la mujer de un hombre, tu mujer, aunque seas un desertor, con el orgullo, además, de haberte rescatado de ese infierno y haberte devuelto a la vida.

Lo que decía Ana María era la más pura verdad. ¿Para qué habría de arrastrarse otra vez detrás de un delirante?

–Quedate conmigo, Rufino. Vamos a criar muchos niños, nuestros y ajenos, que andan todos huérfanos por ahí, y te vas a olvidar muy pronto de esta guerra y de quienes han muerto en ella. ¡Quedate! ¿No ves cuánto te necesitamos aquí?

Sobre esta conversación empezaron a caer unos goterones pesados, estivales aún, y enseguida se desató un desabrido ventarrón. El lampiÓN del patio comenzó a oscilar y a chirriar.

–Debo arreglar ese farol –dijo Rufino–. Parece que llorara.

Ennegreció aún más sobre los campos, sobre las sementeras abandonadas, sobre los bosquecillos lejanos. Ennegreció sobre el recuerdo del compañero muerto, al que acababa de enterrar, sobre el rostro de Ana María y sobre la decisión de no regresar más al batallón deshecho, que ya se habría instalado en su cuartel de Gualeguay, si es que antes no lo había aniquilado el enemigo. ¡Ah, si pudiera quedarse al lado de esta mujer, a la que empezaba a amar, junto a los restos de amor que en medio de la derrota la vida le ofrecía!

La belleza de Ana María resaltaba debajo de sus ropas de luto; se esforzaba en sonreír aún con los ojos enrojecidos por el llanto y los labios hinchados de tanto mordérselos. Su cara parecía entonces el rostro de una bella criatura desconsolada.

“No te apartés de él hasta que se cure o se... Si se cura, acompáñalo de

vuelta y no lo pierdas de vista” –repetía la orden del comandante Ponciano Alarcón–. “Ayúdame a la mujer en todo lo que puedas y no deseches la ayuda que te ofrezca. Curate ese hombro, si es que querés volver a darles batalla a esos porteños que nos están jorobando”.

“¡La vida o la muerte del capitán Vera queda en tus manos, sargento Rufino Cabo!”.

Las voces del comandante –dichas delante de todo el harapiento batallón– no lo querían dejar. Las oía en todas partes: en el corral, junto a los caballos descansados; en la cocina, mateando a solas; en la cama, con Ana María abrazándolo cálidamente y enredando sus piernas en las suyas.

Y así llegó el día en que Rufino Cabo, sargento de lo que había sido el ejército entrerriano del general Ricardo López Jordán, debió tomar una decisión.

Ana María lo despidió junto al portón. El viento soplabla doliente en los árboles desnudos y la llovizna otoñal volvió a caer sobre la tierra con sus espinitas de cristal.

Al llegar al callejón, Rufino dio vuelta su montado –otra vez de grupas redondeadas–. Ana María levantó los brazos, y así quedaría ella en sus ojos, para siempre, y también en la sangre, como una imagen resplandeciente, como una criatura dolorosa, como un ideal perdido, irrecuperable.

“La imagen resplandeciente”, en Juan José Manauta, *Llevador de almas, Cuentos completos*, Entre Ríos, Eduner, 2006.

©Juan José Manauta.

©Editorial de la Universidad de Entre Ríos.

JUAN JOSÉ MANAUTA

Gualeguay, Entre Ríos, 1919-2013. Maestro y Profesor en Letras (Universidad de La Plata). Autor de novelas como *Las tierras blancas* (1956), sobre la cual se filmó la película homónima con la dirección de Hugo del Carril, y de los libros de cuentos que Eduner ha recopilado en *Cuentos Completos* (2006), entre ellos *Cuentos para la Dueña Dolorida*, *Colinas de Octubre* y *El llevador de almas*. Recibió, entre otras distinciones, la Faja de Honor de la SADE, el Premio Municipal de Buenos Aires, los Premios Konex y Fray Mocho. Fue distinguido como Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de Entre Ríos en 2012.

ENCUADRE HISTÓRICO

LA IMAGEN RESPLANDECIENTE

El general entrerriano Ricardo López Jordán encabezó las últimas montoneras que se opusieron al avance del Estado nacional sobre los poderes provinciales. En abril de 1870 se rebeló contra el gobernador Urquiza, a quien acusaba de traición a la causa del federalismo. Al conocer la noticia del asesinato de este último, el presidente Sarmiento decidió enviar un ejército, principalmente reclutado en Buenos Aires, a fin de sofocar la revolución. López Jordán sufrió una dura derrota en el paraje de Ñaembé, en enero de 1871, luego de lo cual partió al exilio en el sur del Brasil. Con fuerzas menos numerosas y peor armadas volvió a alzarse en mayo de 1873; con esto logró el control de varios pueblos, como Nogoyá y Gualeguay. Pero sus tropas fueron diezimadas en noviembre, en el combate de Don Gonzalo, al que siguió una serie de ejecuciones y destierros de los vencidos. El jordanismo se dividió y perdió influencia, pese a que su último alzamiento se extendió hasta finales de 1876.

Factores importantes de la victoria del

ejército nacional fueron su armamento de infantería más avanzado, su artillería y su rápido desplazamiento en los flamantes ferrocarriles. La guerra del Paraguay había concluido recientemente, lo cual aumentaba su capacidad de intervención en los conflictos internos. La táctica habitual en las montoneras, de dividir a las tropas en batallones de caballería, evitando combates de grandes proporciones y concentrándose en los ataques por sorpresa, resultó menos efectiva frente a unos regimientos de línea veteranos y bien pertrechados. No obstante, el federalismo aún gozaba de sólidos apoyos entre la población entrerriana. La movilización masculina para la guerra fue amplia en algunas regiones de la provincia, haciendo que las mujeres quedaran a cargo de la agricultura y otras actividades de la economía doméstica. A menudo debían enfrentar situaciones trágicas –como la muerte, el exilio o la invalidez permanente de sus esposos o hijos– que ponían en entredicho la fidelidad a una causa revolucionaria en progresiva declinación.

ALEJANDRO FERNÁNDEZ

Hughes, Santa Fe, 1956. Magíster por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) y Doctor en Historia por la Universidad de Barcelona. Es profesor en la Universidad Nacional de Luján. Ha publicado libros y artículos sobre historia social argentina.

**ENERO DEL
DIECINUEVE**
MABEL PAGANO

*A mis tíos, Elena e Isaac,
por sesenta años de un amor
que fue posible más allá de todo.*

El administrador del inquilinato de Inclán y La Rioja, pleno corazón de Parque Patricios, se presentaba puntualmente, no bien empezaba el mes, a retirar el importe de los alquileres. Aniceto, que ocupaba junto a Catalina y sus cuatro hijos las dos piezas de adelante, ya tenía para entonces la suma, contada y recontada, lista en un sobre.

Después de la entrega de los recibos, el encargado invitaba al administrador con una caña y le informaba las novedades de la casa y los inquilinos, sonriendo debajo de su gran bigote, cuando el hombre, ajustándose los anteojos, le decía lo de costumbre:

–Estimado amigo, usted, como la mayoría, llama rusos a los judíos; confunde a los árabes, sirios y libaneses con turcos y cree que todos los españoles son gallegos.

Atrás quedaron ciudades, aldeas y pueblos. Cada uno de ellos cargaba en su espalda una historia de guerras o explotación. Sus recuerdos eran fragmentos de paisajes ensombrecidos por la muerte, el hambre y los despojos. Habían cruzado el mar trayendo sus pocas pertenencias y la esperanza de un destino mejor. Porque estaban convencidos de que en América todo era posible.

Para muchos, el Hotel de Inmigrantes fue el primer lugar donde cerrar los ojos sin sentir el vaivén del agua bajo el cuerpo. Donde empezar a olvidar el hacinamiento de la bodega maloliente de un barco que, por momentos, les pareció condenado a no llegar a destino. El apretujamiento y las incomodidades de aquel albergue se soportaban mejor pensando que al día siguiente o al otro, los esperaba una ciudad, un pueblo o una colonia para recomenzar su vida.

Quien entrara en el inquilinato podía darse cuenta de cuál era la pieza de cada uno, solo con asomarse a las cacerolas que humeaban en los braseros encendidos delante de cada cocina. En los mediodías y por las

noches, el patio se llenaba de humo y olores, que confundían el asado y el puchero con la borsh, el gefilte fish con el minestrón y la pasta, la sarma, el guiso de mondongo o el falafel con la sopa de lentejas, que reunían a las familias en torno a las mesas cubiertas de hule. La diferencia la marcaban los turcos, sentados en el suelo, sobre almohadones o pequeñas alfombras, en torno a una gran sartén de la que todos comían. Y después estaban los franceses. Ella, siempre de boina o sombrero, él de polainas y moño de seda. Distintos del resto, porque, además de no comer, dormían de día y salían de noche.

En la casa del diputado Cosme Landaburu –el Vasco– que estaba a cargo de Aniceto, un criollo nacido en Barracas y que había prestado leales servicios al doctor en su camino a la banca en la que ahora estaba sentado, la vida era tranquila, familias pobres pero honradas, gente de trabajo, que ya ni miraban con recelo a los franceses –como lo habían hecho no bien llegaron–, más al enterarse de que los había recomendado el propio doctor, al ver que la pareja no molestaba ni se metía con el resto de los inquilinos y lo más importante: jamás se les había sorprendido ni el asomo de una indecencia.

La únicas tormentas que de vez en cuando sacudían las chapas eran por el uso de los dos baños, ubicados en el fondo, y del único lavadero de cuatro piletas que estaba frente a ellos. Una de las mujeres que demoraba demasiado con la ropa; otra, que olvidaba su turno para la limpieza del servicio, desencadenaban alguna discusión que alargaba las caras por algunas horas. Pero el conflicto no llegaba a mayores porque Aniceto se ocupaba de suavizar las cosas con el argumento de siempre: la puntualidad en los pagos y el comportamiento eran las condiciones para ser admitidos en esa casa en la que el doctor no quería escándalos. Y al que no le gusta, remataba, ahí está la puerta.

Los problemas ocasionados por los hijos más chicos, jugando en el patio y corriendo entre las macetas, eran solucionados por sus madres mediante sopapos voladores, certeros tirones de orejas o amenazas, si es que no lograban darles alcance.

Los domingos a la tarde, mientras Lucía, Sara, Manuela, Ana, Feram y Catalina se reunían para coser, remendar o tejer, intercambiando de paso alguna receta –Sara ya había logrado imponer la económica y nutritiva sopa de remolachas– los hombres se sentaban en el patio a hablar, un poco de lo que había quedado *allá* y el resto, de los proyectos que tenían *acá*.

Así, las viejas casas de piedra con chimeneas y cobertizos, las montañas, las estepas y las rías, las quintas de cerezos, los corrales, el molino, las nueces y los guijarros, se iban esfumando ante la posibilidad de ser dueño de un almacén, encargado en la fábrica, poner una carpintería, abrir una tienda propia, tener una verdulería en la avenida o aceptar la sociedad ofrecida por un paisano para su bar de Pompeya. A veces se discutía, sobre todo en el último tiempo, respecto a las Internacionales. Si la Comunista o la Socialista, los abusos de la gran burguesía y los derechos de los obreros. Aniceto decía entonces que en la Argentina no existían esos problemas porque el presidente Yrigoyen era un hombre del pueblo y se ocupaba de los pobres. En las cuestiones políticas, las opiniones de Samuel, Juan, Pavlek, Abdul o Jaime no eran las mismas, pero había un tema en el que todos coincidían, incluidas sus mujeres: la necesidad de redoblar el esfuerzo y así poder abandonar pronto el inquilinato e irse a vivir a una casa propia. Comprar un terreno en algún suburbio, donde la tierra y los impuestos eran más baratos.

Y mientras los padres soñaban, los hijos menores jugaban en las veredas o en la plaza cercana; y los mayores se tomaban el tranvía, para dar una vuelta por el centro.

La represión a los obreros de los Talleres Vasena estalló en Parque Patricios aquel 7 de enero, en medio de un calor que abrasaba la ciudad. Los ocupantes de la casa de Inclán y La Rioja, al igual que todos los vecinos, empezaron a vivir el sobresalto de tiroteos y corridas. Cada uno de los inquilinos que llegaba era rodeado por los otros, ansiosos de enterarse de las últimas noticias. Elenita, que no había querido faltar a su trabajo como ayudante de la modista de la calle Rondeau, contó lo de la rotura de todos los vidrios del frente de la fábrica metalúrgica; Abdul, la entrada de dos huelguistas a la forrajería, donde –a pesar de las protestas del patrón– se escondieron entre bolsas de avena y fardos de pasto, hasta que fueron descubiertos por la policía y sacados a la calle a punta de pistola; Pavlek, lo del paro que querían iniciar sus compañeros del frigorífico, en solidaridad con los metalúrgicos; Juan dijo que el dueño del aserradero había ordenado trabajar con las puertas cerradas; y Manuel, que el encargado los había mandado de vuelta a casa, porque prefería cerrar el restaurante a que se lo rompieran todo.

Cuando se supo la cantidad de hombres y mujeres que habían matado la policía y el ejército, Aniceto arrugó la cara y preguntó qué le pasaba a don Hipólito, que no paraba esa locura. Pero las peores noticias fueron las de Samuel y su hijo, que llegaron juntos la tarde del jueves, aturcidos y con la agitación cortándoles el aliento. Isaac había ido al Once, a buscar mercadería para su recorrido de la mañana siguiente. Al pasar por Corrientes y Pueyrredón vio a policías y brigadistas de la Liga Patriótica atacando negocios judíos. Cuando llegó a la tienda donde trabajaba su padre, lo encontró junto al dueño bajando la cortina, apurados, igual que todos sus vecinos.

Sentado en el patio, con los ojos ya húmedos, Samuel dijo meneando la cabeza:

–Uno de esos hombres gritaba: “¡Muerte a los rusos que hicieron la revolución, quemaron iglesias, mataron cristianos y quieren que seamos todos bolcheviques!”.

El *pogrom* desatado en los barrios judíos, con la excusa de que los tumultos obreros eran parte de una conspiración, fue una cacería de trabajadores y pequeños comerciantes, por culpas que no tenían. A los muertos y heridos se sumaron el asalto a los templos y el incendio a bibliotecas y negocios. Piquetes de policías, soldados y brigadistas de la Liga, además, comenzaron a patrullar otras zonas buscando nuevas víctimas.

Uno de ellos entró ruidosamente al inquilinato de Inclán y La Rioja, al anochecer del sexto día del *pogrom*. Durante esas jornadas, Samuel y su familia habían permanecido encerrados, comiendo lo que sus vecinos les alcanzaban en silencio, porque ninguno se había animado a tocar un tema del que poco entendían. Cuando escucharon los gritos en el patio, padres e hijos se miraron con miedo, preguntándose qué iba a pasar.

Parado frente a la partida, Aniceto dijo:

–Soy el encargado, señores ¿en qué los puedo servir?

Un militar con jinetas de mayor le contestó a los gritos:

–Estamos enterados de que en esta casa viven judíos, así que vamos a revisar.

–Aquí no hay un solo judío, señor –la voz de Aniceto sonaba muy tranquila.

El otro puso la mano en el revólver que llevaba al cinto, mientras decía:

–Con vos no es la cosa, chino. Salí del medio si no te querés arrepentir.

En ese momento, los demás inquilinos aparecieron en el patio y a pesar de que todos apoyaron lo que el encargado aseguraba, el militar insistió y ya se disponía a ordenar el avance a sus hombres, cuando aparecieron los franceses, listos para salir. Dándose cuenta de lo que estaba pasando, el hombre se adelantó, mientras decía con firmeza:

–Mayor, al diputado Landaburu, propietario de esta casa y amigo mío, no le va a gustar lo que usted está haciendo. Y le aseguro que me voy a ocupar de que se entere del atropello esta misma noche.

El militar retrocedió un paso, se quedó en silencio un momento y después dijo:

–Está bien, solo quiero que me asegure que aquí no viven judíos.

–Eso ya se lo informó el encargado. Hágame el favor de retirarse y nosotros vamos a olvidarnos de esta visita.

Cuando el retumbar de las botas se perdió en el pasillo rumbo a la salida, los inquilinos respiraron. El francés tomó a su mujer del brazo, al tiempo que saludaba, alejándose hacia la puerta:

–Hasta mañana, amigos. Y quédense tranquilos, aquí no ha pasado nada.

El domingo siguiente, ya con la calma recuperada, los habitantes del inquilinato decidieron, aprovechando la noche calurosa, comer juntos en el patio. Las familias sacaron sus mesas y las fueron juntando. Después, cada uno puso sobre ellas su cacerola o su fuente, los platos, cubiertos y vasos.

Mientras comían todos de todo, con algo de desconfianza pero mucho de buena voluntad, se habló de lo que se hablaba los domingos. Juan contó de una estancia que se iba a lotear en Lanús, con buenos precios para los terrenos; Samuel de las ganas de alquilar aunque fuera un cuadrado en el Once, para trabajar por su cuenta; y Abdul comentó la propuesta de un primo suyo para viajar a Tucumán, donde había instalado un negocio de ramos generales que no podía atender solo. Manuel, por su lado, casi aseguraba la habilitación en el restaurante; y Pavlek la posibilidad de ser encargado de su sección en los próximos meses. Las mujeres intercambiaron recetas de guisos, pastas, ensaladas y dulces; los chicos reían por nada. Y mientras compartían el pan y las esperanzas, de una punta a la

otra de la mesa que juntaba todas las mesas, Elenita e Isaac –la piba de los tanos y el rusito– se miraban.

“Enero del diecinueve”, inédito.
©Mabel Pagano.

MABEL PAGANO

Lanús, Buenos Aires, 1945. Publicó novelas, biografías noveladas, libros de cuentos, relatos infantiles y una novela juvenil. Participó, además, en muchas antologías. Obtuvo numerosos premios literarios. Entre ellos: Fundación Fortabat, Emecé Editores, Gobiernos de Buenos Aires, Córdoba y San Luis. Asimismo, por su trayectoria recibió distinciones de la Cámara de Senadores y la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires y del Municipio de Lanús.

ENCUADRE HISTÓRICO

ENERO DEL DIECINUEVE

La inmigración masiva remodeló la Argentina.

Desde 1869 a 1914 la población creció de 1.737.080 a 7.903.662. Entre 1880 y 1914, ningún país tuvo una proporción tan alta de inmigrantes en el total de sus habitantes. En aquel último año, los italianos eran el grupo extranjero más numeroso (11,5% de la población), seguidos de cerca por los españoles (10,5%) y, ya lejos, por los franceses (1%). Pero a estos colectivos mayoritarios se añadían muchos otros, llegados desde diversos puntos de Europa, Oriente Próximo y Latinoamérica.

Gracias a la inmigración, se incorporó una fuerza laboral motivada y competente, cuya incidencia en el crecimiento económico del país (en conjunto, extraordinario hasta la Primera Guerra Mundial) fue directa e inmediato. Como lo fue en la rápida urbanización de finales del siglo XIX y comienzos del XX, pues los extranjeros se instalaron sobre todo en la ciudad de Buenos Aires –donde llegaron a ser la mitad de los habitantes– y su periferia.

Particularmente en el área de la capital

y de la Pampa húmeda, de la mezcla de sus hábitos, costumbres, culturas con las de la población ya establecida fue surgiendo una nueva cultura popular, rica y heterogénea. Se forjó en los barrios, mercados y conventillos, en los talleres y fábricas, en los gremios, centros socialistas y anarquistas y, más tarde, en los clubes y cafés.

El crecimiento económico no estuvo exento de crisis, que fueron recurrentes y generaron grandes tensiones. Al estallar la guerra las condiciones sociales ya eran complicadas, y en los años venideros lo serían aún más a causa de las dificultades del comercio exterior y la retracción de los capitales externos. En las ciudades comenzó a sentirse la inflación, el retraso de los salarios reales –con el consiguiente encarecimiento del costo de vida– y una fuerte desocupación. El clima de conflictividad se manifestó con fuerza desde 1917, dando comienzo a un ciclo violento de confrontaciones que alcanzaría su clímax en enero de 1919, durante la cruenta represión de la llamada Semana Trágica.

RUY FARÍAS

Buenos Aires, 1972. Profesor de Historia por la UBA y Doctor por la de Santiago de Compostela (España). Investigador y docente en el Conicet, la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Museo de la Emigración Gallega en la Argentina.

ESA MUJER
 RODOLFO WALSH

El cuento titulado "Esa mujer" se refiere, desde luego, a un episodio histórico que todos en la Argentina recuerdan. La conversación que reproduce es, en lo esencial, verdadera. [...] comencé a escribir "Esa mujer" en 1961, lo terminé en 1964, pero no tardé tres años sino dos días: un día de 1961, un día de 1964. No he descubierto las leyes que hacen que ciertos temas se resistan durante lustros enteros a muchos cambios de enfoque y de técnica, mientras que otros se escriben casi solos.

Del prólogo de Rodolfo Walsh a *Los oficios terrestres*,
 Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1986.

El coronel elogia mi puntualidad:

–Es puntual como los alemanes –dice.

–O como los ingleses.

El coronel tiene apellido alemán.

Es un hombre corpulento, canoso, de cara ancha, tostada.

–He leído sus cosas –propone–. Lo felicito.

Mientras sirve dos grandes vasos de whisky, me va informando, casualmente, que tiene veinte años de servicios de informaciones, que ha estudiado filosofía y letras, que es un curioso del arte. No subraya nada, simplemente deja establecido el terreno en que podemos operar, una zona vagamente común.

Desde el gran ventanal del décimo piso se ve la ciudad en el atardecer, las luces pálidas del río. Desde aquí es fácil amar, siquiera momentáneamente, a Buenos Aires. Pero no es ninguna forma concebible de amor lo que nos ha reunido.

El coronel busca unos nombres, unos papeles que acaso yo tenga.

Yo busco una muerta, un lugar en el mapa. Aún no es una búsqueda, es apenas una fantasía: la clase de fantasía perversa que algunos sospechan que podría ocurrírseme.

Algún día (pienso en momentos de ira) iré a buscarla. Ella no significa nada para mí, y sin embargo iré tras el misterio de su muerte, en busca de sus restos que se pudren lentamente en algún remoto cementerio. Si la encuentro, frescas altas olas de cólera, miedo y frustrado amor se alzarán, poderosas vengativas olas, y por un momento ya no me sentiré solo, ya no me sentiré como una arrastrada, amarga, olvidada sombra.

El coronel sabe dónde está.

Se mueve con facilidad en el piso de muebles ampulosos, ornado de marfiles y de bronces, de platos de Meissen y Cantón. Sonríe ante el Jongkind falso, el Figari dudoso. Pienso en la cara que pondría si le dijera quién fabrica los Jongkind, pero en cambio elogio su whisky.

Él bebe con vigor, con salud, con entusiasmo, con alegría, con superioridad.

dad, con desprecio. Su cara cambia y cambia, mientras sus manos gordas hacen girar el vaso lentamente.

–Esos papeles –dice.

Lo miro.

–Esa mujer, coronel.

Sonríe.

–Todo se encadena –filosofa.

A un potiche de porcelana de Viena le falta una esquirla en la base. Una lámpara de cristal está rajada. El coronel, con los ojos brumosos y sonriendo, habla de la bomba.

–La pusieron en el palier. Creen que yo tengo la culpa. Si supieran lo que he hecho por ellos, esos roñosos.

–¿Mucho daño? –pregunto. Me importa un carajo.

–Bastante. Mi hija. La he puesto en manos de un psiquiatra. Tiene doce años –dice.

El coronel bebe, con ira, con tristeza, con miedo, con remordimiento.

Entra su mujer, con dos pocillos de café.

–Contale vos, Negra.

Ella se va sin contestar; una mujer alta, orgullosa, con un rictus de neurosis. Su desdén queda flotando como una nubecita.

–La pobre quedó muy afectada –explica el coronel–. Pero a usted no le importa esto.

–¡Cómo no me va a importar!... Oí decir que al capitán N y al mayor X también les ocurrió alguna desgracia después de aquello.

El coronel se ríe.

–La fantasía popular –dice–. Vea cómo trabaja. Pero en el fondo no inventan nada. No hacen más que repetir.

Enciende un Marlboro, deja el paquete a mi alcance sobre la mesa.

–Cuénteme cualquier chiste –dice.

Pienso. No se me ocurre.

–Cuénteme cualquier chiste político, el que quiera, y yo le demostraré que estaba inventado hace veinte años, cincuenta años, un siglo. Que se usó tras la derrota de Sedán, o a propósito de Hindenburg, de Dollfuss, de Badoglio.

–¿Y esto?

–La tumba de Tutankamón –dice el coronel–. Lord Carnavon. Basura.

El coronel se seca la transpiración con la mano gorda y velluda.

–Pero el mayor X tuvo un accidente, mató a su mujer.

–¿Qué más? –dice, haciendo tintinear el hielo en el vaso.

–Le pegó un tiro una madrugada.

–La confundió con un ladrón –sonríe el coronel–. Esas cosas ocurren.

–Pero el capitán N...

–Tuvo un choque de automóvil, que lo tiene cualquiera, y más él, que no ve un caballo ensillado cuando se pone en pedo.

–¿Y usted, coronel?

–Lo mío es distinto –dice–. Me la tienen jurada.

Se para, da una vuelta alrededor de la mesa.

–Crean que yo tengo la culpa. Esos roñosos no saben lo que yo hice por ellos. Pero algún día se va a escribir la historia. A lo mejor la va a escribir usted.

–Me gustaría.

–Y yo voy a quedar limpio, yo voy a quedar bien. No es que me importe quedar bien con esos roñosos, pero sí ante la historia, ¿comprende?

–Ojalá dependa de mí, coronel.

–Anduvieron rondando. Una noche, uno se animó. Dejó la bomba en el palier y salió corriendo.

Mete la mano en una vitrina, saca una figurita de porcelana policromada, una pastora con un cesto de flores.

–Mire.

A la pastora le falta un bracito.

–Derby –dice–. Doscientos años.

La pastora se pierde entre sus dedos repentinamente tiernos. El coronel tiene una mueca de hierro en la cara nocturna, dolorida.

–¿Por qué creen que usted tiene la culpa?

–Porque yo la saqué de donde estaba, eso es cierto, y la llevé donde está ahora, eso también es cierto. Pero ellos no saben lo que querían hacer, esos roñosos no saben nada, y no saben que fui yo quien lo impidió.

El coronel bebe, con ardor, con orgullo, con fiereza, con elocuencia, con método.

–Porque yo he estudiado historia. Puedo ver las cosas con perspectiva histórica. Yo he leído a Hegel.

–¿Qué querían hacer?

–Fondearla en el río, tirarla de un avión, quemarla y arrojar los restos por el inodoro, diluirla en ácido. ¡Cuánta basura tiene que oír uno! Este país está cubierto de basura, uno no sabe de dónde sale tanta basura, pero estamos todos hasta el cogote.

–Todos, coronel. Porque en el fondo estamos de acuerdo, ¿no? Ha llegado

la hora de destruir. Habría que romper todo.

–Y orinarle encima.

–Pero sin remordimientos, coronel. Enarbolando alegremente la bomba y la picana. ¡Salud! –digo levantando el vaso.

No contesta. Estamos sentados junto al ventanal. Las luces del puerto brillan: azul mercurio. De a ratos se oyen las bocinas de los automóviles, arrastrándose lejanas como las voces de un sueño. El coronel es apenas la mancha gris de su cara sobre la mancha blanca de su camisa.

–Esa mujer –le oigo murmurar–. Estaba desnuda en el ataúd y parecía una virgen. La piel se le había vuelto transparente. Se veían las metástasis del cáncer, como esos dibujitos que uno hace en una ventanilla mojada.

El coronel bebe. Es duro.

–Desnuda –dice–. Éramos cuatro o cinco y no queríamos mirarnos. Estaba ese capitán de navío, y el gallego que la embalsamó, y no me acuerdo quién más. Y cuando la sacamos del ataúd –el coronel se pasa la mano por la frente–, cuando la sacamos, ese gallego asqueroso...

Oscurece por grados, como en un teatro. La cara del coronel es casi invisible. Solo el whisky brilla en su vaso, como un fuego que se apaga despacio. Por la puerta abierta del departamento llegan remotos ruidos. La puerta del ascensor se ha cerrado en la planta baja, se ha abierto más cerca. El enorme edificio cuchichea, respira, gorgotea con sus cañerías, sus incineradores, sus cocinas, sus chicos, sus televisores, sus sirvientas. Y ahora el coronel se ha parado, empuña una metralleta que no le vi sacar de ninguna parte, y en puntas de pie camina hacia el palier, enciende la luz de golpe, mira el ascético, geométrico, irónico vacío del palier, del ascensor, de la escalera, donde no hay absolutamente nadie y regresa despacio, arrastrando la metralleta.

–Me pareció oír. Esos roñosos no me van a agarrar descuidado, como la vez pasada.

Se sienta, más cerca del ventanal ahora. La metralleta ha desaparecido y el coronel divaga nuevamente sobre aquella gran escena de su vida.

–... se le tiró encima, ese gallego asqueroso. Estaba enamorado del cadáver, la tocaba, le manoseaba los pezones. Le di una trompada, mire –el coronel se mira los nudillos–, que lo tiré contra la pared. Está todo podrido, no respetan ni la muerte. ¿Le molesta la oscuridad?

–No.

–Mejor. Desde aquí puedo ver la calle. Y pensar. Pienso siempre. En la oscuridad se piensa mejor.

Vuelve a servirse un whisky.

–Pero esa mujer estaba desnuda –dice, argumenta contra un invisible contradictor–. Tuve que taparle el monte de Venus, le puse una mortaja y el cinturón franciscano.

Bruscamente se ríe.

–Tuve que pagar la mortaja de mi bolsillo. Mil cuatrocientos pesos. Eso le demuestra ¿eh? Eso le demuestra.

Repite varias veces “Eso le demuestra”, como un juguete mecánico, sin decir qué es lo que eso me demuestra.

–Tuve que buscar ayuda para cambiarla de ataúd. Llamé a unos obreros que había por ahí. Figúrese cómo se quedaron. Para ellos era una diosa, qué sé yo las cosas que les meten en la cabeza, pobre gente.

–¿Pobre gente?

–Sí, pobre gente –el coronel lucha contra una escurridiza cólera interior–. Yo también soy argentino.

–Yo también, coronel, yo también. Somos todos argentinos.

–Ah, bueno –dice.

–¿La vieron así?

–Sí, ya le dije que esa mujer estaba desnuda. Una diosa, y desnuda, y muerta. Con toda la muerte al aire, ¿sabe? Con todo, con todo...

La voz del coronel se pierde en una perspectiva surrealista, esa frasecita cada vez más remota encuadrada en sus líneas de fuga, y el descenso de la voz manteniendo una divina proporción o qué. Yo también me sirvo un whisky.

–Para mí no es nada –dice el coronel–. Yo estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas. Muchas en mi vida. Y hombres muertos. Muchos en Polonia, en el 39. Yo era agregado militar, dese cuenta.

Quiero darme cuenta, sumo mujeres desnudas más hombres muertos, pero el resultado no me da, no me da, no me da... Con un solo movimiento muscular me pongo sobrio, como un perro que se sacude el agua.

–A mí no me podía sorprender. Pero ellos...

–¿Se impresionaron?

–Uno se desmayó. Lo desperté a bofetadas. Le dije: “Maricón, ¿esto es lo que hacés cuando tenés que enterrar a tu reina? Acordate de San Pedro, que se durmió cuando lo mataban a Cristo”. Después me agradeció.

Miro la calle. “Coca” dice el letrero, plata sobre rojo. “Cola” dice el letrero, plata sobre rojo. La pupila inmensa crece, círculo rojo tras concéntrico círculo rojo, invadiendo la noche, la ciudad, el mundo. “Beba”.

–Beba –dice el coronel.
 Bebo.
 –¿Me escucha?
 –Lo escucho.
 –Le cortamos un dedo.
 –¿Era necesario?
 El coronel es de plata, ahora. Se mira la punta del índice, la demarca con la uña del pulgar y la alza.
 –Tantito así. Para identificarla.
 –¿No sabían quién era?
 Se ríe. La mano se vuelve roja. “Beba”.
 –Sabíamos, sí. Las cosas tienen que ser legales. Era un acto histórico, ¿comprende?
 –Comprendo.
 –La impresión digital no agarra si el dedo está muerto. Hay que hidratarlo. Más tarde se lo pegamos.
 –¿Y?
 –Era ella. Esa mujer era ella.
 –¿Muy cambiada?
 –No, no, usted no me entiende. Igualita. Parecía que iba a hablar, que iba a... Lo del dedo es para que todo fuera legal. El profesor R controló todo, hasta le sacó radiografías.
 –¿El profesor R?
 –Sí. Eso no lo podía hacer cualquiera. Hacía falta alguien con autoridad científica, moral.
 En algún lugar de la casa suena, remota, entrecortada, una campanilla. No veo entrar a la mujer del coronel, pero de pronto está ahí, su voz amarga, inconquistable.
 –¿Enciendo?
 –No.
 –Teléfono.
 –Deciles que no estoy.
 Desaparece.
 –Es para putearme –explica el coronel–. Me llaman a cualquier hora. A las tres de la madrugada, a las cinco.
 –Ganas de joder –digo alegremente.
 –Cambié tres veces el número del teléfono. Pero siempre lo averiguan.
 –¿Qué le dicen?

–Que a mi hija le agarre la polio. Que me van a cortar los huevos. Basura. Oigo el hielo en el vaso, como un cencerro lejano.
 –Hice una ceremonia, los arengué. Yo respeto las ideas, les dije. Esa mujer hizo mucho por ustedes. Yo la voy a enterrar como cristiana. Pero tienen que ayudarme.
 El coronel está de pie y bebe con coraje, con exasperación, con grandes y altas ideas que refluyen sobre él como grandes y altas olas contra un peñasco y lo dejan intocado y seco, recortado y negro, rojo y plata.
 –La sacamos en un furgón, la tuve en Viamonte, después en 25 de Mayo, siempre cuidándola, protegiéndola, escondiéndola. Me la querían quitar, hacer algo con ella. La tapé con una lona, estaba en mi despacho, sobre un armario, muy alto. Cuando me preguntaban qué era, les decía que era el transmisor de Córdoba, la *Voz de la Libertad*.
 Ya no sé dónde está el coronel. El reflejo plateado lo busca, la pupila roja. Tal vez ha salido. Tal vez ambula entre los muebles. El edificio huele vagamente a sopa en la cocina, colonia en el baño, pañales en la cuna, remedios, cigarrillos, vida, muerte.
 –Llueve –dice su voz extraña.
 Miro el cielo: el perro Sirio, el cazador Orión.
 –Llueve día por medio –dice el coronel–. Día por medio llueve en un jardín donde todo se pudre, las rosas, el pino, el cinturón franciscano.
 Dónde, pienso,
 –¡Está parada! –grita el coronel–. ¡La enterré parada, como Facundo, porque era un macho!
 Entonces lo veo, en la otra punta de la mesa. Y por un momento, cuando el resplandor cárdeno lo baña, creo que llora, que gruesas lágrimas le resbalan por la cara.
 –No me haga caso –dice, se sienta–. Estoy borracho.
 Y largamente llueve en su memoria.
 Me paro, le toco el hombro.
 –¿Eh? –dice– ¿Eh? –dice.
 Y me mira con desconfianza, como un ebrio que se despierta en un tren desconocido.
 –¿La sacaron del país?
 –Sí.
 –¿La sacó usted?
 –Sí.
 –¿Cuántas personas saben?

–Dos.
 –¿El Viejo sabe?
 Se ríe.
 –Cree que sabe.
 –¿Dónde?
 No contesta.
 –Hay que escribirlo, publicarlo.
 –Sí. Algún día.
 Parece cansado, remoto.
 –¡Ahora! –me exaspero–. ¿No le preocupa la historia? ¡Yo escribo la historia, y usted queda bien, bien para siempre, coronel!
 La lengua se le pega al paladar, a los dientes.
 –Cuando llegue el momento... usted será el primero...
 –No, ya mismo. Piense. *Paris Match*. *Life*. Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera.
 Se ríe.
 –¿Dónde, coronel, dónde?
 Se para despacio, no me conoce. Tal vez va a preguntarme quién soy, qué hago ahí.
 Y mientras salgo derrotado, pensando que tendré que volver, o que no volveré nunca. Mientras mi dedo índice inicia ya ese infatigable itinerario por los mapas, uniendo isoyetas, probabilidades, complicidades. Mientras sé que ya no me interesa, y que justamente no moveré un dedo, ni siquiera en un mapa, la voz del coronel me alcanza como una revelación:
 –Es mía –dice simplemente–. Esa mujer es mía.

“Esa mujer”, en Rodolfo Walsh,
Los oficios terrestres, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1986.
 ©Ediciones de la Flor.

RODOLFO WALSH

Lamarque, Río Negro 1927 - Buenos Aires, 1977. Escritor, periodista y militante. Creador de la novela de no-ficción o periodismo narrativo, con la célebre *Operación Masacre* (1957), acerca de los fusilamientos ilegales de José León Suárez. Autor de otros libros testimoniales sobre crímenes políticos (*Quién mató a Rosendo*, *El caso Satanowsky*), de cuentos, piezas de teatro y de una vasta obra periodística recopilada en *El violento oficio de escribir* (2008). Perteneció a la organización Montoneros, con la que tuvo, no obstante, diferencias. Desapareció luego de haber enviado a los diarios su *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*.

ENCUADRE HISTÓRICO

ESA MUJER

“Esa mujer”, Eva Duarte de Perón, *Evita* para quienes la querían, *la Eva* para quienes la odiaban, fue perseguida por la dictadura de la Revolución Libertadora (1955/58) y los gobiernos subsiguientes, pese a haber fallecido en 1952. Prohibieron nombrarla o tener su imagen (decreto ley 4161) y secuestraron su cuerpo (momificado por el doctor Pedro Ara). Para sustraerla a la devoción popular, se decidió hacerla desaparecer enterrándola en un cajón relleno de polvo de ladrillo en un cementerio en Milán, bajo una identidad falsa. Sin embargo, esas acciones no lograron su objetivo salvo el de la venganza: la adoración hacia Evita por parte de los humildes se extendió a las nuevas generaciones, incluso a descendientes de sectores sociales que la detestaban, y la fascinación por esa mujer se expandió al mundo entero.

Evita, desde 1944, estuvo apasionadamente comprometida con Perón y con los necesitados, y se reconocía como *fanática*: no de la “caridad” que da lo que sobra, sí del amor que da lo mejor. Su Fundación construía hospitales, escuelas, viviendas,

hogares para ancianos, madres solteras y estudiantes; con recursos no siempre muy voluntarios, pero tampoco confiscatorios o ilegales. Y ella atendía personalmente a quienes hacían fila durante largas horas. También fue una gran interlocutora en los conflictos gremiales durante los gobiernos de Perón, ya que los obreros no dejaron de reclamar lo que consideraban justo. Debió renunciar a su candidatura como vicepresidenta de la Nación, propuesta en un inmenso acto por la CGT (en 1951, primeras elecciones con sufragio femenino): Perón midió la oposición del Ejército y su delicado estado de salud. Murió el 26 de julio de 1952 y fue despedida por multitudes. Otra dictadura envió su cuerpo a España en 1971, con Perón. Volvió repatriada recién tras la muerte del líder. Estuvo en una cripta junto a su esposo en Olivos, hasta que en 1976 la última dictadura militar dispuso su entierro en la bóveda de la familia Duarte (cementerio de la Recoleta), a varios metros de profundidad, bajo planchas de acero.

TERESA EGGERS BRAS

Buenos Aires, 1953. Profesora de Historia, UBA, autora de *Historia Argentina: una mirada crítica (1806-2006)*, coautora de *Historia Latinoamericana 1700-2005*, entre otros. Docente en Enseñanza Media y Superior; capacitadora en CABA y Provincia de Buenos Aires.

**ANOTACIONES
SOBRE LA
GUERRA SUCIA**
HÉCTOR TIZÓN

UN OFICIAL

En aquel otoño de 1976 o 1981 llegó a su casa muy de madrugada, en realidad casi ya de día, aunque los lecheros no habían dejado aún las botellas en las puertas ni los diarieros los diarios. Los enamorados, satisfechos, dormían indiferentes; los raros gallos de la ciudad esperaban, pero los divanes de los prostíbulos ya estaban fríos. El coche lo dejó en la esquina porque él prefirió bajarse allí y caminar hasta el portal para sentir el aire fresco de esa hora. Las veredas estaban vacías, como es natural, y él debió, en el trecho de la casa vecina en construcción, descender a la calle para no pasar debajo de los andamios, que estaban hechos de tubos metálicos y que en la punta de esos tubos alguien, seguramente uno de los obreros, había dejado olvidado un pañuelo que apenas si ondeaba en el viento del amanecer. Sus hijos dormían pero su mujer, que tenía el sueño liviano o simulado de las gatas, despertó con el imperceptible ruido del pestillo y preguntó si era él, y él dijo “Sí, soy yo”, contrariado o asombrado por aquella voz. Cruzó el living a tientas y entró en el cuarto de baño. Allí se quitó la chaqueta y comenzó a lavarse las manos. Intentó mirarse en el espejo pero, sin luz, sólo era como una sombra sobre la luna. Se mojó la cara y se lavó las manos dos y tres veces. Después no quiso entrar en el dormitorio donde estaba su mujer y se echó sobre el sofá. Se tapó los oídos con algodones, pero enseguida sintió que algo extraño lo incomodaba sobre la piel de las manos. Regresó al cuarto de baño, se las lavó y cepilló y volvió a hacerlo nuevamente. Se tiró sobre el sofá –aún tenía los tapones en los oídos– y cerró los ojos, pero no pudo conciliar el sueño; él, un hombre fuerte, y disciplinado, que estaba seguro de todo, que creía que la Tierra era redonda y que los astros giraban alrededor del horizonte y que los cuerpos más pesados como la Tierra tendían a colocarse debajo y los más ligeros como el fuego y el aire arriba, y así incluso había hallado la explicación del mar, situado sobre la Tierra y debajo del aire; y que no había dos cosas parecidas y que las verdades eran nítidas y tenían su contrario y que este era nítido también, como una verdad, pero abominable y subversiva, y que Dios era también el príncipe, aunque su cara estuviese reflejada en las aguas de un estanque y el viento, que es Dios, las agitara y confundiera, y borrara. Entonces se quitó las botas y el corraje de la pistola pero, aunque la luz del sol se obstinaba ya en colarse

a través del ventanal, la mueca, el rictus de los labios, la mirada inmensa de aquellos ojos aterrados todavía estaban allí.

UNOS VECINOS

Han escuchado un ruido inusual que seguramente proviene de la calle, la calle que está abajo y está fría, inhóspita y desierta. Alguien que da voces, tal vez. Un grito insólito en la noche. Pero hace mal tiempo y, quizá, por eso la gente grita, así como en el buen tiempo alguien puede silbar o cantar o estrellar una botella o un cascote en las vidrieras y gritar y divertirse y dar alaridos. Allí viven los dos –es un departamento discreto y con macetas– aunque la paga de ambos, jubilados, sea escasa. No han tenido hijos, o si los tuvieron están lejos e indiferentes, como suelen ser los hijos con los viejos, y no solo con los viejos propios sino también con los demás; están en Formosa o en Tucumán, o todo lo contrario, y se casaron y solo envían tarjetas postales y cosas así. Pero antes del ruido inusual se oyeron rugir motores y estampidos y voces llamando. Está de noche oscura, las puertas bien cerradas y allí está tibio, e incluso pueden ser voces enemigas, no enemigas de ellos, claro, que solo son inofensivos y cobran su jubilación –la que esperan de un momento a otro sea aumentada de acuerdo con el índice del costo de vida–, sino enemigas de otros enemigos. Y ellos no tienen ninguna culpa ni son ellos –ni siquiera sus hijos– los que llaman. Y además ahora llueve, o llovizna, y hace frío, y si encendieran las luces podrían, tal vez, ser después llamados como testigos y tendrían que salir vestidos como en domingo o para misa y prestar juramento y esperar horas delante de un suboficial frente a la máquina de escribir y volverían a ser citados ante los jueces, por una culpa ajena o por una equivocación, o porque alguien gritó clamando socorro. Y ellos no hicieron nada para que eso sucediera y eran ajenos y distintos de los perseguidores y de los acorralados. Y están cansados. Y, después de todo, ahora a punto de pasar la noche durmiendo. La noche anterior al día siguiente en que no habrá pasado nada, seguramente.

UN GATO

Él lo había dicho: si llegan a mí, no lo soportaré, porque creía que el cuerpo de un hombre sirve para todo menos para el dolor.

¿Y si después reaparecía y confesaba voluntariamente, *lealmente*? ¿Qué es lo que podría decir sin perder la cara, sin pecar? Que en un principio, sí, creyó (*Yo no vengo a pacificar, sino a meter espada*). Sí, claro, vean ustedes mismos: los mercaderes y el templo y los hipócritas. Sólo queríamos lo bueno y lo justo. Pero no. Nadie quiere por ahora las confesiones espontáneas, sino el horror del potro del tormento. Es como un juego y ninguno quiere cambiar sus papeles. Uno obtiene su justificación en la carne de otro hombre: saber lo peor no nos consuela cuando lo peor es irremediable.

Al ser descubiertos pudieron escapar, disgregados, y él echó a correr en la noche, a lo largo de la calle junto al terraplén ferroviario. Ahora estaba aquí. Pero habían sido tres, ¿dónde estarían los otros? No hay valientes, sino gente que enmascara su miedo. Sus pulmones estaban a punto de estallar cuando en su carrera encontró el galpón, aparentemente abandonado. ¿O solo era domingo? En un estrecho corredor, entre cajones superpuestos, se echó a descansar, a respirar en calma, a esperar. Todo estaba oscuro, luego comenzó a clarear. Con las primeras luces distinguió la ventana, se arrastró hasta ella y con un dedo hizo un trazo sobre el polvo del vidrio: las casas del frente eran bajas y modestas; apenas si llovía. Vio pasar un perro siguiendo a otro perro y, mucho después, a una niña. Apoyó la frente en la ventana para verla mejor. ¿Adónde iría? También su hermana a esas horas quizá se aprestaba para ir a la escuela. A pesar de la diferencia de edades, aún jugaban o él hacía que jugaban aunque al rato estaban jugando de verdad. Su padre, el juez, había muerto hacía mucho, cuando cayó sobre el estrado en plena audiencia, y él había sido con él como su padre y también como el hermano de su padre y, a veces, como el hermano menor o su hijo. La madre apenas si contaba, ocupada todo el día en su consultorio. La madre le había prohibido llevar la gata a la cama. Pero cuando ella no llegaba para darle las buenas noches y conversar un rato simulando una visita de gente mayor, se desquitaba llevándola. Él había leído que un héroe, o un político famoso, o un célebre gángster amaba a un gato; que en su despacho rondaba siempre entre las carpetas un gato mimado por los jóvenes, solícitos y fornidos guardaespaldas. Después transcurrieron varias horas en que nadie pasó junto a su ventana, ni siquiera esos perros vagabundos. Y otra vez anocheció. A tientas regresó a dormir en el corredor entre los bultos apilados, pero inmediatamente oyó, no tan lejanas, las sirenas de los vehículos policiales. Y después, nítidamente, unas descargas como en una tormenta, como cuando se cierne la tormenta. Se acurrucó quieto en su lugar y trató de pensar en otra cosa. Amanecía otra

vez. Pero las sensaciones obstruían sus recuerdos, los tejados, una galería de gruesas columnas blancas en su casa paterna en las montañas durante las vacaciones densas y breves y donde hacía siempre verano. Enseguida volvió a escuchar la clara, evidente llegada de automóviles y, de inmediato, creyó escuchar voces, ininteligibles. Se arrastró entre los cajones apilados, apartándose del estrecho corredor. Después, paralizado, oyó que algo, un florero, una lámpara, un objeto rotundo caía haciéndose trizas en el suelo. Apoyándose en las rodillas y los antebrazos comenzó a buscar la salida, pero al cabo se dio cuenta de que iba en sentido contrario. Los ruidos se hacían más promiscuos, y también las voces, que antes creyó lejanas. Entonces descubrió junto a uno de los cajones un trozo de alambre y no lo pensó más: trepó a los cajones y se colgó de uno de los tirantes del techo, en el momento en que el gato volvía a saltar echando al suelo otro de los frascos de pintura y los primeros trabajadores, que acababan de descender de los camiones, penetraban al galpón esa mañana de lunes.

“Anotaciones sobre la guerra sucia” en Héctor Tizón,
Cuentos completos, Buenos Aires, Alfaguara, 2006.

©Herederos de Héctor Tizón.

HÉCTOR TIZÓN

Salta, 1929 - Jujuy, 2012. Periodista, abogado, escritor; fue también juez y diplomático. Nació en Salta pero eligió Yala para vivir. Se hallan entre sus obras, las novelas *Fuego en Casabindo* (1969), *El cantar del profeta y el bandido* (1972), *Sota de bastos, caballo de espadas* (1975), *Luz de las crueles provincias* (1995), *La belleza del mundo* (2004); los libros de cuentos *El jactancioso y la bella* (1972) *El gallo blanco* (1992) y las memorias *El resplandor de la hoguera* (2008) y *Memorial de la Puna* (2012). Fue traducido al francés, inglés, ruso, polaco y alemán. Recibió el Premio Consagración Nacional, el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, el Konex de Brillante. El gobierno francés lo nombró Caballero de la Orden de las Artes y las Letras. Vivió exiliado entre 1976 y 1982.

ENCUADRE HISTÓRICO

ANOTACIONES SOBRE LA GUERRA SUCIA

La última dictadura militar (1976-1983) no fue una más de las intervenciones que hicieron las Fuerzas Armadas en la vida institucional del país desde 1930. Tuvo un carácter radicalmente diferente porque se propuso implantar un nuevo modelo económico, cultural y político, por medio de la violación sistemática de los derechos humanos. Perfeccionó e intensificó políticas que se habían diseñado previamente como el reforzamiento de los aparatos represivos y construyó un nuevo ordenamiento jurídico para legalizar estas prácticas. El Estado en esta etapa funcionó en dos niveles: uno público sometido a ciertas normativas, y otro clandestino, al margen de toda legalidad. En este segundo nivel fue donde se instalaron más de 600 centros clandestinos de detención a lo largo de todo el país y donde se utilizó la secuencia de secuestro, tortura, desaparición forzada y asesinato. La desaparición forzada de personas fue el método central de disciplinamiento que se utilizó contra los opositores políticos, y mediante el uso

del terror, lograron controlar y desmovilizar al conjunto de la sociedad. El saldo de esta experiencia fueron treinta mil desaparecidos, diez mil presos políticos, cientos de miles de ciudadanos que partieron al exilio y más de quinientos niños apropiados ilegalmente. La dictadura contó con el apoyo y la complicidad de sectores del empresariado, entidades financieras, medios de comunicación, de la Iglesia Católica y del Poder Judicial. Sin embargo esto no impidió que se desarrollaran distintas formas de resistencia en sectores de la clase trabajadora y entre los familiares que denunciaron la desaparición y el encarcelamiento. “Anotaciones sobre la Guerra Sucia”, como Tizón llama a su cuento, fue una forma controvertida de nombrar a la violencia política de los años setenta. El concepto de Guerra Sucia que iguala la violencia ejercida desde el poder del Estado con aquella otra originada entre distintos sectores de la sociedad civil fue esgrimido originariamente por los militares para justificar la cruenta represión.

DÉBORA D'ANTONIO

Buenos Aires, 1968. Es historiadora, investigadora y profesora de la Universidad de Buenos Aires. Su área de trabajo vincula los estudios de género con los problemas históricos e historiográficos planteados por el pasado reciente en la Argentina.

BIBLIOGRAFÍA

PRÓLOGO DE MARÍA ROSA LOJO

Grillo, Rosa María. *Escribir la Historia. Descubrimiento y conquista en la novela histórica de los siglos XIX y XX*. Alicante, Universidad de Alicante, 2010. [http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/16409/1/CuadernosASN_27.pdf]

Lojo, María Rosa. "Las narrativas de la Historia en el contexto de la globalización. El caso argentino". En Vicente Cervera Salinas y María Dolores Adsuar (eds.). *Alma América. In honorem Victorino Polo*. Murcia, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008. Tomo I, pp. 371-385.

Lojo, María Rosa. *La novela histórica desde 1980: héroes con cuerpo, heroínas en el espacio público. Identidad y narración en carne viva. Cuerpo, género y espacio en la novela argentina (1980-2010)*. María Rosa Lojo y Michèle Soriano (dirs.), María Rosa Lojo y María Laura Pérez Gras (eds.). Buenos Aires, Ediciones Universidad del Salvador, 2010, pp. 161-208.

EI HAMBRE

Groussac, Paul. *Mendoza y Garay*. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1949 [1ª ed, 1916].
Schmidl, Ulrich. *Crónica del viaje a las regiones del Río de la Plata, Paraguay y Brasil*. Buenos Aires, Comisión del IV Centenario, 1948.

Camacho Delgado, José Manuel. "Ulrico Schmidel y Mujica Láinez. Cronistas de la fundación de Buenos Aires", en *Revista Hispánica Moderna*, vol. 52, Nº 1, 1999.

VIRGEN PAGANA

Armani, Alberto. *Ciudad de Dios y Ciudad del Sol. El "Estado" jesuita de los guaraníes (1609-1768)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Haubert, Maxime. *La vida cotidiana de los indios y jesuitas en las misiones del Paraguay*. Madrid, Ed. Temas de hoy, 1991.

Maeder, Ernesto. *Aproximación a las Misiones Guaraníticas*. Buenos Aires, Ed. Universidad Católica Argentina, 1996.

Melià, Bartomeu. *El guaraní conquistado y reducido. Ensayos de etnohistoria*. Asunción, Centro de Estudios Antropológicos, Universidad Católica Nuestra Señora de Asunción, 1986.

MUERO CONTENTO

Busaniche, José Luis. *San Martín vivo*. Buenos Aires, Ediciones Nuevo Siglo, 1995.

Haas, Pedro Pablo. *Cabral, soldado heroico: Juan Bautista Cabral, sargento epónimo*. Buenos Aires, Edivérn, 2004.

Colimodio, Roberto y Romay, Julio. *Soldados de San Martín en San Lorenzo. Hechos y aspectos inéditos*. Buenos Aires, Alfar Editores, 2012.

Mitre, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la emancipación Sudamericana*. Buenos Aires, Ediciones Anaconda, 1950.

BUSCANDO MARIDO A UNA MULATA

Di Meglio, Gabriel. *¡Viva el Bajo Pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*. Buenos Aires, Prometeo, 2006.

Garavaglia, Juan Carlos y Moreno, José Luis. *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires, Cántaro, 1993.

Goldmann, Noemí (dir.). *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Colección Nueva Historia Argentina. Buenos Aires, Sudamericana, 2005, vol III.

EN TIERRA PROPIA

Néspolo, Eugenia A. *Resistencia y Complementariedad, gobernar en Buenos Aires. Luján en el siglo XVIII: un espacio políticamente concertado*. Buenos Aires, Pilar, Escaramujo Editorial, 2012.

Tau Anzoátegui, Víctor. *Formación del Estado federal argentino (1820-1852)*. Buenos Aires, Perrot, 1995.
Zorraquin Becú, Ricardo. *El federalismo argentino*. Buenos Aires, La Facultad, 1953, 2ª ed.

DÁMASA

Halperin Donghi, Tulio. *De la revolución de la independencia a la confederación rosista*. Colección de Historia Argentina. Buenos Aires, Paidós, 1971, vol. 3.

Gelman, Jorge. *Rosas bajo fuego. Los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Barba, Enrique M. *Unitarismo, federalismo, rosismo*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

FACUNDO Y EL MORO

Goldman, Noemí y Salvatore, Ricardo. *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Buenos Aires, Eudeba, 1998.

Ratto, Silvia. "Quiroga". En Lafforgue, Jorge (ed.) *Historia de caudillos argentinos*. Buenos Aires, Alfaguara, 2001.

Ternavasio, Marcela. *Historia de la Argentina 1806-1852*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.

LOS OFICIOS DEL NEGRO EUSEBIO

Reid Andrews, George. *Los afroargentinos de Buenos Aires*. Buenos Aires, De la Flor, 1989.

Di Meglio, Gabriel. *Historia de las clases populares en la Argentina desde 1516 hasta 1880*. Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Rosal, Miguel Ángel. *Africanos y afrodescendientes en el Río de la Plata. Siglos XVII-XIX*. Buenos Aires, Dunken, 2009.

LA IMAGEN RESPLANDECIENTE

Chávez, F., "López Jordán". En Lafforgue, J. (ed.) *Historias de caudillos argentinos*. Buenos Aires, Alfaguara, 1999, pp. 367-388.

De la Fuente, A. *Los hijos de Facundo*. Buenos Aires, Prometeo, 2007.

Schmit, R. *Los límites del progreso: expansión rural en los orígenes del capitalismo rioplatense. Entre Ríos, 1852-1872*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

ENERO DEL DIECINUEVE

Bjerg, María y Otero, Hernán (comp.), *Migración y redes sociales en la Argentina moderna*. Tandil, CEMLA - IEHS, 1995.

Devoto, Fernando. *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

Devoto, Fernando. *Historia de los italianos en la Argentina*. Buenos Aires, Biblos, 2008.

Moya, José C. *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*. Buenos Aires, Emecé, 2004.

ESA MUJER

Jozami, Eduardo. *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*. Buenos Aires, Norma, 2006, pp. 219-230.

Navarro, Marysa. *Evita*. Buenos Aires, Planeta, 1994.

James, Daniel. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2006, cap. 1.

ANOTACIONES SOBRE LA GUERRA SUCIA

Brennan, James. *El Cordobazo. Las Guerras obreras en Córdoba 1955-1976*. Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Colihue, 2004.

Svampa, Maristella. "El populismo imposible y sus actores, 1973-1976". En *Nueva Historia Argentina, 1955-1976*, James, Daniel (dir.). Buenos Aires, Sudamericana, 2003, volumen IX.

ÍNDICE

PÁG. 5

PALABRAS

PROF. ALBERTO SILEONI

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN

PÁG. 7

PALABRAS

PLAN NACIONAL

DE LECTURA

PÁG. 9

PRÓLOGO

MARÍA ROSA LOJO

PÁG. 10

EL HAMBRE

MANUEL MUJICA LÁINEZ

ENCUADRE HISTÓRICO

OMAR ACHA

PÁG. 18

VIRGEN PAGANA

MARÍA ANGÉLICA SCOTTI

ENCUADRE HISTÓRICO

GUILLERMO WILDE

PÁG. 24

MUERO CONTENTO

MARTÍN KOHAN

ENCUADRE HISTÓRICO

LÍA CLAUDIA GARCÍA

PÁG. 32

BUSCANDO MARIDO

A UNA MULATA

CRISTINA BAJO

ENCUADRE HISTÓRICO

MARÍA BJERG

PÁG. 48

EN TIERRA PROPIA

SILVIA PLAGER

ENCUADRE HISTÓRICO

EUGENIA NÉSPOLO

PÁG. 64

DÁMASA

ELSA FRAGA VIDAL

ENCUADRE HISTÓRICO

MARÍA LILIANA DA ORDEN

PÁG. 70

FACUNDO

Y EL MORO

MARÍA ROSA LOJO

ENCUADRE HISTÓRICO

NORMA ALLOATTI

PÁG. 84

LOS OFICIOS

DEL NEGRO

EUSEBIO

PEDRO ORGAMBIDE

ENCUADRE HISTÓRICO

GABRIEL DI MEGLIO

PÁG. 90

LA IMAGEN

RESPLANDECIENTE

JUAN JOSÉ MANAUTA

ENCUADRE HISTÓRICO

ALEJANDRO FERNÁNDEZ

PÁG. 100

ENERO DEL

DIECINUEVE

MABEL PAGANO

ENCUADRE HISTÓRICO

RUY FARÍAS

PÁG. 108

ESA MUJER

RODOLFO WALSH

ENCUADRE HISTÓRICO

TERESA EGGERS BRAS

PÁG. 118

ANOTACIONES

SOBRE LA

GUERRA SUCIA

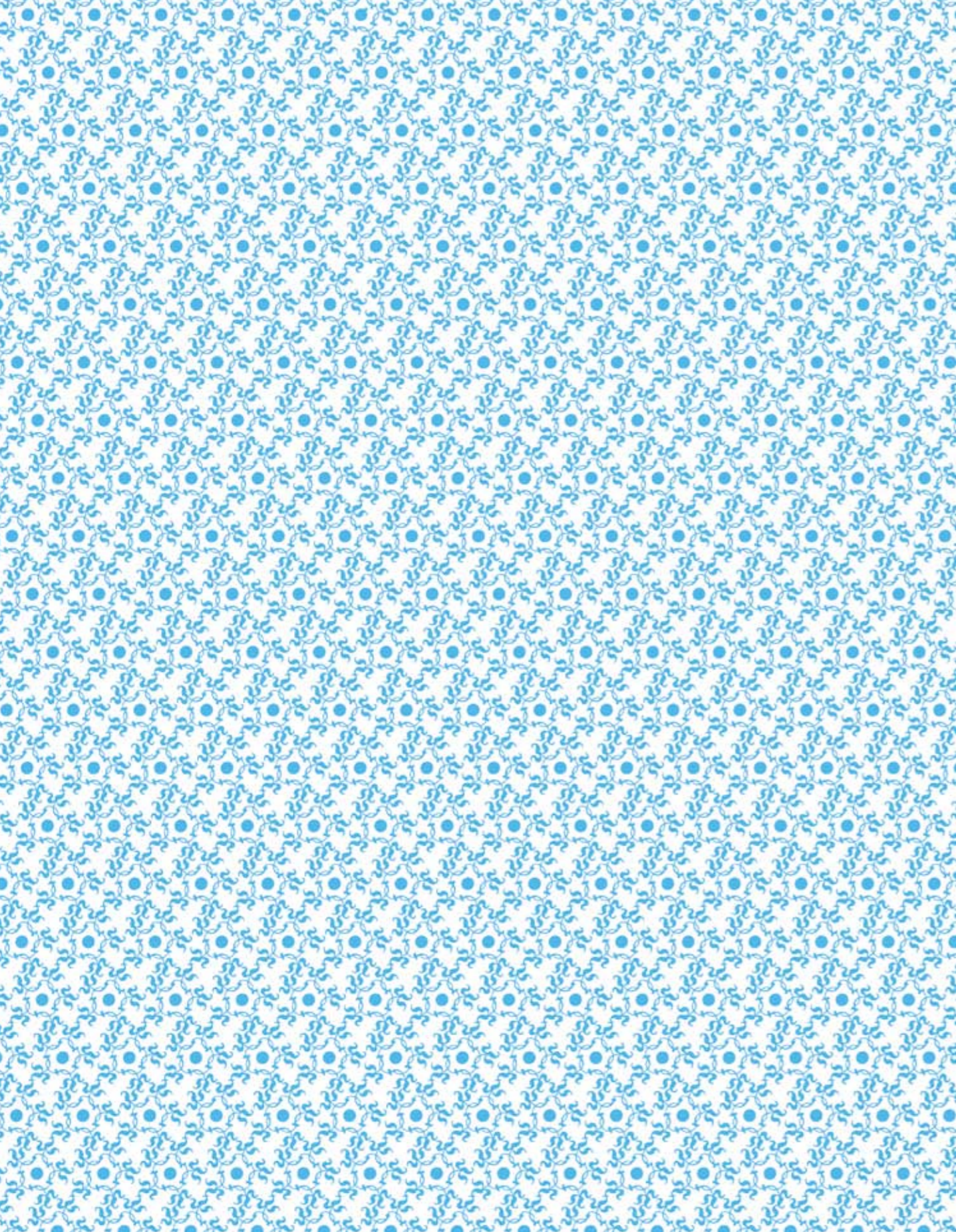
HÉCTOR TIZÓN

ENCUADRE HISTÓRICO

DÉBORA D'ANTONIO

PÁG. 124

BIBLIOGRAFÍA



ANEXO ILUSTRATIVO



Islas Malvinas, 1829.
Primeras casas construidas por el Gobernador Vernet.
MHN



Retrato del Gral. Juan Facundo Quiroga.
MHN



Candome Federal en la época de Rosas.
MHN



Combate de San Lorenzo.
MHN



Retrato del Gral. Juan Facundo Quiroga.
MHN



"Saludos desde el tren"
Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Eva Perón - Museo Evita

Agradecemos al Museo Histórico Nacional y al Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Eva Perón - Museo Evita por las imágenes cedidas para esta publicación.



ARGENTINA
UN PAIS CON BUENA GENTE



Subsecretaría de Equidad
y Calidad Educativa
Ministerio de Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.